Los forjadores de nuestra fe

La reforma religiosa del siglo XVI

Ismael E. Amaya

Fiet

A Leonor, fiel esposa, compañera e inspiradora de todos mis proyectos.
–Ismael

Writen originally in Spanish.
Printed in U.S.A.

Tabla de contenido

Introducción

El término *Reforma* se usa en los círculos eclesiásticos para referirse a la convulsión religiosa que destruyó la unidad de la iglesia cristiana en Europa occidental durante el siglo XVI y que dio origen a principios religiosos en torno a los cuales todavía "vivimos, nos movemos, y somos" en el siglo XX. Pero este movimiento, además de ser una *reforma* de la fe cristiana, fue también una verdadera *protesta*, y aún podríamos decir *revolución* en contra de las prácticas y abusos de la iglesia medieval. Es por eso que sería también apropiado hablar de la "revuelta" o la "revolución" protestante del siglo XVI.

Muchos y variados fueron los movimientos y los líderes que bajo el común denominador de la Reforma, sacudieron el fundamento de la iglesia cristiana del siglo XVI. El luteranismo privó a Roma de la obediencia incondicional de la mayoría de los alemanes y escandinavos. Los anabaptistas condujeron a grandes masas de las clases bajas de Alemania y de los Países Bajos, fuera del seno de la fe católica. Los sacramentistas atacaron una de las doctrinas fundamentales de la iglesia, la eucaristía.

Juan Zwinglio hizo que mucho de los cantones suizos abandonaran la fe católica tradicional. Juan Calvino infectó con la fe protestante a Suiza, Francia, Los Países Bajos y a otros países europeos. En Inglaterra, Enrique VIII dio origen a una iglesia estatal que comenzó rechazando la autoridad papal, obedeciendo a un capricho personal del monarca, pero que pronto sucumbió a la influencia luterana, zwingliana y calvinista. La Reforma alcanzó una magnitud tal que en menos de cuarenta años la mayoría de los países neoeuropeos habría abrazado la fe protestante, y la Iglesia Católica Romana lanzó un movimiento de contrarreforma que a duras penas les permitió "salvar" los países latinos del sur de Europa.

Capítulo 1

Causas que condujeron a la Reforma

Sería prácticamente imposible enumerar adecuadamente todas las causas de los acontecimientos tan complejos y variados que culminaron en la Reforma. En general, sin embargo, podrían agruparse bajo cuatro categorías: (1) el dogma de la Iglesia, (2) prácticas eclesiásticas, (3) prácticas populares y (4) abusos eclesiásticos.

El dogma de la iglesia

El aspecto más crítico de la decadencia de la iglesia medieval, sin duda, tiene que ver con la transformación, lenta pero constante, de su posición doctrinal. Cuando comparamos el dogma de la iglesia de los apóstoles con el de la iglesia medieval, notamos un cambio poco menos que increíble.

La mayoría de esos cambios no tuvieron lugar de la noche a la mañana, sino que fue un proceso que se alargó lentamente, en muchos casos a través de muchos siglos. Entre los elementos básicos que sufrieron los cambios más radicales se encuentran (1) el concepto de la Iglesia, (2) el concepto de la salvación, (3) el concepto del perdón de los pecados, (4) y el concepto de los sacramentos.

El concepto de la iglesia

Según muchos eruditos, el Pentecostés que se registra en el capítulo 2 del libro de los Hechos se considera como el nacimiento "oficial" de la Iglesia cristiana. Esa es la iglesia a la cual Cristo había dado "La gran comisión" (Marcos 16:15; Mateo 28:19-20) y también la promesa del Espíritu Santo (Lucas 24:19; Hechos 1:8). Pentecostés fue el cumplimiento de esa promesa (Hechos 2:1-4).

Las características principales de la iglesia del Nuevo Testamento eran (1) un sentido de hermandad –tenían todas las cosas en común (Hechos 2:41-47); (2) el poder del Espíritu Santo; (3) un testimonio: Cristo muerto, resucitado, y ascendido; y (4) la esperanza del retorno triunfante de Cristo (Hechos 1:8-11; 1 Tesalonicenses 4:13-18). Esto último especialmente era lo que servía como común denominador entre los creyentes. La segunda venida de Cristo era la esperanza suprema de la iglesia primitiva. *Maranata* – "el Señor viene" – era el saludo típico entre los cristianos del siglo primero.

La Iglesia del Nuevo Testamento poseía una organización muy sencilla. En realidad, prácticamente no tenía organización. Y era de esperarse, pues el reino de Dios no era *"de este mundo"* (Juan 18:36); puesto que esperaban el retorno del Señor en cualquier momento, todos debían mantenerse ocupados proclamando estas buenas nuevas, y no tenían tiempo para preocuparse por las estructuras eclesiásticas. El concepto que prevalecía era que la Iglesia era el cuerpo de Cristo (Efesios) y que Cristo era la Cabeza de la Iglesia (Colosenses) y que, por lo tanto, la Iglesia debía mantenerse bajo la dirección divina.

Pero este concepto de la iglesia del Nuevo Testamento fue cambiando paulatinamente. Ya en el siglo tercero Cipriano, obispo de Cartago en el norte de África, se destacó por su énfasis en el concepto de la iglesia como institución. Habló de los obispos como agentes especiales del Espíritu Santo, lo cual condujo más tarde al concepto de la sucesión apostólica, y usó analogías

que pusieron énfasis sobre la Iglesia como una institución. Ya en la Edad Media tenemos una superestructura eclesiástica, caracterizada por un absolutismo papal sin precedentes, y la Cabeza de la Iglesia ya no es Cristo, sino el papa.

El concepto de la salvación

En la Iglesia del Nuevo Testamento, cuando se decía que alguien era salvo o que había nacido de nuevo, o que había venido a ser un hijo de Dios, significaba que esa persona había creído en Jesucristo, se había arrepentido de sus pecados y los había confesado a Dios, y Dios la había justificado (1 Juan 1:8-10). Es decir, que en la Iglesia del Nuevo Testamento el concepto de la salvación era que la persona era salva o justificada por la gracia, por medio de la fe en los méritos de Cristo hechos en la cruz del Calvario, y no por la justicia propia que provenía del esfuerzo por ganarse la propia salvación (Efesios 2:8-9). Ese es el gran tema del apóstol Pablo en las epístolas a los Romanos y a los Gálatas.

La salvación de la Iglesia del Nuevo Testamento tenía también ciertas derivaciones éticas. Cuando una persona profesaba haber recibido a Jesucristo como su Salvador personal, se daba por sentado que se producía un cambio radical en su vida personal (2 Corintios 5:17). El nuevo creyente demostraba este cambio bautizándose públicamente como un testimonio de que renunciaba al mundo y su concupiscencia (1 Juan 2:15-17).

Pero con el correr de los siglos este concepto neotestamentario de la salvación fue cambiando gradualmente. Ya en el siglo tercero Cipriano usó algunas analogías para referirse a la "Iglesia", que nos muestra que para él la salvación es por medio de la institución de la Iglesia y no por medio de Cristo. Por ejemplo, Cipriano dice que nadie puede tener a Dios por *Padre*, si no tiene a la Iglesia por su *madre.* También dice que como cuando durante el diluvio nadie puso quedar fuera del arca y ser salvo físicamente, tampoco nadie puede estar fuera de la Iglesia y ser salvo espiritualmente. Esto condujo más tarde al principio de que "fuera de la Iglesia no hay salvación". De este principio dependía el poder de la excomunión, tan hábilmente usado por los papas de la Edad Media.

El concepto del perdón de los pecados

Como vimos anteriormente, en la Iglesia del Nuevo Testamento, la persona que había creído en Cristo y se había arrepentido de sus pecados y los había confesado a Dios, recibía el perdón por la gracia de Dios. Era la fe del penitente en los méritos de Cristo hechos en la cruz del Calvario.

Una vez que la persona recibía la salvación, debía bautizarse. Pero el bautismo no era otra cosa que un acto por medio del cual el creyente daba un testimonio público de sus intenciones de renunciar al mundo, y sus deseos de unirse a la comunidad cristiana. En ninguna parte del Nuevo Testamento leemos que el bautismo tuviera otro significado.

Pero así como el concepto de la salvación fue cambiando paulatinamente, también lo fue el del bautismo. Hacia fines del siglo segundo y principios del tercero, notamos dos cosas. La primera es la diferencia que se establece entre los pecados "cardinales" y los demás pecados. En el siglo segundo, por ejemplo, los llamados pecados "cardinales" son tres: la idolatría, el homicidio y la inmoralidad. En el siglo tercero, Tertuliano habla de siete pecados "mortales": la idolatría, la blasfemia, el homicidio, el adulterio, la fornicación, el falso testimonio y el fraude.

La segunda cosa que notamos en este período es la enseñanza de que el bautismo tiene poder para limpiar de todo pecado. Tertuliano, por ejemplo, enseñaba que una persona podía arrepentirse de

los pecados cometidos después del bautismo, pero no de los pecados "cardinales". Este segundo arrepentimiento requería humillación y confesión pública.

Con el correr del tiempo se levantó la pregunta de *cuándo* la persona había hecho lo suficiente para ameritar el perdón. Pronto se desarrolló el consenso de que la autoridad para esta decisión había sido divinamente otorgada a la congregación, especialmente a aquellos miembros de la Iglesia que estaban a punto de sufrir el martirio. Con el tiempo esto condujo a muchos abusos, ejemplo de los cuales es la declaración de Calixto, obispo de Roma en el siglo tercero; dijo que él absolvería de los pecados de la carne a todos los que dieran muestras de un arrepentimiento sincero. Esta declaración se considera como un punto importante en el desarrollo de la autoridad papal. Pero puesto que muchos de los actos de humillación y confesiones públicas no eran sinceros, esto condujo aun a más abusos.

El concepto de los sacramentos

La iglesia del Nuevo Testamento tenía solamente dos sacramentos: la Santa Cena y el bautismo. La Santa Cena era simplemente un acto memorial que la iglesia celebraba en el primer día de la semana, que servía para mantener latente la memoria de la muerte y resurrección de Cristo. Hacía esto obedeciendo las palabras de Cristo *"Haced esto en memoria de mí"* (Lucas 22:19). El bautismo era un acto público por medio del cual el creyente expresaba sus intenciones de abandonar el mundo con sus deseos, para ser admitido a la comunidad cristiana y seguir a Cristo.

Pero con el correr de los siglos la iglesia paulatinamente fue añadiendo otros sacramentos. Para el siglo sexto ya existían cuatro sacramentos: la Santa Cena (o eucaristía), el bautismo, la confirmación –que consistía en la imposición de manos y el ungimiento con aceite santo para que la persona recibiera el Espíritu Santo– y la ordenación, que estaba reservada solo para aquellos que entraban al santo ministerio.

Para fines de la Edad Media, la iglesia contaba con siete sacramentos.

A los cuatro arriba mencionados, había añadido otros tres: el matrimonio, la extremaunción –los ritos finales para la persona que estaba por morir–, y la penitencia. Este último fue añadido en el IV Concilio Laterano de 1215, el cual completó el dogma de la Iglesia Católica Romana.

De todos estos sacramentos, los únicos dos que tenían base bíblica eran la Santa Cena –eucaristía– y el bautismo. Desafortunadamente, la interpretación bíblica de ambos estaba equivocada. Ya vimos que en el caso del bautismo, la iglesia enseñaba –sin tener base bíblica alguna para ello– que el bautismo tenía el poder de limpiar todo pecado. La Santa Cena dejó de ser tal para convertirse en la *eucaristía* o la misa, la cual se celebraba en latín y había adquirido un nuevo significado espiritual: la repetición simbólica del sacrificio de Cristo por los pecados. Según esto, mediante el acto de consagración que el sacerdote hacía de los elementos, el pan y el vino se convertían en forma mágica en el cuerpo y sangre de Cristo. Esta idea se convirtió gradualmente en el dogma de la *transubstanciación*, el cual fue aceptado oficialmente como parte del dogma de la iglesia en el IV Concilio Laterano de 1215.

Prácticas eclesiásticas

No solo el dogma sino también algunas de las prácticas eclesiásticas de la Iglesia medioeval clamaban por una reforma radical. De la misma manera en que algunos de los conceptos doctrinales habían paulatinamente cambiado a través de los siglos, y otros habían sido añadidos sin tener ninguna base bíblica, habían surgido algunas prácticas eclesiásticas que inspiraban la

protesta de muchos cristianos sinceros. Entre las principales prácticas eclesiásticas que demandaban reforma estaban el absolutismo papal, la corrupción del clero y el formalismo extremo.

El absolutismo papal

La historia del desarrollo del absolutismo papal es muy interesante. Desde los primeros siglos del cristianismo los obispos habían comenzado a adquirir cierta jerarquía y a ejercer una supremacía en la iglesia, que fue en aumento con el correr de los siglos. Ya en el siglo segundo Ireneo había escrito: "Estar de acuerdo con los obispos es, pues, una necesidad". Ireneo no solo daba importancia a los obispos como la cabeza de la Iglesia, sino también a Roma como el centro del cristianismo: "Todas las iglesias deben estar de acuerdo con la iglesia de Roma, porque allí es donde se ha conservado fielmente la tradición apostólica". Por lo tanto, dice Ireneo: "Es necesario que todas las iglesias estén de acuerdo con esta Iglesia (Roma)".

En el siglo tercero Cipriano comenzó a hablar de la autoridad de los obispos, y especialmente del obispo de Roma, diciendo que la palabra del obispo sería la *palabra final* en asuntos de autoridad: "Si alguien no está con el obispo –dijo Cipriano– no está dentro de la iglesia". Por consiguiente, con el correr de los años los sínodos y los concilios comenzaron a mirar al obispo de Roma como la fuente de autoridad y ortodoxia. Y esto era casi de esperarse, pues Roma era la ciudad más grande y más importante del Impero Romano.

Durante el siglo cuarto, los dos personajes más prominentes en Roma eran el emperador y el obispo de Roma. Pero en el año 330 el emperador Constantino cambió la capital del Imperio Romano a Constantinopla, a la cual trasladó su residencia. Esta acción de Constantino no solo debilitó a Roma políticamente, sino que dejó al obispo de Roma como el personaje más importante de esta ciudad, lo que dio así a Roma mayor prominencia religiosa.

De aquí en adelante, en las muchas controversias en los concilios la influencia del obispo de Roma era tal, que por lo general el lado en que él estaba era el que prevalecía en las decisiones. En muchos casos los sínodos y concilios daban a las personas afectadas por las decisiones de los mismos el derecho de apelar al obispo de Roma, el cual tenía la autoridad de decidir sobre las resoluciones del concilio.

A principios del siglo quinto Inocente I hizo la declaración de que en el mundo cristiano nada debería aprobarse en asuntos de fe sin la aprobación del obispo de Roma; que todos los demás obispos deberían dirigirse al mismo en busca de ortodoxia y autoridad. Por otro lado, san Agustín, en su clásico libro *La ciudad de Dios*, expresó la idea de que la iglesia cristiana se convertiría en un reino mundial, con su capital en Roma, y que el gobernante de este "reino espiritual" se llamaría *papa*.

El primer obispo de Roma que usó el título de *papa* fue León "El Grande".

León I declaró que él era un descendiente directo del apóstol Pedro y que, por lo tanto, había recibido autoridad directa del apóstol. Sostenía que la primacía de Pedro había sido perpetuada por los papas –hasta el siglo quinto el obispo de Roma–, los cuales estaban relacionados con Pedro, de la misma manera en que Pedro estaba relacionado con Cristo.

Esta supremacía del obispo de Roma llegó a convertirse durante la Edad Media en absolutismo papal sin precedentes en la historia de la Iglesia.

Alcanzó su punto culminante en el siglo XIII, que comenzó con el pontificado de Inocente III (papado 1198-1216) y se cierra con el de Bonifacio VIII (papado 1294-1303).

Al principio del siglo XIII toda Europa occidental giró en torno a una persona, Inocente III. Su poder e influencia fueron tales, que a la edad de 27 años ya era cardenal y a la de 37 llegó a ser papa. Inocente añadió a la lista de títulos del papa el de "vicario de Dios". Inocente tuvo también una influencia directa sobre el IV Concilio Laterano (1215), el concilio que completó los sacramentos y el dogma de la Iglesia Católica Romana –la transubstanciación como dogma oficial de la iglesia, y la penitencia como el séptimo sacramento– y estableció la inquisición.

Durante el pontificado de Inocente III el papado alcanzó la cumbre de su poder. Inocente aspiraba a tener absoluto control civil y eclesiástico, y estuvo más cerca que ningún otro papa de establecer una teocracia papal de alcance universal con control absoluto sobre el estado y la iglesia. Inocente quitaba y ponía obispos, excomunicaba y coronaba reyes, anulaba sus matrimonios y mediaba entre ellos en caso de guerra, y forzó muchas veces a que se firmaran tratados de paz.

Aunque Bonifacio VIII aspiró a tener más poder que Inocente III, lo que lo llevó a promulgar la bula *Unum Sanctum* mediante la cual declaraba tener autoridad absoluta sobre el gobierno civil, en realidad sus sueños de poder fueron frustrados por la resistencia de Felipe IV de Francia, y con su pontificado la influencia política de la iglesia entró en un período de decadencia. No obstante, durante los siglos XIV y XV la jerarquía papal hacía sentir su influencia en toda Europa.

La corrupción del clero

Por otro lado, la infidencia del clero en general había aumentado en porción inversa al absolutismo y el poder del papado. Muchos de los sacerdotes de la iglesia medioeval eran iliteratos. Y esta ignorancia clerical había rebajado en gran manera la eficacia del sacerdocio. Si bien es cierto que había muchos sacerdotes sinceros y motivados por un celo espiritual y un sentido de misión, la verdadera vocación ministerial a menudo brillaba por su ausencia. Debido al sistema financiero que predominaba en la Iglesia, era posible para una persona con una personalidad agresiva ganarse la vida cómodamente ejerciendo el sacerdocio. De aquí que muchos entraran al ministerio por intereses puramente materiales. En estos casos faltaban la vocación ministerial y un sincero deseo por obtener la mejor educación teológica posible. Esta falta de educación entre los sacerdotes no inspiraba el respeto de los laicos más educados, producto del Renacimiento.

A todo esto debía añadirse la corrupción moral que predominaba entre el clero. Si una persona entraba al ministerio por razones puramente materiales, sin una verdadera vocación ministerial, esa persona por lo general carecía de escrúpulos morales, lo cual hacía difícil cumplir con el voto de celibato y abstinencia sexual. La práctica del concubinato y la relajación moral entre los sacerdotes era cosa bien conocida. Esta condición tan deplorable, es el tema principal de la sátira en las obras clásicas de algunos de los grandes autores de los siglos XV y XVI.

Por ejemplo Boccaccio, en *Decamerón*, incluye una colección de cuentos en los cuales expresa su burla y sarcasmo, entre otro caracteres, de los monjes y sacerdotes de su tiempo. En el siglo XVI la obra clásica de Desiderio Erasmo –él mismo hijo ilegítimo de un sacerdote–, *Elogio de la locura*, es una sátira en la cual hace burla, entre otras cosas, del carácter personal de los monjes.

Exceso de formalismo

La Iglesia del Nuevo Testamento era una iglesia sencilla que se caracterizaba por un sentido de hermandad entre los creyentes, y un culto de adoración sencillo. El mismo consistía principalmente de la lectura de Las Escrituras –especialmente pasajes del Antiguo Testamento que anunciaban la venida del Mesías–, oración extemporánea, un mensaje que consistía en la declaración o la interpretación de la verdad bíblica, la Santa Cena, que consistía en una ceremonia sencilla conmemorativa de la muerte y resurrección de Cristo, y la ceremonia del bautismo por el cual los nuevos conversos eran recibidos a la comunidad cristiana.

Lo principal es que la Iglesia del Nuevo Testamento carecía en absoluto de una estricta organización eclesiástica. Sin embargo, ya para el siglo tercero el culto de la adoración en la iglesia había tomado definitivamente una forma más ritualista. El sermón, que era la parte principal del culto de adoración en la Iglesia primitiva, había sido desplazado por una liturgia más elaborada de la Santa Cena. Esta incluía la letanía, el beso de paz, el ofertorio, la consagración de los elementos, las palabras de institución *Hoc est corpus –"este es mi cuerpo"*–, las cuales se supone impartían a los elementos ciertas características particulares, las palabras del memorial *"haced esto en memoria de mí"*, la elevación de la copa, y particularmente el acto de reservación, el cual consistía en apartar los sobrantes de los elementos –los cuales se creía que conservaban sus características especiales por treinta días– para ser usados con propósitos sagrados, como el servir la comunión a los enfermos y ausentes.

En el siglo séptimo la eucaristía se había convertido en la parte principal del culto de adoración; ocupó la mayor parte del mismo.

Además, el sacerdote tenía que vestirse con una vestimenta especial, cada una de cuyas partes tenía un significado espiritual.

Prácticas populares

La situación religiosa de la Edad Media se había deteriorado seriamente, no solo debido a la transformación del dogma de la Iglesia arriba mencionado, sino también debido a ciertas prácticas populares que fueron aceptadas por aquella e incorporadas como parte de su dogma oficial después de una prolongada práctica popular. Las dos prácticas populares principales eran la mariología y la intercesión de los santos.

La mariología

El término *mariología* se usa para referirse a la tradición –que en la práctica es equivalente a la adoración– de exaltar a la Virgen María a un estado de elevada veneración. Ya en el siglo segundo Ireneo usó una analogía que tiene derivaciones mariológicas. Ireneo habló del "primer Adán" y del "segundo Adán". Dijo que lo que el "primer Adán" perdió por su desobediencia, el "segundo Adán" –Cristo– lo recobró por su obediencia. Pero también habló de la "primera Eva" y la "segunda Eva". Continuando con la analogía, dijo que lo que la "primera Eva" perdió por su desobediencia, la "segunda Eva" –María– recobró por su obediencia. Ireneo dijo que el "nudo" que fue atado por la desobediencia de Eva, fue desatado por la obediencia de María.

Los primeros indicios de exaltación de la Virgen María se remontan al siglo tercero. Cipriano, el gran padre de la iglesia y obispo de Cartago. Dijo que "nadie puede tener a Dios por su padre si no tiene a María por su madre". En el siglo quinto, durante el Concilio de Calcedonia (451), el emperador romano Marciano hizo la siguiente petición: "Halladme el cuerpo de la Madre de Dios –María–; quiero edificarle un templo especial para ella". La inferencia era que la Virgen María había resucitado y nadie sabía dónde se encontraba su cuerpo.

Esta actitud de excesiva veneración se convirtió más tarde en verdadera adoración de parte de las masas populares, una práctica que la Iglesia no instigó, pero tampoco hizo nada por corregir. Andando el tiempo, esta práctica llevó a la iglesia a declarar a María "la Madre de Dios", la "Reina de los Cielos", y finalmente darle el título de "co-redentora" juntamente con Cristo.

La intercesión de los Santos

La práctica de venerar a los santos también se remonta al segundo y tercer siglos. Comenzó como respeto por las personas que habían sufrido el martirio durante las persecuciones de los dos primeros siglos. Se creía que estos santos eran perfectos. Esto llevó a los creyentes a invocar la intercesión de ellos en la presencia de Dios. El respeto y la memoria de los santos llegaron a tomar la forma de verdadera veneración. La fecha y el lugar de su martirio se consideraron sagrados, y con el tiempo el aniversario de su muerte comenzó a marcarse en el calendario. A principio del siglo cuarto esta veneración, que hasta entonces había sido reservada solo para los mártires, se extendió a aquellos que, estando aún vivos, habían defendido la fe cristiana y sufrido por ella, y a aquellos que habían vivido una vida cristiana ejemplar, o que habían sobresalido en la doctrina cristiana y la fe apostólica.

Durante los primeros tres siglos la fama de la persona o la *vox populi* –el testimonio popular– eran el único criterio para determinar la santidad de una persona. Pero entre los siglos sexto y décimo el número de los muertos que recibían el culto de los santos había aumentado tan rápidamente, y los cuentos legendarios y abusos eran tantos, que la intervención de la autoridad eclesiástica, representada por el obispo, surgió como una medida regulatoria.

La práctica de la veneración de los santos finalmente condujo a la Iglesia a la práctica de la canonización de los mismos. La primera canonización de la cual se tiene noticia fue la de san Uldarico en el año 973. La acción del papa consistió solo en dar asentimiento al acto de canonización. Pero a medida que pasó el tiempo, la canonización papal adquirió una estructura más definida.

Abusos eclesiásticos

Las causas inmediatas que provocaron la Reforma del siglo XVI fueron los abusos en muchas de las prácticas eclesiásticas de la iglesia medioeval. Estos abusos pueden clasificarse bajo tres categorías: finanzas, cargos eclesiásticos y dispensaciones. Todos estos abusos estaban relacionados entre sí. Entre los principales estaban:

Las anatas

La anata era la práctica por la cual se requería que un obispo o abad contribuyera a Roma la totalidad de las entradas durante el primer año de ocupar el puesto. Los obispos y abades gustosamente contribuían con este dinero, puesto que después del primer año en muchos casos el puesto producía ganancias fabulosas.

Las colaciones

La colación era la práctica de Roma de cambiar a los obispos y a los abades después de un tiempo, a puestos que estaban vacantes. Al ser transferido, el obispo o abad debía pagar de nuevo la anata a Roma durante el primer año en su nuevo puesto. Es fácil ver entonces cómo Roma podía manipular estas transferencias, a fin de producir más anatas, las cuales le producían más entradas.

Las preservaciones

La preservación consistía en la práctica de reservar los mejores puestos eclesiásticos, los que representaban las mejores entradas monetarias, para el uso del papa. El papa enviaba un representante en su lugar y recibía todos los fondos que se colectaban por medio de ese puesto.

Las expectativas

La expectativa era la práctica de vender los cargos eclesiásticos al mejor postor antes de que quedaran vacantes. De esta manera el papa se aseguraba, no solo de las rentas anuales, sino también de una suma considerable por derecho a tomar el puesto.

Las dispensaciones

Esta era una práctica que tenía que ver con excepciones a violaciones de la ley canónica mediante el pago de una cantidad de dinero. Por ejemplo, si una persona no tenía la edad legal para ocupar un obispado, el papa le daba una dispensación si pagaba la cantidad fijada. O, según la ley canónica, un hombre no podía casarse con la viuda de su hermano, pero si pagaba la cantidad fijada por Roma, el papa le daba la dispensación.

La simonía

Esta era la práctica de la compra y venta de puestos eclesiásticos. Cuando un puesto eclesiástico quedaba vacante, como por ejemplo el puesto de abad, obispo o arzobispo, el papa fijaba un precio, y la persona que pagaba el dinero o hiciera arreglos para pagarlo en abonos, era nombrado para ese puesto, ya fuera clérigo o laico.

El nepotismo

Esta era la práctica de nombrar familiares para cargos eclesiásticos, que en muchos casos eran hereditarios. Hubo, por ejemplo, el caso de un papa que nombró a su sobrino de 14 años de edad para el puesto de cardenal.

Las recomendaciones

Esta era la práctica de pagar un impuesto anual al papado, a cambio de un nombramiento provisional que rendía algún beneficio.

El diezmo

Esta era la práctica de los obispos y sacerdotes de cobrar el diez por ciento de los frutos del campo, la mercadería y las obras artesanales, con el propósito de sostener el clero.

El pluralismo

Este es un término que se usa para hacer referencia a la práctica de ocupar más de un puesto eclesiástico simultáneamente. Hubo el caso del hijo del Duque de Lorena, que simultáneamente ocupó nueve puestos de abad, nueve de obispo, tres de arzobispo y uno de cardenal.

El absentismo

Este es un término que se usa para referirse a la situación de los que practicaban el pluralismo, que colectaban contribuciones de puestos que ocupaban sin estar presentes para ejercerlos, ejemplo de los cuales es el hijo del Duque de Lorena mencionado anteriormente.

Las indulgencias

De todos los abusos eclesiásticos típicos de la iglesia medioeval, el que causó el más grande furor fue, sin duda, el de la venta de indulgencias. El abuso en este respecto del arzobispo Alberto de Alemania, y especialmente su comisario Juan Tetzel, como veremos más adelante, fue lo que indujo a Martín Lutero a lanzar su histórica protesta.

El sacramento de la penitencia

El IV Concilio Laterano fue importante por dos cosas: una, la adopción de la transubstanciación como parte del dogma de la Iglesia, y la otra, la institución de la penitencia como uno de los siete sacramentos.

El concilio, además, adoptó una fórmula para cumplir con la clase de arrepentimiento que la persona tenía que hacer, a fin de pagar por el mal que había hecho. Consistía en cuatro puntos: (1) contrición por los pecados, (2) confesión auricular, (3) palabras de absolución del sacerdote, y (4) penitencia. La penitencia podía cumplirse en varias formas: haciendo buenas obras, haciendo peregrinajes o comprando una indulgencia de la iglesia.

La Iglesia de la Edad Media enseñaba que el pecado involucraba *culpa*, y que relacionado con la culpa inevitablemente estaba el asunto de la *penitencia* o castigo. El pecador arrepentido era perdonado gratuitamente de la culpa de su pecado confesado. Sin embargo, debía cumplir con la penitencia que la iglesia, mediante el sacerdote, le imponía. La idea era que si el pecador tenía una sincera actitud de arrepentimiento, Dios le perdonaba su culpa, pero el sacerdote, como representante de la Iglesia, debía insistir en una penitencia severa. Si el penitente no cumplía con su penitencia en esta vida, entonces debía hacerlo en el purgatorio.

El abuso de las indulgencias

Las penitencias que la Iglesia imponía eran tan pesadas, que a menudo muchos penitentes no podían cumplir con las mismas. Por ejemplo, una persona que había perdido una pierna no podía ir en peregrinaje. O podía suceder que alguien que sinceramente se había arrepentido y confesado sus pecados, muriera antes de tener la oportunidad de cumplir con su penitencia. Esto, por supuesto, no era justo. Un cierto sentido de equidad condujo a la Iglesia a hacer algunas excepciones. Por ejemplo, si la persona daba pruebas de su arrepentimiento y su confesión eran sinceros, se la absolvía bajo promesa de que en el futuro cumpliría con su penitencia. O, en el caso de la persona que había perdido una pierna, se le permitía que sustituyera su peregrinaje dando limosnas.

Finalmente, en el siglo décimo la iglesia comenzó a enseñar que los méritos hechos por Cristo, que eran realmente en exceso de las necesidades de la humanidad, formaban un vasto tesoro, a los cuales añadieron los méritos de la Virgen María y los de los santos, que por su heroísmo y santidad de vida habían hecho más méritos que los que necesitaban para su propia salvación. Este vasto depósito de méritos representaba una posesión preciosa. La iglesia enseñaba que podía hacer uso de este tesoro de buenas obras, y aplicar los méritos a fin de satisfacer las penitencias canónicas de los penitentes que no podían cumplir con las mismas; le vendían por una suma de dinero los méritos que la persona necesitaba en sustitución de la penitencia. Esta clase de conmutación era la esencia de la indulgencia.

Capítulo 2

Fuerzas precursoras de la Reforma

Aunque la Reforma propiamente dicha no ocurrió hasta los comienzos del siglo XVI, las fuerzas precursoras que condujeron a esta gran convulsión religiosa comenzaron a hacerse sentir durante los siglos anteriores. Lo que ocurrió en el siglo XVI no es otra cosa que el desbordamiento de esas fuerzas que habían estado haciendo presión por espacio de casi dos siglos.

Lo mismo que las causas que condujeron a la Reforma, las fuerzas precursoras que la precedieron son múltiples y complejas. Pueden definirse, sin embargo, en términos de movimientos y personalidades.

El Misticismo

El concepto de que "afuera de la iglesia no hay salvación" nació con Cipriano en el siglo tercero, y se había consolidado firmemente en la estructura de la Iglesia medioeval. El concepto que prevalecía a fines de la Edad Media era que la salvación es por medio de la institución de la Iglesia y la participación en sus ritos, ceremonias y sacramentos.

Durante el siglo XVI surgió un movimiento, el Misticismo, que comenzó a negar abiertamente que el único camino hacia Dios era el de la Iglesia. Los místicos ponían énfasis en la conciencia directa de la presencia de Dios y su poder espiritual en el creyente. Es decir, que una persona podía mantener una relación directa con Dios sin necesidad de la función intermediaria del sacerdote y de la Iglesia. Esto significaba dejar de lado el sistema sacramental de la Iglesia. Los místicos enseñaban que las buenas obras no justificaban a una persona, sino que una persona hace buenas obras porque ya es justificada. Enseñaban también que el corazón puro es el verdadero trono del Dios supremo, y ponían énfasis en la vida piadosa y anhelaban una Iglesia pura.

Hubo dos grupos principales de místicos. En Alemania había un grupo que se llamaba simplemente "Los amigos de Dios", compuesto de sacerdotes, monjas y laicos que vivían vidas piadosas. El producto literario más importante de este grupo es un volumen titulado *Teología germánica*, que consiste en un simposio escrito por varios de los miembros de la fraternidad. Con el tiempo llegó a convertirse en una hora clásica, y tuvo una influencia directa en el pensamiento de Martín Lutero.

El otro grupo se desarrolló en los Países Bajos, y se denominaba "Hermanos de la vida en común". El miembro más distinguido de esta fraternidad fue, sin duda, Tomás A. Kempis, autor de la obra clásica *Imitación de Cristo*, la obra de la Edad Media que ha gozado de mayor circulación hasta los tiempos presentes.

El pensamiento místico ejerció una influencia muy directa en el pensamiento de los reformadores. Por ejemplo, la idea de que una persona puede gozar de una comunión directa con Dios sin necesidad de tener que usar la función intermediaria de la Iglesia, inspiró la doctrina del "sacerdocio universal de todos los creyentes" de Martín Lutero, el principio de que cada creyente es su propio sacerdote delante de Dios.

El Renacimiento

Otro movimiento que ejerció una influencia muy positiva sobre la Reforma fue el Renacimiento. El término *renacimiento* se usa en los círculos culturales para designar la revolución cultural que sacudió a Europa entre los siglos XIII y XVI, y que marca el fin de la Edad Media y el principio de la Edad Moderna. Estos son los siglos que se caracterizan por la libertad intelectual, el genio creador y la expresión artística. El Renacimiento produjo cambios drásticos, no solo en las artes, la música, la literatura y las ciencias, sino también en las bases económicas de la vida, la estructura de la sociedad y la organización de los estados. El Renacimiento es importante porque introdujo un *nuevo* hombre en una *nueva* era.

Durante el Renacimiento hubo por lo menos seis avivamientos intelectuales en las siguientes áreas: literatura, arquitectura, escultura, pintura, investigación científica e invención; tres de conceptos: individualismo, nacionalismo y exploración geográfica; y uno religioso: la Reforma. Esto nos hace ver la "explosión" de la Reforma del siglo XVI es parte realmente de "otra explosión" mucho mayor que abarca los siglos XIII al XVI.

Sin embargo, estos avivamientos no tuvieron el mismo grado de influencia sobre la Reforma. Nos referimos solo a aquellos que a nuestro juicio ejercieron una influencia muy directa.

El espíritu individualista

La Edad Media se caracterizó por la pérdida del individualismo. Todo el sistema de pensamiento predominó durante la Edad Media –inclusive en la Iglesia–; era el sistema deductivo. Este sistema de pensamiento comienza razonando con principios y reglas generales, de los cuales deduce principios y reglas particulares. Una vez que esos principios y reglas generales se han establecido y definido, el individuo debe mantenerse dentro de los mismos o, de lo contrario, se convierte en un rebelde.

Este es el sistema de pensamiento sobre el cual está basado el escolasticismo, del cual Tomás de Aquino es su representante por excelencia. Este es el sistema, también, sobre el cual la Iglesia de la Edad Media estableció su dogma usando la versión latina de La Biblia –la Vulgata– como su base. Una vez que los principios generales fueron establecidos, tanto el dogma de la Iglesia como su base, la Vulgata, se consideraban intocables. Cualquiera que se atreviera a ponerlos en tela de crítica, se convertía en un hereje. Esto contribuyó a la pérdida total del individualismo personal.

El movimiento individualista del Renacimiento está representado por el movimiento humanista, del cual Desiderio Erasmo es representante por excelencia. Los humanistas se distinguieron por su esfuerzo por hacer estudios críticos independientes de documentos antiguos, a fin de establecer si era fidedignos o no. El humanista Laurentino Valla, por ejemplo, usó esta metodología y en 1440 pudo establecer que un documento antiguo conocido como la "Donación de Constantino", según el cual dicho emperador donó en el siglo cuarto una propiedad para el uso del obispo de Roma, era espurio, pues había indicios de que se había escrito después de la muerte de Constantino.

Erasmo fue un místico holandés que perteneció al grupo de los "Hermanos de la vida común". Siendo un humanista bíblico, aplicó al estudio de los originales bíblicos la misma metodología usada por los otros humanistas en el estudio de los documentos seculares. Con este método pudo establecer que la versión oficial de la Iglesia, la Vulgata, estaba llena de errores y traducciones equivocadas. Esto, por supuesto, estimuló su actitud crítica de la Iglesia.

La obra literaria de Erasmo tuvo un impacto muy grande en el pensamiento de los reformadores. Su obra maestra, *Elogio de la locura*, es una sátira inteligente y mordaz acerca de las instituciones medioevales, inclusive la Iglesia. En la misma se burla de algunas de las prácticas populares de la Iglesia, como los peregrinajes, y del carácter superficial de los monjes.

Su obra principal como humanista bíblico, sin embargo, fue la reconstrucción y publicación del Nuevo Testamento griego; para ello usó los manuscritos que entonces estaban a su disposición. Esta fue una contribución significativa al movimiento de la Reforma, pues ese fue el Nuevo Testamento sobre el cual se basaron varias de las traducciones a los idiomas modernos del siglo XVI, incluyendo la traducción del Nuevo Testamento al alemán hecha por Martín Lutero.

El espíritu nacionalista

Los siglos XIII al XVI se caracterizan por la multiplicación y el crecimiento y desarrollo de nuevos pueblos y estados. Cuanto más grandes y poderosos eran los estados, más poder e influencia tenían sus reyes. Esto dio lugar al concepto del "derecho divino de los reyes". El hecho más importante en relación con los pueblos durante esta época fue, sin duda, el surgimiento de los idiomas modernos. Los mismos impartieron a los pueblos un sentido de identidad, lo que condujo, a su vez, a demarcar los límites entre estado y estado, y más adelante a las nacionalidades modernas.

Este énfasis de idiomas, límites y nacionalidades contribuyó a un espíritu de patriotismo, un deseo de "defender lo que es nuestro", un sentido de autonomía propia, que comenzó a manifestarse en un excesivo espíritu nacionalista. Caso típico de ello es la "Guerra de los Cien Años" entre Inglaterra y Francia por asuntos territoriales, y el martirio de la legendaria joven francesa Juana de Arco.

Estos conceptos nacionalistas surgieron como consecuencia de los escritos de Nicolás Maquiavelo, un escritor patriota italiano. Después del establecimiento de la República Italiana, Maquiavelo escribió un libro titulado *El príncipe*, el cual es una especie de manual práctico con el propósito de ayudar al príncipe de Italia a unificar todo el país en contra de todos los extranjeros, y echar a estos de la península. En *El príncipe* Maquiavelo dice que el estado es un fin en sí mismo y, por lo tanto, no es responsable ante nadie. Maquiavelo trata de justificar la teoría de que en política el éxito lo es todo.

Este espíritu nacionalista jugó un papel muy importante en la Reforma del siglo XVI, por el simple hecho de que la Iglesia era una institución internacional y, por lo tanto, considerada en todas partes –excepto en Italia– como extranjera. A esto se añadía el hecho de que por siglos el papa, la cabeza de la iglesia, haciendo uso de sus poderes extraordinarios, había controlado no solo los asuntos religiosos, sino también los europeos.

Con el surgimiento de este espíritu nacionalista, la mayoría de los países comenzaron a ver con malos ojos la intervención de la Iglesia y especialmente del papa en los asuntos internos de cada país. Por lo tanto, cuando Martín Lutero, por ejemplo, decidió enfrentarse al papa y a la curia en Roma, la mayoría de sus compatriotas alemanes lo apoyaron. Al mismo tiempo, Federico, el elector de Sajonia, se declaró defensor de Lutero. De no haber sido por el espíritu patriótico y nacionalista que reinaba en Alemania, Lutero habría muerto en la hoguera tres o cuatro semanas después de romper con Roma y quemar la bula papal que lo amenazaba con la excomunión.

La invención de la imprenta

La era del Renacimiento se distinguió por importantes inventos. La invención de la brújula revolucionó el arte de la navegación. En Alemania Juan Gutenberg revolucionó el arte de la imprenta con la invención de los tipos movibles. Su invento ejerció una influencia directa sobre la Reforma, pues una de las primeras obras que se imprimieron usando el nuevo método de impresión, fue precisamente La Biblia. Hasta entonces los ejemplares de La Biblia eran muy raros y costosos.

Aunque antes de Gutenberg ya existía un sistema de impresión, este era muy primitivo y rudimentario. Los ejemplares de Biblias eran tan raros y costosos que los que se encontraban en las iglesias y bibliotecas generalmente estaban encadenados para que no se los robaran. Gracias al nuevo método de los tipos movibles, ahora La Biblia podría imprimirse en cantidades antes casi imposibles. La primera edición impresa en Gutemberg fue de doscientos ejemplares, y la segunda, no mucho tiempo después, fue de trescientos. Desde entonces La Biblia continuó publicándose edición tras edición.

El argumento principal de los reformadores era que la autoridad mayor sobre la cual el dogma y las prácticas de la Iglesia debían estar basados, no era la tradición, ni el papa ni los concilios, sino Las Escrituras. Insistían en que la gente debía leer La Biblia, y por lo tanto la misma debía traducirse a los idiomas populares. Cuando Lutero hizo su traducción del Nuevo Testamento al alemán, la imprenta con los tipos movibles de Gutemberg estaba lista para publicar tantos ejemplares como fueran necesarios. Lo mismo puede decirse de la traducción de Reina-Valera al castellano, y las demás traducciones al inglés, italiano, etc.

Pero la imprenta fue un instrumento que sirvió para multiplicar no solo los ejemplares de La Biblia, sino también las decenas de tratados, libros y panfletos escritos por los reformadores, en los que criticaban a la Iglesia y exponían su posición doctrinal. Por ejemplo, cuando Lutero mandó una copia de sus noventa y cinco tesis a sus colegas en la Universidad de Erfurt, uno de ellos entregó una copia de las mismas a un impresor, y en menos de tres meses las tesis habían sido distribuidas por toda Alemania.

Los precursores

Durante los siglos XIV y XV ya se oían voces aquí y allá pidiendo a gritos cambios radicales dentro de la Iglesia. No solo pedían la eliminación de los abusos eclesiásticos de esos tiempos, sino también cambios en las prácticas populares y eclesiásticas. A la vez, estas voces precursoras de la Reforma expresaban una severa crítica del dogma de la Iglesia, especialmente de algunas de las doctrinas fundamentales como la eucaristía y el perdón de los pecados.

Pedro Valdo

Pedro Valdo era un rico comerciante francés natural de Lyon, Francia. Al escuchar el canto de un trovador ambulante experimentó una conversión muy dramática. Después de su conversión, preguntó a un maestro de teología cuál era el mejor camino a Dios. Este le contestó con las palabras de Cristo al joven rico: *"Vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, y sígueme"* (Mateo 19:21).

Valdo, siguiendo su admonición después de hacer provisión para su esposa y su hija, dio el resto de sus bienes a los pobres y salió a predicar el evangelio. Hizo un voto de pobreza y reunió a un grupo de laicos que pensaban y creían como el, los cuáles se llamaron "Los pobres de Lyon" y

más tarde "valdenses". Los seguidores de Valdo iban por todas partes predicando el evangelio y hablando de su fe con todos. Valdo no tardó en ser víctima de la crítica de parte de la jerarquía de la Iglesia, porque abogaba por la predicación y la participación de los laicos en las actividades de la Iglesia.

En 1179 Valdo y sus seguidores fueron a Roma, durante el Tercer Concilio Laterano, y solicitaron del papa Alejandro III que diera aprobación al grupo como una de las órdenes de la Iglesia. El papa aprobó el voto de pobreza que habían hecho, pero les negó el permiso de predicar, a menos de que fueran exclusivamente invitados por los sacerdotes locales.

Al principio obedecieron la orden del papa, pero luego, convencidos de que estaban desobedeciendo la voz de Dios por obedecer la de los hombres, salieron por todas partes predicando el arrepentimiento sin solicitar permiso de las autoridades eclesiásticas locales. Fueron ganando popularidad e influencia, y comenzaron a diseminarse rápidamente.

El papa citó a Valdo para que diera cuentas de su desobediencia, pero Valdo no se presentó en Roma. Finalmente los valdenses fueron expulsados de Lyon, y el papa Lucio III los excomunicó en 1184, forzándolos fuera de la Iglesia en contra de la voluntad de ellos.

Pedro Valdo creía que Las Escrituras debían traducirse a la lengua vernácula, de modo que se dio a la tarea de traducir La Biblia a los diferentes dialectos de Francia e Italia. Los valdenses iban de dos en dos predicando el evangelio y recitando pasajes de La Biblia, que habían aprendido de memoria. Con el tiempo, a medida que se fueron familiarizando con Las Escrituras, rechazaron algunas de las creencias fundamentales de la Iglesia, como las misas por los muertos, la doctrina del purgatorio, la invocación a los santos, la adoración de María, y la misa y el culto a las imágenes. Los valdenses fueron verdaderos reformadores. Fueron protestantes antes de que existiera el protestantismo.

Por espacio de cuarenta años los valdenses crecieron rápidamente y llegaron a ser motivo de verdadera preocupación para la Iglesia Católica. Finalmente, en el Sínodo de Verona en 1186 fueron condenados como herejes. Pedro Valdo murió en 1217, pero la influencia de los valdenses continuó. Más tarde, el Concilio de Toulouse en 1229 decretó que la herejía valdense debía ser erradicada a cualquier costo. La tarea de la supresión de esta herejía fue delegada a la Orden Dominica, la cual aplicó la inquisición con todo rigor, causándoles mucho sufrimiento. A pesar de esta intensa persecución, los valdenses sobrevivieron a través de los siglos hasta el día del presente. Es el único grupo de la Edad Media que ha existido continuamente hasta el siglo XX.

Juan Wyclif

Wyclif fue un precursor inglés que ha sido correctamente llamado "la estrella matutina de la Reforma". Nació en 1320. Ingresó como estudiante en la universidad de Oxford, Inglaterra, con la cual estuvo relacionado el resto de su vida como uno de sus más sobresalientes profesores. Obtuvo el doctorado en teología, y en 1366 fue nombrado capellán del rey Eduardo III.

En 1374 el rey lo designó a la rectoría de Lutterworth. Más o menos al mismo tiempo, lo nombró como miembro de una comisión para negociar la paz en Francia y para tratar con los representantes del papa en los asuntos relacionados con las vacantes en puestos eclesiásticos en Inglaterra.

A su retorno a Inglaterra comenzó a predicar en un espíritu reformador. Su primera expresión de hostilidad contra las prácticas del romanismo, fue su declaración contra los monjes mendicantes

que andaban por todo el país, sacando dinero de la gente por extorsión y predicando contra la educación y el progreso en cualquier forma. Comenzó a predicar en Oxford y en Londres contra la soberanía del papa en asuntos seculares, y al mismo tiempo comenzó a publicar sus ideas por medio de panfletos y tratados.

La crítica de Wyclif contra la Iglesia de Roma fue tan severa, que en 1377 fue citado ante el tribunal del obispo de Londres. El papa se alarmó tanto, que publicó un documento en el que condenaba muchos de los escritos de Wyclif. Este, sin embargo, tenía un fuerte apoyo de parte del pueblo, de los eruditos y de los nobles de Inglaterra, de manera que el papa no pudo sofocar el creciente descontento contra el control papal y los crecientes sentimientos reformistas en Inglaterra.

La actitud de Wyclif se hizo cada vez más atrevida y desafiante. Defendía los derechos del pueblo inglés contra las intervenciones extranjeras, criticaba abiertamente la estructura teológica que la Iglesia medioeval había desarrollado y, sobre todo, los muchos abusos que se multiplicaban dentro de la Iglesia. Su crítica se dejaba escuchar tanto en su predicación como en sus escritos.

Wyclif no creía que la Iglesia estaba compuesta de oficiales eclesiásticos y sistemas sacramentales. Creía que la Iglesia era el cuerpo de creyentes, cuya cabeza era Cristo, no el papa. Wyclif fue quizá el primer predicador en Inglaterra que proclamó un evangelio puro: reconocía a La Biblia como la única fuente de verdad. Rechazó la doctrina de la infalibilidad, tanto del papa como de los concilios, y afirmó que los decretos papales tenían autoridad solo si estaban en armonía con Las Escrituras; sostenía que la función del clero no era gobernar, sino servir al pueblo.

Wyclif rechazó la doctrina de la transubstanciación, dijo que era la herejía más grande de la Iglesia. Rechazó también otras doctrinas fundamentales de la Iglesia, entre ellas las del purgatorio.

En 1380 reunió a un grupo de ex alumnos de la Universidad de Oxford, que se llamaron los “sacerdotes pobres”, y más tarde llegaron a conocerse como los “lolardos”. Estos eran laicos consagrados a los principios reformistas de Wyclif, e iban de dos en dos predicando el evangelio y sus creencias.

Finalmente, a pesar del apoyo que el pueblo inglés prestaba a las enseñanzas de Wyclif, el arzobispo de Londres logró que se decretara el prohibirle predicar. Cuando esto ocurrió, Wyclif se refugió en su rectoría y dedicó todo su tiempo a La Escritura.

Wyclif creía que cada persona debía tener el privilegio de tener contacto directo con Dios, sin necesidad de la intercesión del sacerdote. También creía que La Palabra de Dios debía traducirse al idioma vernáculo, a fin de que todos pudieran tener un contacto personal con La Biblia. Llevado por esta convicción, dedicó los últimos años de su vida a la traducción de Las Escrituras. En 1382 completó la traducción del Nuevo Testamento al inglés. Y con la ayuda de un amigo terminó en 1384 la traducción del Antiguo Testamento. Wyclif murió ese mismo año, “habiendo encendido un fuego que nunca se apagaría”. Algunos piensan que Wyclif fue el hombre más erudito de su época.

Tuvo tanto apoyo del pueblo y de personas en posiciones de influencia, que las autoridades eclesiásticas no pudieron condenarlo en vida. Después de su muerte, sin embargo, sus escritos fueron combatidos severamente.

Finalmente, en 1415, el Concilio de Constanza condenó las enseñanzas de Wyclif y ordenó que se quemaran sus escritos, libros y tratados. El concilio ordenó también que sus restos mortales, que habían estado sepultados por espacio de treinta y un años, fueran desenterrados y quemados, y que las cenizas fueran desparramadas en las aguas de un río. Este decreto no se cumplió, sino hasta el año 1428.

Juan Hus

Hus nació en Bohemia, de padres campesinos, en 1360, quince años antes de la muerte de Wyclif. Cursó sus estudios en la Universidad de Praga, donde en 1398 comenzó a enseñar teología. En 1401 fue ordenado al sacerdocio, y al año siguiente fue nombrado rector de la Universidad de Praga. Hus fue un predicador poderoso y ocupó el púlpito de más influencia en Praga. Desde el principio fue un miembro local de la Iglesia Católica Romana; sin embrago, sentía la misma pureza de doctrina que Juan Wyclif había proclamado.

Gracias al matrimonio de la princesa de Bohemia y el príncipe Ricardo II de Inglaterra, se abrieron las puertas a ciertas becas para que algunos estudiantes de Bohemia fueran a estudiar a Inglaterra, especialmente en Oxford. Allí estuvieron bajo la influencia de las enseñanzas de Wyclif. Al regresar a Bohemia, estos estudiantes llevaron consigo las enseñanzas del reformador inglés, las cuales Hus aceptó de todo corazón, y se convirtió en el discípulo más destacado de Juan Wyclif. Hus tradujo los escritos de Wyclif a la lengua común del pueblo de Bohemia, y comenzó a predicarles las mismas doctrinas que Wyclif había predicado en Inglaterra. Predicaba valientemente contra los errores de la Iglesia Romana, la corrupción del clero y los abusos del sistema papal.

En 1409 Hus llegó a ser el líder del partido nacional de Bohemia en la universidad. Continuó predicando con más ardor a favor de una reforma en la Iglesia y a favor de los derechos políticos y religiosos del pueblo. El pueblo comenzó a acusarlo de herejía, pero todo el país se levantó en su favor. Tanto el papa como el arzobispo procuraron impedir la predicación de Hus, y también suprimir sus escritos juntamente con los de Wyclif.

Finalmente, Hus fue excomunicado por el papa Juan XXIII, pero aún así continuó predicando y escribiendo. Escribió dos libros titulados *Sobre los seis errores* y *Sobre la iglesia*, en los cuales atacaba la doctrina de la transubstanciación, así como la obediencia al papa, la simonía, la creencia en los santos, la eficacia de la absolución del sacerdote y la obediencia incondicional a los gobernantes terrenales. Hus creía que Las Santas Escrituras eran la única regla en asuntos de conducta y de fe.

En 1414 fue citado a comparecer ante el Concilio de Constanza para que respondiera a cargos de herejía. Aunque tanto el rey Wenceslao como el emperador Segismundo y el papa le prometieron un salvoconducto y un trato justo, le hicieron la aclaración de que si el concilio lo condenaba por hereje, no podrían garantizar el salvoconducto.

Tan pronto como llegó a Constanza, lo juzgaron apresuradamente, lo hallaron culpable de herejía y lo encarcelaron. Durante su período de encarcelamiento se enfermó. No obstante, halló tiempo para escribir dos tratados, uno *Sobre los Diez Mandamientos* y otro *Sobre el Padrenuestro*. Más tarde lo pusieron en encarcelamiento solitario por espacio de diez semanas, durante las cuales vivió sin suficiente alimentación, sin servicio sanitario adecuado, y fue torturado para obligarlo a retractarse de sus enseñanzas.

Finalmente, en el mes de julio de 1415, Hus rehusó terminantemente retractarse ante el comité investigador. Esa misma semana se pasó la sentencia final de que debía morir quemado en la hoguera. El obispo que dictó la sentencia predicó su sermón basado en las palabras de Romanos 6:6: *"Para que el cuerpo del pecado sea destruido"*. Luego procedieron a quemarlo vivo. Cuando las noticias de su martirio llegaron a Bohemia, la nación entera se indignó y Hus se convirtió no solo en un héroe nacional, sino también en un mártir.

Hus fue un verdadero reformador. Un historiador dice: "En el concepto que tenía acerca de las funciones y los deberes del clero; en su celo por la santidad práctica; en su exaltación de Las Escrituras como superiores a los dogmas y ordenanzas de la Iglesia; en excelencia moral y heroísmo de carácter, Hus no fue sobrepujado por ningún reformador, ni contemporáneo, ni anterior ni posterior".

Jerónimo de Praga

Precursor bohemio, discípulo y amigo íntimo de Juan Hus, Jerónimo nació en Praga en 1370 de una familia rica, y recibió su educación en la Universidad de Praga. Fue caballero de la corte del rey de Bohemia. Un hombre muy educado y elocuente, que viajaba mucho.

En una visita que hizo a Inglaterra se puso en contacto con los escritos de Juan Wyclif. En 1407 regresó a Bohemia y llevó consigo las enseñanzas de Wyclif. Aunque no era sacerdote, comenzó a predicar, iba de universidad en universidad proclamando las enseñanzas de Wyclif, a pesar de que no siempre era bien recibido. Finalmente regresó a Praga y se unió a Juan Hus en la divulgación de las doctrinas de Wyclif.

Cuando Hus fue citado a comparecer ante el Concilio de Constanza, en 1414, Jerónimo lo acompañó con el fin de animarlo y ayudarlo en lo que pudiera. Cuando Hus fue sentenciado a muerte, sus amigos le aconsejaron a Jerónimo que regresara a Bohemia. Comenzó su viaje de regreso, pero fue capturado y llevado de nuevo a Constanza. Durante el juicio que se le hizo, su valor le falló y se retractó de sus creencias. Más tarde, avergonzado de su apostasía, pidió que se le hiciera otro juicio. En un discurso muy elocuente, revocó su retractación anterior y con valor afirmó su fe.

En 1416 fue quemado vivo en el mismo lugar en que Hus había sido quemado un año antes.

Girolamo Savonarola

Savonarola nació en Ferrara, Italia, en 1452, de una familia distinguida. Comenzó sus estudios en el campo médico. Desde jovencito sintió un llamado especial de Dios para vivir una vida santa. En 1474, cuando tenía 22 años de edad, al ser rechazado por una joven con la cual quería casarse, decidió romper completamente sus lazos familiares para hacerse monje.

Dejó su hogar en secreto, e ingresó en un monasterio dominico en Bologna. Allí permaneció por espacio de siete años y se destacó por su extraordinaria piedad y celo religioso. Durante ese período se dedicó al estudio intenso de La Biblia, y escribió un panfleto titulado *La ruina de la Iglesia*, en el cual procuraba mostrar que la Iglesia había perdido su antigua pureza.

En 1481 Savonarola fue transferido a un monasterio en Florencia. Allí consumió otro período intenso de estudio de La Biblia, oración y ayuno. Comenzó a ver un paralelo entre el ayuno y el juicio de Dios sobre la Iglesia. De modo que comenzó a predicar en un estilo profético, anunciando el juicio que se aproximaba.

Savonarola continuó predicando de esta manera por los siguientes diez años. Su predicación atacaba el pecado, los males de sus días, especialmente los pecados del clero, inclusive los monjes corruptos de su propio monasterio. En 1491 fue elegido rector del monasterio de San Marco. Su predicación directa y sincera le ganó tal respeto de parte de la gente de Florencia, que en 1492, después de la muerte de Lorenz de Médicis, el líder político de Florencia, el hijo de Lorenzo, fue dejado de lado y Savonarola fue nombrado para dirigir los asuntos de la ciudad.

Bajo la dirección de Savonarola, la ciudad se convirtió en una república y ante su poderosa predicación experimentó cierto grado de reforma.

Savonarola dirigió una cruzada juvenil en nombre de la justicia, con un cuádruple propósito: (1) observar los mandamientos, (2) asistir fielmente a los medios de gracia, (3) renunciar a todo placer mundanal, y (4) reconocer y practicar la sencillez en la vida y en el vestir. La predicación de Savonarola atacaba valientemente la corrupción en el clero, y especialmente en el papa.

El papa Alejandro VI comenzó a alarmarse en gran manera. Con el fin de desviar a Savonarola de sus propósitos reformistas, le ofreció el cargo de cardenal, pero Savonarola lo rechazó. Finalmente, sus ataques violentos en contra del clero y del papa produjeron los resultados esperados. En octubre de 1496 el papa lo excomulgó, y el pueblo se puso en contra de Savonarola.

Hacia 1498 el pueblo se había cansado de vivir la vida piadosa que Savonarola demandaba, y muchos decidieron volver a sus caminos antiguos. El pueblo decidió quitar la dirección de la república de las manos de Savonarola, y pidieron a la familia Médicis que ocupara de nuevo el poder.

Inmediatamente Savonarola fue arrestado juntamente con dos de sus amigos. Poco tiempo después los tres fueron enjuiciados. Declarados culpables de herejía, fueron ejecutados el 23 de mayo de 1498. Savonarola fue ahorcado y su cuerpo quemado, y sus cenizas arrojadas en las aguas de un río. Sus últimas palabras fueron: “Mi Señor murió por mis pecados, ¿no debo yo dar esta pobre vida por él?”

Capítulo 3

La Reforma en Alemania: Lutero

Como ya vimos en el capítulo 1, muchos fueron los factores que prepararon el camino para la gran reforma religiosa del siglo XVI. Entre ellos, la rigidez del dogma de la Iglesia, el absolutismo papal, la corrupción del clero y el excesivo formalismo en la adoración. Y, sobre todo, los muchos abusos eclesiásticos que prevalecían hacia fines de la Edad Media, como el pluralismo, el absentismo, la simonía, las dispensaciones, el nepotismo, y especialmente los abusos relacionados con la venta de indulgencias.

Este estado deplorable de la Iglesia coincidió con el advenimiento de una sociedad mejor educada, producto del Renacimiento, que comenzó a observar a la Iglesia con un ojo más crítico. Para el laico del Renacimiento, la explicación de que "así dice la Iglesia" ya no era suficiente. Mientras la sociedad estaba compuesta de personas ignorantes y sumisas, la Iglesia permanecía inmune. Pero a medida que la sociedad comenzó a producir hombres tan educados, y aún más educados que el clero, la corriente de la crítica contra Ia iglesia se desató con todo furor.

Este estado de cosas produjo una situación explosiva que a gritos pedía reforma en la Iglesia y en la sociedad. Las llamas de este espíritu reformador se avivaron con la predicación y los escritos de hombres como Valdo, Wyclif, Hus y Savonarola. A comienzos del siglo XVI la situación era tal, que los sentimientos populares podían inflamarse con el más pequeño incidente. Todo lo que se necesitaba era el líder para la hora. Y el hombre de la hora fue Martín Lutero.

Lutero: infancia y juventud

Martín Lutero nació de padres campesinos en Eisleben, en el condado de Mansfield, Alemania, el 10 de noviembre de 1483. Fue el mayor de siete hermanos. Sus padres, Hans y Margarita Lutero, siendo fieles católicos, enseguida hicieron bautizar al niño. Según la costumbre católica, como fue bautizado en el día de San Martín de Tours, pusieron al niño el nombre del santo, Martín.

Influencia mística

Entre los seis y los catorce años de edad Martín recibió su educación primaria en la escuela parroquial de Mansfield. Allí le enseñaron gramática, lógica, retórica, lectura, escritura, aritmética, canto y latín.

Recibió también instrucción religiosa en los sacramentos, el catecismo, el Credo de los Apóstoles, los Diez Mandamientos, y algunas oraciones y cantos religiosos.

En 1947, a la edad de 15 años, sus padres lo enviaron a otra escuela parroquial en Magdeburg, que estaba bajo la dirección de los "Hermanos de la vida común". Allí experimentó sus primeros contactos con las enseñanzas místicas. Martín permaneció en Magdeburg solo un año.

Entre los años 1498 y 1501 fue enviado a estudiar a Eisenach, donde vivían algunos parientes de su madre. Durante los tres años que pasó allí, Lutero continuó con la práctica de muchos estudiantes de cantar en las calles y en las plazas, y mendigaba para su sostén. Fue así que conoció a una buena señora rica, Ursula Cotta, la cual decidió ayudar al joven Martín, y lo invitó a ir a vivir a su casa, y lo proveyó no solo una habitación sino también alimentos y ayuda financiera para costear sus estudios.

Influencia de Guillermo de Occam

En 1501, a la edad de 18 años, Hans Lutero matriculó a Martín en la Universidad de Erfurt, una universidad que gozaba de excelente reputación en Alemania. El pensamiento filosófico y teológico de esta universidad estaba dominado por la escuela de Occam, llamada entonces "modernista".

William de Occam nació en Occam, cerca de Londres, Inglaterra. Ingresó en la orden franciscana y cursó sus estudios en Oxford y en París.

Fue el teólogo más prominente de sus días, aunque muchas de sus enseñanzas no estaban en armonía con las enseñanzas de la Iglesia. En 1328 fue citado ante el papa, encarcelado y excomulgado. Se considera como uno de los principales precursores de la reforma de Inglaterra, y se cree que su pensamiento influyó también en el de Juan Wyclif.

Occam habló en contra de algunas doctrinas ya por mucho tiempo establecidas en la iglesia. Sostenía que el papa no era infalible, que el concilio general y no el papa era la autoridad en asuntos de fe y conducta, y que en asuntos seculares el papa y la Iglesia estaban subordinados al estado. Occam fue influido por el escepticismo científico que floreció en sus días en Oxford. Tanto él como su maestro Juan Escoto criticaron ardientemente a Tomás Aquino; afirmaban que a Dios no se lo puede llegar a conocer por el intelecto; que era posible conocerlo solo mediante la revelación de su voluntad. Por lo tanto, el conocimiento de Dios descansaba en la autoridad de la verdad revelada.

Esta nueva escuela de pensamiento produjo una gran separación entre el orden divino y el orden humano, sosteniendo que lo divino no puede llegarse a conocer mediante el proceso de la mente humana para penetrar los secretos de Dios. Decía que la filosofía y la teología eran tan distintas, que no podía haber relación alguna entre ambas. Para Occam la teología era la ciencia de la revelación autoritativa de Dios, y no podía ser explicada por la razón humana.

En Erfurt, Martín quedó también expuesto a la influencia humanista. Aunque no llegó a ser humanista propiamente dicho, las disciplinas que recibió durante sus años en Erfurt adquirieron profundo significado cuando más tarde comenzó sus estudios bíblicos.

Años tumultuosos

En 1502 Lutero recibió su bachillerato y comenzó a dictar clases en la Universidad de Erfurt. En 1503, mientras estaba un día estudiando en la biblioteca, encontró una Biblia y su lectura le intrigó sobremanera. En 1505 recibió su licenciatura en leyes, y ocupó el segundo lugar en calificaciones en un grupo de diecisiete graduados. Su padre le dio como regalo de graduación un ejemplar del *Corpus Juris,* un manual de leyes.

Ingreso al monasterio

El padre de Martín Lutero aspiraba a que su hijo algún día llegara a ser abogado y se distinguiera en el campo de la jurisprudencia. Hans Lutero había escalado con mucho sacrificio la cuesta del éxito. De un pobre obrero con las minas de Eisleben, había llegado a ser un distinguido comerciante con acciones en por lo menos seis minas de cobre y dos casas de fundición. Llegó a ser reconocido y aceptado por las familias burguesas de Mansfield. Cuando Lutero se graduó en la Universidad de Erfurt, su padre ya le había escogido de una de esas familias ricas la que habría de ser su esposa. Tan orgulloso estaba Hans Lutero de su hijo, que cuando le hablaba ya no lo trataba de *tú* sino de *usted*.

Pero según resultaron las cosas, Martín Lutero no seguiría sus estudios de jurisprudencia. En 1505 repentinamente abandonó sus estudios e ingresó a un monasterio agustino en Erfurt. Muchas son las conjeturas acerca de por qué Lutero decidió dar un paso tan decisivo en su vida.

Aunque no se sabe por seguro, se cree que dos incidentes que le ocurrieron en espacio de un mes le precipitaron a tomar tal decisión. El primero fue la muerte repentina de un amigo suyo. Este hecho parece haberle producido un angustioso temor y sentido de inseguridad. Cuanto más pensaba en el juicio final y el castigo de Dios por el pecado, más se sentía presa de un terror abrumador.

El segundo incidente fue una experiencia que tuvo en medio de una severa tormenta. Oprimido por pensamientos acerca del juicio final y el castigo de Dios ocasionados por la muerte de su amigo, Lutero decidió descontinuar sus conferencias en Erfurt e irse a visitar a sus padres en Mansfield. En su viaje de retorno, cuando estaba a unos pocos kilómetros de Erfurt, lo sorprendió una gran tormenta. Mientras estaba guareciéndose debajo de un árbol, un rayo cayó sobre el mismo y lo partió, y la descarga eléctrica arrojó a Lutero por tierra. Creyendo que iba a morir, exclamó:

–Ayúdame, Santa Ana, y me haré monje.

La costumbre de hacer votos y promesas en momentos de peligro y necesidad era muy común entre la gente de aquellos días. Puesto que los católicos creían que tales promesas debían cumplirse, a menos de que se recibiera una dispensación de la iglesia, al parecer Lutero creyó que no tenía otra alternativa que entrar al monasterio. Por lo tanto, el 17 de julio de 1505 invitó a todos sus amigos a una reunión social, y anunció que iba a ingresar en un monasterio agustino en Erfurt. Su padre se disgustó tanto que estuvo a punto de desheredarlo.

Lutero comenzó su noviciado en septiembre. Después de pasar un año ocupado en reflexión, la oración y la lectura de obras religiosas y Las Escrituras, tomó los votos de pobreza, celibato y obediencia. Siguió estudiando filosofía y comenzó a prepararse para el sacerdocio. El 2 de mayo de 1508 celebró su primera misa.

Lutero continuó con sus estudios de filosofía según la escuela de Occam. El progreso que hizo en sus estudios impresionó tanto a sus superiores, que lo recomendaron para que ocupara una cátedra temporal de filosofía en la recientemente fundada Universidad de Wittenberg, la capital de Sajonia.

Los directores de la Universidad le pidieron también que diera una serie de conferencias sobre La Biblia. Su estadía en Wittemberg no duró mucho, y para 1509 estaba de regreso en Erfurt.

Influencia de Juan Staupitz

Durante todo este tiempo Lutero se había dedicado a un estudio intenso de La Biblia bajo la dirección de Juan Staupitz, su superior inmediato.

Staupitz era el vicario general de los agustinos, así como profesor de teología y decano de la Universidad de Wittenberg. Era de tendencias místicas, pues había sido educado bajo las influencias de los "Hermanos de la vida común", el grupo místico de los Países Bajos. Creía en el estudio de La Biblia y en la reforma moral de la Iglesia, especialmente en su propia orden. Él fue el que invitó a Lutero a enseñar en Wittenberg, a fin de que más tarde lo sucediera en su cátedra de teología.

En 1510 Lutero estaba de regreso en Erfurt, donde pasó un año ampliando sus estudios. En 1511 Staupitz lo envió a Roma en una misión especial ante el papa, en relación con algunos problemas internos de la orden agustina. Fue durante este viaje que Lutero vio por primera vez la "Santa ciudad". Cuando llegó a Roma visitó los lugares que todos los peregrinos visitaban, adoró en las iglesias principales de la "Ciudad eterna", y ascendió la *santa escala* de la catedral laterana.

Parece que no hay confirmación histórica de la tradición de que cuando Lutero iba escalando los peldaños de la catedral, viniéndole el pensamiento de que la justificación es solo por la fe, llegó a la conclusión de que esta clase de actos no tenía ningún valor, y poniéndose de pie se alejó lenta y tristemente de la catedral. Sí sabemos que Lutero se sorprendió y se inquietó en gran manera por la corrupción que observó en la curia romana.

Años decisivos

Para fines de 1511 Lutero estaba de regreso en Wittenberg como profesor de teología bíblica, cátedra que heredó de Juan Staupitz y que ocupó por el resto de su vida. Staupitz y sus superiores tenían a Lutero en tan gran estima, y lo aconsejaron que comenzara a prepararse para el título de doctor en teología. Finalmente, en octubre de 1512 recibió su doctorado en teología.

La justificación solo por la fe

A pesar de todos sus éxitos en sus estudios, interiormente Lutero no se sentía feliz; no estaba satisfecho en relación con la certidumbre de la salvación que tanto anhelaba. Él había ido al monasterio en búsqueda de paz para su alma y un sentido de seguridad. Había tratado de adquirir esta paz y seguridad viviendo una vida intensamente religiosa. Siendo una persona sincera, cumplía al pie de la letra con todos los requisitos y ejercicios espirituales del monasterio. Sin embargo, según su propio testimonio más tarde, estos años en el monasterio (1505-1512) habían constituido un periodo miserable en su vida. En una ocasión escribió a su amigo el duque de Sajonia: "He llenado todos los requisitos del monasterio, pero todavía no tengo paz".

Llevado por la gran sensación de temor que a menudo lo invadía, Lutero hacía lo que era costumbre hacer: procuraba encontrar alivio en los sacramentos, porque en ellos, según la Iglesia Católica Romana, debía encontrar la solución para sus problemas espirituales.

Las ideas filosóficas de William de Occam parecen haber tenido profunda influencia en este sentido. El ocanismo presentaba a Dios como un ser cuya existencia no podía demostrarse por medio de la razón. Solo podía llegar a conocerse por la fe.

Lutero entendía perfectamente el concepto de la gracia de Dios, pero creía que esa gracia divina podía obtenerse solo mediante los méritos propios. Y este era el problema, porque cuanto más se esforzaba, menos experimentaba el sentido de seguridad interna de haber hecho los méritos suficientes para merecer la gracia de Dios. Constantemente comparaba la santidad de Dios con su propia corrupción. Cuanto más se esforzaba para alcanzar la perfección, más se daba cuenta de su incapacidad para hacer cualquier acto santo. El sentimiento de que estaba perdido lo llevó casi al punto de la desesperación.

Fue durante este período de inquietud y confusión que Staupitz influyó directamente en la vida de Lutero. Le hizo ver que los pecados no pueden considerarse uno por uno, sino más bien todos juntos, si es que el alma puede llenar ciertas condiciones: un cambio radical. Este consejo de Staupitz tuvo una significación muy grande para Lutero: se dio cuenta que lo que necesitaba era un cambio de naturaleza.

Staupitz aconsejó a Lutero que considerara los méritos de Cristo y su eficacia para perdonar sus pecados. De gran ayuda fueron para Lutero las tendencias místicas de Staupitz. Este insistía constantemente en que Lutero considerara las promesas de que los méritos de Cristo eran suficientes para el perdón de los pecados, y lo aconsejaba que debía confiar en ellas por la fe. En este punto parece que la lectura de los místicos alemanes, como Eckart, y especialmente de la obra clásica *Teología germánica*, también lo ayudaron.

El texto revolucionario para Lutero fue Romanos 1:17: *“Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por la fe y para fe; como está escrito: Mas el justo vivirá por fe”*. Un día, mientras estaba en la torre del monasterio reflexionando en estas palabras de Pablo, entendió que nosotros participamos de la justicia de Dios. Más tarde, refiriéndose a esta experiencia, diría que esta había sido su “entrada al paraíso”.

Desde este momento y en adelante Lutero creyó que la salvación era por la fe. De repente entendió claramente que el creyente es salvo por su fe en los méritos del sacrificio de Cristo, que limpia la mancha del pecado.

Entendió que el hombre se salva no tratando de ser santo en la presencia de Dios, sino sencillamente creyendo en los méritos de la muerte de Cristo en la cruz del Calvario. El hombre es salvo *solo* por la fe, y no haciendo las obras de la ley, es decir, cumpliendo los mandamientos de Dios y de la Iglesia. En esto consiste el famoso principio de Lutero de la justificación *solo* por fe, que ejercería tan vasta influencia en el pensamiento de la Reforma y en los siglos venideros.

El carácter revolucionario de este principio consistía en el hecho de que si la salvación se obtiene *solo* mediante la fe personal del creyente en los méritos de Cristo, la función mediatoria del sacerdocio es innecesaria, ya que cada persona se convierte en su propio sacerdote. La Iglesia institucional tradicional había recibido un golpe certero en sus cimientos dogmáticos. Esto significaba una revolución de primera magnitud.

Profesor de teología bíblica

Los siguientes cinco años fueron decisivos en la vida de Martín Lutero, pues condujeron a una confrontación con la Iglesia. Después de su histórico descubrimiento del principio paulino de que la justificación es por la fe y no por obras, Lutero continuó enseñando teología bíblica en la Universidad de Wittenberg. Sus estudios se concentraron cada vez más en el Nuevo testamento.

Durante los años 1513-1515 dictó conferencias sobre el libro de los Salmos, concentrándose especialmente en el Salmo 22, donde están todas las palabras de Cristo en la cruz. Durante los años 1515-1516 dictó conferencias sobre la epístola a los Romanos. Hizo un estudio minucioso comparando el Salmo 22 y Romanos 1:17. A fines de 1516 comenzó a dictar conferencias sobre la epístola a los Gálatas, y en 1517 sobre la epístola a los Hebreos. De todas estas conferencias, las basadas en los Salmos y la epístola a los Romanos fueron, sin duda, las más importantes, porque las dictó durante los años en que sus ideas acerca de la justificación por la fe estaban cristalizando. Este período marca un hito muy importante en el curso de la Reforma.

Desde 1517 Lutero había formulado los tres grandes principios que constituyen su fundamento teológico: (1) la justificación es *solo* por la fe, (2) todo creyente tiene acceso directo a Dios, y (3) La Biblia es la única fuente de autoridad en asuntos de fe y conducta.

La influencia humanista que Lutero había recibido durante sus años en Erfurt ahora daba fruto. Solo el significado literal en el trasfondo histórico de La Biblia interesaba a Lutero. También los

estudios de gramática adquirieron suma importancia para él. Dictaba sus conferencias en el idioma del pueblo común, y eran tan sencillas que todos podían entender rápidamente, y llegó a ser conocido como uno de los eruditos agustinos mas destacados.

Descontento con la Iglesia

Cuanto más Lutero estudiaba La Biblia, más descontento se sentía con las doctrinas y las prácticas de la Iglesia. Su preocupación principal era la doctrina de la salvación. Sus pensamientos comenzaron a tomar un tinte reformista. Comenzó a hablar de reforma, especialmente entre el clero.

Sus conferencias sobre el libro de Romanos contienen numerosas referencias a la necesidad de dicha reforma. En algunos de sus sermones se queja de los abusos eclesiásticos, y ataca violentamente la avaricia del clero en relación con la venta de indulgencias. En su crítica se refiere no solo a los sacerdotes, sino que incluye también a los obispos, arzobispos, cardenales y al mismo papa. Su crítica incluía no solo al clero, sino que se extendía también a los príncipes por su conducta anticristiana. Lutero quería ver reformas tanto en la Iglesia como en el estado y en la sociedad.

Capítulo 4

La Reforma en Alemania: Lutero

(continuación)

Lutero había arribado al concepto de que la justicia es *solo* por la fe en el año 1513. Entre los años 1513 y 1517 se expresó en forma muy severa contra la Iglesia, tanto en relación con sus doctrinas como con sus prácticas. Pero a pesar de su crítica, Lutero seguía convencido de la necesidad de mantener la integridad de la institución de la Iglesia. En ningún momento pasó por su mente la idea de separarse de ella. Pero, como era de esperarse, su descontento, que había ido en aumento, al cabo produjo una crisis inevitable en 1517.

La venta de indulgencias

La crisis que condujo a Lutero a una confrontación con la Iglesia, tuvo que ver con el abuso en relación con la venta de indulgencias. Por supuesto, la práctica de vender indulgencias no era nada nuevo. La Iglesia la había mantenido por siglos sin que fuera objeto de más controversia que los demás dogmas que se habían desarrollado durante la Edad Media. Fueron los grandes abusos de principios del siglo XVI los que provocaron la violenta protesta de Lutero.

El arzobispo Alberto

La situación se desarrolló en el territorio adyacente a Sajonia, que estaba bajo la jurisdicción del arzobispo Alberto quien, además del abuso relacionado con las indulgencias, era culpable del pluralismo, absentismo y simonía.

En 1513 había tres puestos eclesiásticos vacantes en Alemania y Alberto, recurriendo a mucha manipulación, llegó a ocupar los tres puestos simultáneamente. Primero, a la edad de 23 años, fue nombrado arzobispo de Magdeburg. Al poco tiempo fue electo a la posición de administrador de Halberstadt. No mucho después, a la edad de 24 años, fue nombrado arzobispo de Mainz. Pero su ascenso no terminó allí. A la edad de 25 años fue nombrado figura principal del clero alemán, y a la edad de 28, cardenal.

Además de la situación del pluralismo y absentismo, había otras dos razones por las cuales Alberto no llenaba los requisitos para ocupar ni siquiera uno solo de los puestos: era un laico de tendencias mundanales, no poseía la mínima educación teológica y, además, no tenía la edad canónica para ocupar tales puestos. Para ocupar aquellas diferentes dignidades eclesiásticas simultáneamente y ser exento del requisito de la edad, necesitaba recibir una dispensación especial del papa. El dinero involucrado en el proceso hacía a Alberto culpable del pecado de simonía.

El papa fijó la suma requerida para la dispensación en relación con el permiso para ocupar más de un puesto, y la que eliminaba el requisito de la edad. De manera que el 14 de agosto de 1514 Alberto recibió la autorización para ocupar legalmente los tres puestos.

El método usado en esos casos era que después que el papa fijaba la suma, el candidato pagaba un anticipo y el resto en abonos con el dinero que recibía de la venta de indulgencias. Alberto consiguió el dinero de un banquero para el anticipo, y procedió a ocupar los tres puestos.

A fin de pagar esta enorme deuda, los oficiales de la curia en Roma aconsejaron a Alberto que lanzara una campaña para vender indulgencias, con el fin de levantar fondos para la edificación de la Basílica de San Pedro en Roma. Los detalles de la campaña se completaron en marzo de 1515. El arreglo era que la mitad de las entradas iría a Roma para la construcción de la basílica, y la otra mitad Alberto la usaría para pagar su deuda. Pero los términos del arreglo se mantuvieron secretos. La proclamación de las indulgencias hablaba solo de la construcción de la Basílica de San Pedro.

El 31 de marzo de 1515 el papa León X proclamó en una bula la extensión de la campaña de venta de indulgencias para la construcción de la Basílica de San Pedro, campaña que originalmente había sido lanzada por Julio II. La bula nombraba al arzobispo Alberto como comisario principal en el territorio que estaba bajo su jurisdicción.

Los términos de las indulgencias eran muy liberales. A los contribuyentes se les garantizaba completa remisión de pecados. Se aseguraba que los beneficios recibidos a cambio del dinero que pagaban eran equivalentes a los obtenidos como resultado de las peregrinaciones a Roma o a Compostela. La campaña de las indulgencias se extendería por espacio de ocho años.

Juan Tetzel

Juan Tetzel, un prelado domínico, fue nombrado por Alberto como subcomisario de la campaña. Tetzel impartió instrucciones a los sacerdotes en todas las parroquias, y la campaña comenzó. En uno de sus recorridos llegó muy cerca de las fronteras de Sajonia, inclusive estuvo en Eisleben, el pueblo natal de Lutero. En el territorio de Sajonia las autoridades tenían prohibido que se vendieran indulgencias. Sin embargo, muchos de los residentes de Wittenberg cruzaron la frontera y fueron a escuchar a Tetzel, y compraron indulgencias. Fue por medio de estas personas que Lutero se enteró de lo que pasaba.

Exactamente lo que predicaba Juan Tetzel no se sabe por seguro. Mucho de lo que se ha escrito en pro y en contra no puede documentarse. Sin embargo, la mayoría de los biógrafos e historiadores están de acuerdo en que lo hizo en forma mercenaria, usando terminología exagerada e incitando a los oyentes a dar liberalmente. No tomaba tiempo para explicar el valor exacto de las indulgencias y, por lo tanto, la gente estaba confundida. Solo las incitaba a pagar el dinero.

Había indulgencias por los vivos e indulgencias por los muertos. Por mucho tiempo la Iglesia había enseñado que una ofrenda generosa dada en el nombre de un amigo o pariente, ayudaría a la persona difunta a salir más pronto del purgatorio. Tetzel, usando lenguaje muy elocuente a fin de estimular a las contribuciones, se concentraba especialmente en el valor de las indulgencias a favor de los muertos. Para lograr su objeto describía en forma dramática los sufrimientos del purgatorio, y en forma patética hablaba a sus oyentes de las almas de sus parientes y amigos que clamaban a ellos por ayuda. ¿Quedarían ellos indiferentes, abandonándolos a los tormentos de las llamas, cuando con una simple contribución podían librarlos de su estado de sufrimiento? Tetzel decía que tan pronto el dinero tocaba el fondo del receptáculo, el alma salía del purgatorio.

La protesta de Lutero

Lo que realmente desencadenó la indignación de Lutero fue que cuando algunas de las personas que habían comprado indulgencias venían a confesarse, le presentaban una carta de absolución afirmando que ellos ya habían sido perdonados. Lutero había estado ya por mucho tiempo opuesto al énfasis exagerado sobre las buenas obras, pues creía que el ser humano estaba tan

corrompido por el pecado que sus buenas obras no valían nada en la presencia de un Dios justo. Había llegado a la conclusión de que una persona podía ser salva solo por la fe, no por obras.

Las noventa y cinco tesis

Las tácticas de Tetzel realmente indignaron a Lutero. Ello lo movió a escribir *noventa y cinco tesis* en latín, expresando su protesta contra la práctica de vender indulgencias, y las clavó en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg el 31 de octubre de 1517, el domingo anterior al Día de Todos los Santos. El lugar y la fecha en que las tesis fueron clavadas eran muy significativos. La puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg se usaba como cartel donde se colocaban todos los anuncios de la universidad. La fecha era significativa porque durante esa semana, en la que se celebraba el Día de Todos los Santos, se esperaban muchos peregrinos en Wittenberg.

Según la costumbre en los círculos académicos de esos tiempos, Lutero ofreció defender sus tesis en contra de cualquiera que las leyera y estuviera dispuesto a debatirlas. Escribió también una carta al arzobispo Alberto, rogándole que hiciera desistir a Tetzel de sus tácticas y abusos, y le envió la carta con una copia de las tesis.

Contrario a lo que podría esperarse, al principio las tesis no atrajeron mucho la atención de la gente, y el debate que Lutero esperaba no cristalizó. Pero Lutero, curioso por saber lo que sus amigos pensaban de la tesis, envió copias a sus colegas agustinos en Erfurt y Nuremberg. Uno de ellos traicionó su confianza y entregó una copia a un impresor, y en un mes copias impresas andaban circulando en Leipzig y Mageburg.

En diciembre apareció una edición en alemán, y para marzo de 1518 las tesis se conocían por toda Alemania. Pronto comenzaron a causar sensación. Tetzel respondió escribiendo, en enero de 1518, ciento seis contratesis, negando completamente la posición de Lutero. Tetzel se jactaba de que en unas pocas semanas Lutero sufriría la muerte de un hereje. Otros dominicos se unieron a Tetzel en el ataque contra Lutero.

El arzobispo Alberto, furioso porque las entradas por la venta de indulgencias habían menguado considerablemente, envió una copia de las tesis de Lutero al papa León X. El papa las refirió al cardenal Cayetano para que las examinara y le diera un informe. La primera reacción de León X fue: “Un alemán borracho escribió estas cosas, pero tan pronto como recobre la sobriedad dejará de hablar así”.

Pero pronto León X comenzó a considerar más seriamente la conmoción que existía en Alemania, y encomendó a Gabriel della Volta, general de la orden agustina, para que convenciera a Lutero de que guardara silencio.

En abril de ese año había una reunión de los agustinos alemanes en Heidelberg con el fin de discutir la posición de Lutero y procurar hacerlo retractar. Sin embargo, el reformador alemán defendió sus tesis muy bien, y sus argumentos satisficieron a muchos de los clérigos agustinos.

Se dispuso que Lutero debiera enviar a la curia una aclaración de su posición. Lutero lo hizo en un documento titulado *Resoluciones* dirigido a León X, con una carta a Staupitz en la que bosquejaba los eventos que condujeron a la publicación de su tesis. También daba un informe de los abusos de que eran culpables los predicadores de indulgencias; dijo que el propósito de la tesis había sido enteramente académico, y no con el propósito de establecer nuevos dogmas.

En su tesis Lutero había protestado contra la práctica de otorgar perdón en cambio de una indulgencia. Pero por ahora fue un paso más adelante hacia la conclusión inevitable. Habló de la suficiencia de la fe del creyente, sin la mediación del sacerdote, para obtener la salvación.

La Dieta de Ausburgo

Los enemigos de Lutero en la curia persistían en su hostilidad. El censor papal, Prierias, habiéndosele pedido que examinara los escritos de Lutero, condenó las declaraciones del mismo sobre las indulgencias, basándose en el principio de autoridad por el cual el papa, la cabeza de la Iglesia Universal, que no podía equivocarse, tenía autoridad absoluta en asuntos de fe y de interpretación de Las Escrituras. Cualquiera que no estuviera de acuerdo con el papa, era un hereje.

La respuesta de Lutero no se dejó esperar. Antes había protestado contra el énfasis que la Iglesia había puesto en las buenas obras, insistiendo en que solo la fe podía justificar ante Dios, y que la mediación del sacerdote era menos importante que la fe del creyente. Pero ahora fue un paso más adelante y afirmó que la Iglesia Universal estaba compuesta por el cuerpo de los fieles a Cristo, y que Cristo era su cabeza, no el papa.

Afirmó también que la autoridad suprema de la Iglesia se encontraba en un concilio representativo. Esta era una declaración audaz, pues negaba la autoridad papal.

El siguiente paso del papa fue citar a Lutero para que compareciera ante la Dieta de Ausburgo, la que se reuniría en el verano de 1518. León X envió al cardenal Cayetano como su representante personal, con instrucciones de hacer que Lutero se retractara de sus enseñanzas.

Federico el Sabio, el elector de Sajonia, apoyaba a Lutero de todo corazón. Lutero llegó a Ausburgo el 7 de octubre, temeroso por su vida. Cuatro días más tarde, sin embargo, recibió un salvoconducto del emperador. Cayetano le señaló algunas de *las Noventa y cinco tesis* que eran contrarias a las enseñanzas aceptadas por la Iglesia en cuanto al sacramento de la penitencia y el tesoro de méritos, y algunas de las declaraciones del documento escrito por Lutero, *Resoluciones*. Lutero respondió insistiendo en que la enseñanza del tesoro de méritos no estaba bien documentada en Las Escrituras. Cayetano insistía en que el papa era la autoridad en asuntos de fe, moral y la interpretación de Las Escrituras. Lutero negó esta supremacía.

El siguiente punto fue aun más serio, pues Lutero dijo que las ministraciones del sacerdote no tenían valor alguno aparte de la fe del creyente. Cayetano siguió insistiendo en las enseñanzas tradicionales. Ambos estaban en polos opuestos.

Dos días más tarde Lutero hizo un resumen de su posición en una declaración, en la cual afirmaba que los papas se habían equivocado, y seguirían equivocándose, y que la autoridad infalible residía solo en Las Escrituras, donde el creyente podía encontrar la doctrina pura de la salvación. Esto produjo un altercado violento entre Lutero y Cayetano.

–Retráctate, o atente a las consecuencias –fue la amenaza final de Cayetano.

Dos días más tarde Lutero, temiendo algún atentado contra su vida, partió para Sajonia bajo la protección de la noche.

El debate con Juan Eck

Bajo la presión de las circunstancias, el carácter hereje de la posición teológica de Lutero se vio con mucha claridad. El siguiente incidente importante en la vida de Lutero fue el famoso debate

en Leipzig con Juan Eck, un prominente teólogo devoto de la Iglesia y hasta el fin de su vida enemigo acérrimo de Lutero.

En 1519 Eck escribió y publicó un ataque contra la *Tesis* de Lutero en un folleto titulado *El obelisco*, en el cual acusaba a Lutero de propagar las enseñanzas de Juan Hus. Lutero contestó a este ataque con otro panfleto titulado *El asterisco*.

Cuando la controversia comenzó a adquirir importancia, el papa León X sugirió que Eck y Lutero debieran celebrar un debate público, sugerencia que Lutero aceptó con gusto. Se hicieron los arreglos pertinentes para que el debate se celebrara en Leipzig, Sajonia. Mucha gente se agrupó ansiosa de presenciar el colosal debate sobre un asunto tan importante. El debate comenzó el 4 de julio de 1519.

Eck basaba sus argumentos sobre la enseñanza tradicional de los teólogos: que la Iglesia era un solo cuerpo, con una cabeza, san Pedro, quien había sido nombrado por Cristo para que fuera su vicario en la Tierra, y que desde entonces sus sucesores siempre habían poseído el poder de las llaves para atar y desatar. Por su parte, Lutero afirmaba que la cabeza de la Iglesia era solo Cristo. Sostenía que la palabra "roca" en Mateo 16:18 se refería a toda la Iglesia, no solo la fundada por san Pedro.

Eck trató de desacreditar a Lutero ante los oyentes diciendo que había aceptado las enseñanzas herejes de Juan Wyclif, Juan Hus y otros herejes, todos los cuales habían sido condenados por la iglesia. Lutero no titubeó. Insistió en que algunas de las enseñanzas de Hus no eran herejes, puesto que tenían apoyo bíblico. Cuando se vio forzado, Lutero insistió en que aun los concilios podían equivocarse, que solo Las Escrituras poseían autoridad final, y que los papas y concilios debían obedecerse solo si sus actos y decretos estaban en armonía con Las Escrituras.

El debate no resolvió nada, pero probó un punto importante: Lutero se había apartado totalmente de la posición oficial de la Iglesia Católica. Lo único que quedaba ahora era echar a Lutero y a sus seguidores del seno de la Iglesia. Desde ahora en adelante Lutero tendría que luchar por preservar su vida.

Después del debate los enemigos de Lutero continuaron sus ataques con mucho más vigor. Eck ejerció presión sobre la curia para que tomara acción contra este terrible hereje, y muchos escribieron libros y panfletos en contra de Lutero. Pero el reformador tenía también sus seguidores y aquellos que lo apoyaban, especialmente entre los humanistas. Entre ellos estaba uno de los más destacados humanistas de la época, Felipe Melanchthon, profesor de griego de la Universidad de Wittenberg. Los alemanes más jóvenes se dejaron llevar por sus sentimientos patrióticos, y se agruparon alrededor de Lutero en oposición a la jerarquía romana.

Finalmente, el 15 de junio de 1520 el papa publicó una bula. La misma describía la gravedad de las herejías de Lutero y las condenaba, y ordenaba a los fieles, bajo pena de excomunión, que no lo protegieran ni ayudaran. En la bula el papa daba a Lutero sesenta días para retractarse y dejar de enseñar sus herejías, después de los cuales, si no cumplía con la orden, sería excomulgado y arrestado por las autoridades eclesiásticas o seculares. Nada contribuyó tanto para que la gente concentrara su atención en Lutero como esta bula. Juan Eck, bajo cuya insistencia el papa había publicado la bula, volvió a Alemania para asegurarse de que las autoridades estuvieran correctamente informadas del contenido de la misma.

Los tres panfletos de Lutero

Mientras tanto, Lutero continuó con sus estudios y sus enseñanzas. En mayo predicó un sermón titulado "Sermón sobre el papa de Roma". Poco tiempo después decidió escribir apelando al pueblo de Alemania. Durante el mes de agosto escribió tres panfletos. Estos tres tratados son importantes, porque señalan su ruptura total con la Iglesia de Roma.

Una carta abierta

El primer panfleto fue *Una carta abierta a la nobleza cristiana de la nación alemana concerniente a la reforma del estado cristiano*. Este panfleto se conoce comúnmente con el nombre más corto de *Una carta abierta*. En el mismo Lutero presenta el argumento de que los campeones de la supremacía papal han edificado tres paredes detrás de las cuales se han atrincherado: (1) la autoridad espiritual es superior a la autoridad temporal, (2) la autoridad para interpretar Las Escrituras reside en el papa, y (3) solo el papa tiene autoridad para convocar concilios.

Lutero contesta a estos tres puntos en forma breve, pero cortante. Dice que la primera pared se desploma porque todos los creyentes son sacerdotes. Por lo tanto, no hay diferencia en el estado clerical y el estado secular.

La segunda pared no tiene base segura porque, dice Lutero, si todos somos sacerdotes y todos tenemos una fe, un evangelio, un sacramento, ¿por qué no hemos de tener también el poder para probar y juzgar qué es correcto o incorrecto en asuntos de fe? La tercera pared cae por si misma cuando las dos primeras han caído. Porque cuando el papa actúa en forma contraria a Las Escrituras, es nuestro deber ponernos del lado de Las Escrituras y reprenderlo y exhortarlo, según las palabras de Cristo en Mateo 18:15.

La cautividad babilónica

Mucho más devastador fue el segundo panfleto titulado *La cautividad babilónica de la iglesia*, impuesta por Roma por medio de las demandas de los sacramentos. Este folleto, escrito en latín puesto que no estaba dirigido a las masas, asestó un golpe certero al sistema sacramental de la Iglesia. En este panfleto Lutero llegó a tres conclusiones: (1) No hay valor inherente a los sacramentos, (2) los sacramentos deben reducirse a dos –el bautismo y la Santa Cena–, y (3) el sacramento de la eucaristía tiene un significado místico más bien que mágico.

Lutero no estaba seguro a esta altura de su peregrinación acerca del sacramento de la penitencia. Sin embargo, estaba plenamente convencido de que los únicos sacramentos que el Nuevo Testamento enseña son el bautismo y la Santa Cena. No podía encontrar base bíblica para los otros.

Lutero tampoco aceptaba el concepto tradicional de la *transubstanciación*, el concepto de que el pan y el vino usados en la Santa Cena en el momento de la participación se convierten literalmente en una forma mágica en el cuerpo y la sangre de Cristo. Lutero afirmaba el concepto de la *consubstanciación*, la presencia real de Cristo *con* los elementos al momento de la participación.

Sobre la libertad cristiana

El tercer panfleto se titulaba *Un tratado sobre la libertad cristiana*, que se conoce más comúnmente por el título de *Sobre la libertad cristiana*. En el mismo Lutero explica su doctrina del "sacerdocio universal de todos los creyentes", y por qué las buenas obras no tienen poder para

salvar, sino que solo los méritos de Cristo hechos por su muerte en la cruz del Calvario pueden impartir la salvación.

Sobre la libertad cristiana es un tratado sobre el arrepentimiento y el perdón que contiene tres puntos principales: (1) el sacerdocio universal de los creyentes, (2) un cristiano es un cautivo de su Maestro, pero cuando mayor es su cautividad más libre se siente para hacer su obra, y (3) las buenas obras no nos salvan, pero si una persona es salva, hará buenas obras.

La ruptura con la Iglesia

Habían pasado quince años desde el día en que Lutero entró al monasterio en busca de la salvación; durante esos quince años había buscado la verdad con mucho afán. Sus ideas gradualmente fueron tomando forma. Más que externa y pública, su lucha era interna y personal.

Pero las circunstancias y la tenacidad de sus opositores lo obligaron a ir aclarando su pensamiento y a ponerlo por escrito. Los tres panfletos de la Reforma, *Una carta abierta, La cautividad babilónica de la iglesia y Sobre la libertad cristiana*, habían sido la culminación de este proceso.

Por otro lado, la bula papal que lo amenazaba con la excomunión, expresaba claramente la posición de la Iglesia en relación a sus enseñanzas. Lutero se había convertido, a los ojos de la Iglesia, en hereje por excelencia.

La quema de la bula

El 10 de diciembre de 1520 tuvo lugar un acto muy dramático, que dio inicio a un nuevo capítulo en la historia de la Reforma del siglo XVI.

Ese día Martín Lutero, en una ceremonia celebrada fuera de las puertas de Wittenberg, quemó públicamente la bula papal, una copia de la ley canónica y otros escritos. La ceremonia se efectuó en presencia de un auditorio compuesto por estudiantes y gente del pueblo que lo aplaudió entusiastamente. La suerte estaba echada: el sencillo monje se había convertido con esa acción en el reformador religioso y el líder del pueblo alemán.

La Dieta de Worms

El 3 de enero de 1521 el papa León X publicó la bula de excomunión. Ahora la separación entre Lutero y la curia era completa. Los ojos de todos se volvieron inmediatamente al emperador y a la Dieta de Worms que se aproximaba.

Carlos V había sido coronado en octubre de 1520, poco después de haber Lutero lanzado sus panfletos. Según el concepto medioeval de la relación entre la Iglesia y el estado, Carlos V estaba obligado a extirpar las cizañas de herejía. Por otro lado, Federico, elector de Sajonia, estaba entre Lutero y el emperador, determinado a no permitir ninguna interferencia imperial en su territorio.

Roma quería que Carlos V suprimiera la nueva herejía, de manera que León X designó a dos representantes, Aleandro y Caraccioli, para que prepararan al emperador en este sentido y dirigieran las negociaciones. Su posición era que el emperador debiera eliminar a Lutero. Ya había sido condenado y excomunicado, y solo restaba que Carlos V pusiera en ejecución las bulas del papa. Por otro lado, Federico, el elector de Sajonia, y Erasmo, insistían en que Lutero debía primero ser juzgado por jueces capaces e imparciales. Y esto fue lo que Carlos V prometió en una reunión en Colonia, para disgusto de los representantes papales que querían ver a Lutero

condenado sin juicio ni deliberación de parte de la dieta. Pero el emperador tenía que considerar los aspectos políticos de la situación.

El sentimiento popular en Alemania estaba claramente del lado de Lutero. Cuando Aleandro llegó a Worms se sintió deprimido al darse cuenta de que la mayoría del pueblo estaba a favor de Lutero. Y aunque al resto no le importara lo que le pasara a Lutero, estaban amargados contra el papado, e insistían en que debiera convocarse un concilio para que se ventilara el descontento del pueblo alemán. Algunos hasta amenazaron con golpear a Aleandro. Los libros de Lutero se comentaban por todas partes, y las ideas herejes parecían infectar a todo el mundo.

La dieta comenzó en Worms en enero de 1521 en medio de manifestaciones de admiración por Lutero, y abiertas las declaraciones de hostilidad contra la curia. Aleandro, dirigiendo la palabra a la dieta, dijo que el hereje Lutero ya había sido condenado y que, por lo tanto, era la responsabilidad del emperador y del estado suprimir sus libros. Pero los electores, temiendo la oposición popular, rehusaron aprobar ningún decreto que ordenara quemar los libros de Lutero. En cambio, insistieron en que el reformador debía ser citado a Worms con un salvoconducto imperial para ser interrogado por un comité acerca de sus libros. Acordaron que no se discutirían las doctrinas. Carlos V estuvo de acuerdo con esto, a pesar de la oposición de Aleandro. El 6 de marzo se envió el salvoconducto a Lutero, juntamente con una orden de comparecer ante la dieta de Worms.

El elector Federico le envió una carta similar prometiéndole protección.

El 2 de abril Lutero inició su viaje al final del cual quizá lo esperaba la muerte. Por todas partes iba recibiendo la ovación entusiasta del público. Algunos de sus admiradores le advertían que había el peligro de que corriera la suerte de Hus, pues las promesas de protección podían declararse nulas en caso de que lo condenaran de herejía.

El 16 de abril Lutero llegó a Worms y en seguida hizo los preparativos para su defensa. Al día siguiente fue escoltado a la presencia del emperador, los electores y los príncipes. Se le preguntó si él había escrito los libros cuyos títulos se habían leído, y si estaba dispuesto a defender el contenido de los mismos. A la primera pregunta contestó en forma afirmativa, pero a la segunda dijo que era una pregunta tan importante que quería considerarla en oración antes de responder. Se acordó que le darían veinticuatro horas para pensar la respuesta.

Cuando Lutero compareció por segunda vez ante el emperador, dijo que algunos de los libros habían sido escritos contra los abusos de la jerarquía romana, otros habían sido escritos contra sus enemigos, y que otros habían sido escritos solo para enseñar Las Escrituras. Dijo que los había escrito para edificación y que no se retractaría de una sola palabra de ninguno de estos libros, a menos que se lo convenciera en un debate y por la autoridad del Antiguo y del Nuevo Testamento, de que estaba en error.

–Martín –continuó el oficial que lo había interrogado–, si tus opiniones equivocadas y herejías fueran nuevas e inventadas por ti, quizá su Majestad, el Emperador, pediría al Santo Padre que se examinaran por personas piadosas y eruditas para que no se te haga ninguna injusticia. Pero los errores son los mismos de los herejes de la antigüedad, los valdenses, los lolardos, los pobres de Lyon, Wyclif, Hus, y todos ellos han sido condenados hace ya mucho tiempo por los santos concilios, los papas y la tradición de la Iglesia y, por lo tanto, no deben ya discutirse y ser cuestionados contrario a las leyes divinas y humanas”.

Cuando se le preguntó si estaba dispuesto a retractarse de lo que había escrito contra el Concilio de Constanza, Lutero rehusó hacerlo, y dijo que no estaba dispuesto a someterse a los decretos de los concilios, puesto que los mismos se habían equivocado y contradicho los unos a los otros.

Los procedimientos de estos dos días revelaron en forma elocuente las “herejías” de Lutero. Los papas podían equivocarse, y en el pasado se habían equivocado. Los concilios se contradecían los unos a los otros. La verdad se encontraba solo en Las Escrituras, las cuales prometían guiar al penitente en su búsqueda de las cosas divinas. En otras palabras, Lutero había negado las bases sobre las que descansaba toda la estructura de la Iglesia tradicional. Esto era una muestra clara de la rebelión.

Con todo gusto Aleandro hubiera querido ver a Carlos V anular el salvoconducto y condenar a Lutero. Pero esto era imposible, porque Federico el elector de Sajonia y otros electores sin duda se opondrían. La dieta sugirió otra reunión de Lutero con un comité, el cual procuraría convencerlo de que se retractara y se sometiera. Si se negaba, entonces apoyarían al emperador en sus deseos de extirpar la herejía, provisto que rescindiera el salvoconducto.

El comité se reunió con Lutero, pero como era de esperarse, no consiguió convencerlo. Cuando Carlos V se dio cuenta de que no llegarían a nada, ordenó a Lutero regresar a Sajonia. Dos días más tarde, cuando muchos de los miembros de la dieta se habían vuelto a sus lugares de origen, Aleandro escribió un edicto y consiguió que la dieta lo aprobara.

El edicto declaraba a Lutero un delincuente y prohibía que nadie le prestara ayuda. Ordenaba su arresto, así como el arresto y la confiscación de los bienes de quienes lo protegieran. Prohibía que nadie leyera o poseyera ninguno de los libros de Lutero, y ordenaba que fueran quemados. Finalmente, hacía provisión para que la publicación y la censura de libros se controlaran más cuidadosamente en el futuro. Ahora más que nunca Lutero debía escapar por su vida.

El castillo de Wartburgo

Federico de Sajonia, tanto para proteger a Lutero como para calmar al pueblo, ordenó que se guardara al reformador en un lugar secreto. Así pues, cuando Lutero iba en su viaje de regreso a Wittenberg y pasaba por la región de su infancia, de repente fue secuestrado y llevado al viejo castillo de Wartburgo. El lugar de escondite fue guardado tan secreto, que ni siquiera el mismo Federico sabía dónde estaba Lutero. Allí permaneció por espacio de diez meses, ocupado en escribir cartas y folletos.

Uno de los folletos más importantes de este periodo se titula *Sobre los votos monásticos*, en el cual afirma que, siendo salvo solo por la fe, un creyente no puede sacar provecho alguno de una vida religiosa. Dice que el monasticismo no está en armonía con Las Escrituras y que, por lo tanto, el celibato carece de valor. Puesto que en la práctica a menudo ese voto de castidad era violado, era mejor que se permitiera a todos los clérigos que se casaran. Lutero dijo que la vida sencilla secular fuera de las paredes del monasterio es la verdadera vida cristiana.

De mucha importancia es la traducción del Nuevo Testamento que Lutero hizo al alemán durante estos diez meses. Otras versiones al alemán se habían hecho de la Vulgata, pero la traducción de Lutero estaba basada en la edición del Nuevo Testamento griego de Erasmo. Su vasto conocimiento de Las Escrituras lo ayudó grandemente en esta tarea colosal, puesto que había estudiado sus páginas continuamente desde su entrada al monasterio. Terminó la traducción en un período increíblemente breve. Esta traducción llegó a ocupar un lugar importante en la historia de

la lengua y la literatura alemana. Puesto que el Nuevo Testamento se publicó en el mes de septiembre de 1522, se lo conoce como el "Testamento de septiembre".

Andrés Karlstadt

Mientras tanto, importantes inquietudes religiosas comenzaron a perturbar la paz de Wittenberg. Las enseñanzas de Lutero acerca de la imposibilidad de alcanzar salvación por medio de las buenas obras y sus ideas acerca de los votos monásticos, fueron bien recibidas por algunos de sus colegas de la Universidad de Wittenberg, especialmente un amigo suyo llamado Karlstadt. Este era más agresivo que Lutero en cuanto a poner en práctica las nuevas doctrinas. Karlstadt no solo escribió contra el celibato, sino que adoptó una posición aún más extrema que Lutero; dijo que para el sacerdocio debieran aceptarse solo hombres casados. El resultado fue que algunos sacerdotes comenzaron a casarse.

Federico de Sajonia no estaba de acuerdo con estas medidas extremas, y escribió a las autoridades de Wittenberg pidiendo calma y moderación.

Sin embargo, Karlstadt persistió en su curso de acción. Comenzó a atacar la práctica de la confesión, el ayuno y la costumbre de no servir la copa en la eucaristía al elemento laico. El día antes de la Navidad de 1521 celebró la Santa Cena sin vestiduras típicas del sacerdote, y eliminó la elevación de la ostia. El carácter sacrificial de la ostia se rechazó como una abominación papal. Se aconsejó a los laicos que tomaran el pan del altar con sus propias manos. También participaron de la copa, lo que a partir de entonces quedó como una práctica establecida.

Las nuevas medidas de Karlstadt fueron seguidas por su propio casamiento, y otros clérigos siguieron su ejemplo. Los monjes agustinos quitaron las imágenes y destruyeron los cuadros de santos. Luego dejaron el monasterio y se fueron a trabajar. Con la abolición de la misa y la introducción de tantas medidas nuevas, se creyó conveniente redactar una ordenanza que gobernara el culto público de adoración. Karlstadt fue el que aconsejó que se hiciera esto, y aconsejó que el Consejo de Wittenberg aprobara un documento a este respecto en enero de 1522. El documento hacía provisión de un fondo público para el sostén de los pobres, en el cual se depositarían dineros procedentes de instituciones religiosas.

También se prohibían el mendigar y la prostitución. Los servicios religiosos debían celebrarse según los conceptos propuestos por Karlstadt, y los altares, las imágenes y objetos similares debían quitarse de los conventos.

La propagación del luteranismo

El 6 de marzo de 1522 Lutero estaba de regreso en Wittenberg. Enseguida comenzó una serie de sermones con el propósito de calmar los ánimos.

La moderación era el énfasis de sus discursos. Estaba de acuerdo en que la misa debiera descontinuarse y en que no debiera ser obligatorio guardar los votos de celibato, mantener cuadros e imágenes en las iglesias, o continuar con la práctica del ayuno. Sostenía que el vino debiera servirse también a los laicos en la comunión. Sin embargo, estaba a favor de conservar la confesión como una práctica piadosa deseable. Lutero predicó no solo en Wittenberg, sino también en otros pueblos de Sajonia. Lelanchthon y otros profesores de la universidad estaban de acuerdo con Lutero. Su conservatismo alegraba también en gran manera a Federico, el elector de Sajonia. Las doctrinas luteranas continuaban ganando adeptos por todas partes.

El espíritu nacionalista, el desacuerdo con las prácticas religiosas y el antagonismo contra Roma se combinaron para aumentar el entusiasmo de la gente. Los panfletos continuaron fluyendo de la imprenta. Los monjes abandonaban los monasterios y las monjas los conventos en números alarmantes, y la mayoría de los agustinos apoyaban a Lutero. No solo los clérigos, sino también los laicos predicaban las nuevas doctrinas. Bajo tales circunstancias era imposible ejecutar el edicto de Worms.

Los príncipes simplemente lo pasaban por alto. Era evidente que el edicto era letra muerta. Pero aún en los estados donde los príncipes eran leales a la iglesia tradicional, se hacían pocos esfuerzos por suprimir la herejía. La situación, sin duda, sería discutida en la próxima Dieta de Nuremberg que comenzaría en noviembre de 1522.

La Dieta de Nuremberg

La dieta sesiono desde noviembre de 1522 hasta marzo de 1523. El papa Adrián VI, que había sucedido a León X, envío a su representante personal, Francisco Chieregati, para insistir en que el edicto de Worms se cumpliera. Chieregati francamente admitía las prácticas abusivas de la curia, y prometió que serían corregidas tan pronto como fuera posible.

Pero la dieta rehusó aceptar las demandas para que se impusiera el edicto, señalando el hecho muy evidente de que el luteranismo era demasiado popular para ser erradicado, especialmente cuando la jerarquía romana estaba expuesta a tanta crítica. La dieta insistía en que una reforma era necesaria. Además, insistía en que se convocara un concilio en el cual estuvieran representados tanto el clero como el elemento laico, y que se reuniera dentro de las fronteras de Alemania a más tardar en un año. Mientras tanto, los predicadores debieran predicar la verdad como se enseñaba en Las Escrituras.

La respuesta de la Dieta significaba una derrota para Chieregati y el papado, ya que prácticamente anulaba el edicto de Worms. Y la segunda sesión, entre enero y abril de 1524, no fue más favorable para la causa del papado. El papa Clemente VII envió a su representante, Campeggio, para que insistiera en el cumplimiento del edicto de Worms. Pero la dieta siguió insistiendo en la convocación de un concilio con el fin de tratar el asunto de una reforma en la Iglesia. El emperador, sin embargo, estaba del lado del papa y ordenó que el edicto se ejecutara inmediatamente. Pero esto era imposible de hacer, ya que el luteranismo estaba ganando adherentes rápidamente, a los cuales el emperador no podía tener como antagónicos.

La revuelta de los nobles

Mientras tanto, parecía que toda Alemania marchaba hacia una revolución. Lutero ya había presentido este espíritu revolucionario en su viaje de regreso a Worms. Había reflexionado seriamente sobre esto durante los meses que pasó encerrado en Wartburgo. Había oído de tumultos contra el clero en Erfurt y en otros lugares. En la sociedad alemana había mucha injusticia que en cualquier momento podía conducir a la violencia. El descontento se había ido acumulando, y las voces que pedían reforma a gritos, no solo en la Iglesia sino también en la sociedad, eran cada vez más fuertes.

Un caudillo revolucionario llamado Franz Sickingen surgió de la baja nobleza. Esta clase estaba compuesta de caballeros sin tierras ni dinero, que habían visto eclipsarse su fortuna poco a poco, al tiempo que los príncipes católicos se enriquecían más y más. Muchos de estos caballeros se fueron uniendo al movimiento de Lutero, en quienes veían al campeón de su causa. Algunos como Ulrico von Hutten, comenzaron a dar a las enseñanzas de Lutero una aplicación social.

El astuto von Sickingen hablaba con mucha elocuencia de la causa revolucionaria y reformadora, y pretendía ser aliado de Lutero. El momento había llegado –según Sickingen– para un levantamiento popular. En su primer intento fue rechazado, y más tarde fue sitiado en su escondite y herido mortalmente. Von Hutten huyó al exilio a Suiza, donde más tarde murió.

La rebelión de los campesinos

Por otro lado, la precaria situación económica de los campesinos constituía un elemento explosivo que podía conducir a una rebelión fanática. La mayoría de los campesinos se veían forzados a rentar parcelas de tierra de los terratenientes y propietarios, entre los cuales se encontraban tanto príncipes como miembros del clero.

Las relaciones entre los campesinos y los propietarios eran muy tensas. A los campesinos a menudo se les prohibía usar leña y pastorear sus ganados en campos que habían sido suyos desde tiempo inmemorial. En algunos casos, hasta habían perdido el derecho de cazar en los montes y de pescar en los ríos. Al mismo tiempo los terratenientes los explotaban cada vez más.

Los campesinos habían luchado por mucho tiempo por obtener justicia social. Los líderes del movimiento insistían en una sencilla justicia de las relaciones económicas con los propietarios, ya fueran laicos o sacerdotes. Demandaban que los ríos, los bosques y los pastizales fueran libres, e insistían en que se redujera el diezmo que tenían que pagar. Pero aún en medio de esta situación, la agente permanecía muy religiosa.

Muchos sacerdotes que habían venido de las clases bajas y entendían el problema de los campesinos, a menudo se unían en sus demandas. Los campesinos estaban fuertemente opuestos a los miembros ricos del clero, y la gente del pueblo, especialmente los más pobres, los apoyaban en este sentimiento. Cada vez que había una protesta, las autoridades las aplastaban sin misericordia, y perseguían a las víctimas como si fueran salvajes.

A estos complicados problemas sociales se añadía ahora el fermento de las ideas luteranas. El gran reformador mismo había predicado la doctrina del sacerdocio universal de todos los creyentes, una doctrina que apelaba a los oprimidos debido a la aparente insistencia de la doctrina en la igualdad de todos los hombres. Lutero a veces ha sido injustamente acusado de fomentar una revolución. Quizás sus enseñanzas la estimularon, pero la revolución de los campesinos se debió a causas que habían prevalecido desde mucho tiempo antes.

Entre 1522 y 1524 se desarrolló la revuelta y derrota de los nobles bajo la dirección de Frank von Sickingen. Los campesinos se sublevaron en junio de 1524. Fueron impulsados a la rebelión por algunas medidas extremas del gobierno, que les impedían recoger sus cosechas. Por lo menos eso fue lo que alegaron como pretexto, aunque había muchas otras injusticias de las cuales ellos venían quejándose ya por mucho tiempo. El movimiento se expandió rápidamente. Para la primavera de 1525 se había diseminado por casi toda Alemania.

Los doce artículos

Los campesinos prepararon varios documentos en los cuales explicaban sus protestas. De primordial importancia fueron los *Doce artículos*, escritos en 1525. La insistencia de Lutero sobre la autoridad de Las Escrituras había apelado a lo campesinos, y ellos insistían en que La Biblia debía ser la norma de las relaciones sociales. Usaban en abundancia textos bíblicos para sostener sus demandas.

La mayoría de los *Doce artículos,* tenían que ver con cuotas y obligaciones. Pedían que se eliminara el diezmo –la práctica por la cual los campesinos contribuían el diez por ciento de sus cosechas–, excepto el diezmo del grano, el cual ellos creían que tenía base bíblica.

Pedían que se permitiera cazar y pescar, y que los derechos a las aguas se dejaran a criterio de la comunidad. En ciertos casos los montes deberían volver a la gente y los servicios innecesarios eliminarse; solo las prácticas antiguas debían respetarse. Además, demandaban un precio justo por el trabajo, y que las rentas fueran justas. Las cláusulas que trataban de la religión afirmaban que los campesinos no querían revolución, sino solo la sencilla justicia de la enseñanza cristiana.

Desafortunadamente, los príncipes, que se sentían inclinados a defender sus derechos, poseídos del característico odio a los miembros de una clase social inferior a la suya, no usaron la moderación al considerar estas demandas. La moderación como se exhibía en los *Doce artículos* no podía extenderse a los campesinos.

Durante los primeros meses de la revuelta la violencia fue en aumento. Las propiedades eclesiásticas y aún de las iglesias, fueron saqueadas. Las imágenes y reliquias fueron destruidas y la ostia profanada. Los campesinos justamente criticaban a los religiosos; decían que estaban tan íntimamente relacionados con las instituciones feudales, que se habían convertido en instrumentos de las clases de los propietarios.

El resentimiento hacia los clérigos que poseían propiedades, era común. El saqueo y la destrucción eran inevitables. Sin embargo, la moderación era el énfasis dominante de la revuelta.

Poco tiempo después de algunas campañas militares en Italia a principios de 1525, las tropas del ejército del emperador comenzaron a regresar a Alemania, y entonces los príncipes pudieron agrupar ejércitos para sofocar la rebelión. La matanza de los revoltosos comenzó, y para el otoño de 1525 la rebelión de los campesinos, que al principio había prometido tener éxito, fue sofocada en sangre.

Lutero y la rebelión

Mientras tanto, ¿cuál había sido la actitud de Lutero ante todos estos eventos? Lutero era de origen campesino y entendía los problemas de los campesinos. Pero, a la vez, era muy conservador en su posición y estaba en contra de la violencia.

El reformador estaba preocupado por el ruido de la tormenta que se aproximaba. Mientras estaba en el castillo de Wartburgo escribió un panfleto titulado *Una exhortación fiel a los cristianos para que se guarden de tumultos y de la revolución,* en el cual afirmaba que una reforma era necesaria, pero que la misma debía iniciarse por los príncipes y por el estado. La gente sencilla, no importa sus cargas y las injusticias que se les hagan, no debían tomar la iniciativa. Toda rebelión es mala. Según Lutero, era la forma que el diablo usaba para perjudicar la enseñanza de Las Escrituras.

Estas ideas revelan la lealtad incondicional de Lutero a las autoridades constituidas, los príncipes de Alemania. Una lealtad tan fuerte que lo llevó a contradecir un principio básico de sus enseñanzas, el de la igualdad de todos los creyentes ante Dios. Decía que el principio de igualdad no se aplicaba a las cosas seculares.

Lutero estuvo mayormente de acuerdo con las demandas de los campesinos cuando los *Doce artículos* fueron escritos. En abril de 1525 escribió un panfleto titulado *Una exhortación a la paz en respuesta a los doce artículos de los campesinos de Suavia*. En el mismo se declaraba en

contra de los príncipes tiranos, a los cuales hacía responsables por mucho del descontento. Decía que se los merecía destronados. Pero al mismo tiempo decía a los campesinos que había algo mucho más importante que justicia temporal, es decir, la justicia.

Decía que la violencia nunca debiera permitirse. Que solo los falsos maestros enseñaban que la revolución era permitida. Que la enseñanza de los evangelios era una responsabilidad de primera importancia, como Pablo sostenía y que, por lo tanto, ninguna demostración de fuerza y violencia jamás podría ser justificada. Lutero no aceptaba el precepto de la filosofía escolástica de que todos los hombres estaban justificados en defender sus derechos. Escribió: "Sufrimiento, sufrimiento, cruz, cruz; este es el único derecho del cristiano".

Su apelación a los príncipes a ser justos, y a los campesinos a no usar violencia, solo estaba destinada a fracasar, pues los príncipes de la Edad Media no entendían la justicia y la misericordia, especialmente en lo que se relacionaba con los campesinos. El resentimiento fue en aumento, y los campesinos cayeron en excesos que grandemente perturbaron a Lutero.

El gran reformador creía que el espíritu de insubordinación había sido instigado por el diablo mismo, y rápidamente escribió un panfleto titulado *Contra las bandas de campesinos ladrones y merodeadores*, escrito en un lenguaje brutal e intolerante. En este panfleto Lutero se puso del lado de los príncipes. Escribió que la rebelión es un pecado muy serio, y que los campesinos debían ser sometidos por la fuerza porque habían atacado las potestades instituidas por Dios. En una lamentable explosión de pasión, escribió: "Por lo tanto, que quienquiera que pueda, hiera, estrangule, apuñale en secreto o en público, y que todos recuerden que nada puede ser más ponzoñoso, dañino, o diabólico que un hombre rebelde".

Este panfleto, sin duda escrito en un momento de indignación apasionada, quedará para siempre como una mancha en el nombre de Lutero. Era típico de la actitud de Lutero hacia la santidad de las autoridades temporales. Ese concepto hacía imposible las protestas, ya fueran en el orden político, económico y también religioso, si las autoridades legítimamente establecidas rehusaban considerar cualquiera acusación.

Los campesinos consideraron cuidadosamente las declaraciones de Lutero, y llegaron a la conclusión de que era un profeta falso. Ya no querían tener nada que ver con él. Por otro lado, los príncipes lo acusaban de haber fomentado la revuelta, aún después de haber escrito el desafortunado panfleto.

Lutero evitó la destrucción de su movimiento declarándose en contra de una revolución social radical, lo que le permitió ganar el sostén de los príncipes del norte de Alemania. En Worms, en 1521, Lutero se destacó como el representante de toda Alemania; después de la rebelión de los campesinos, era el líder solo de un segmento de alemanes. Su casamiento con Catalina von Bora, una ex monja, en 1525, fue para muchos un escándalo, lo que también contribuyó grandemente a la pérdida de prestigio entre sus seguidores.

Influencia de Lutero

Propagación del luteranismo

Lutero permaneció siendo el incuestionable líder de la Reforma protestante, recibiendo el honor y el reconocimiento que merecía de todos los sectores de la sociedad de Alemania. Los estudiantes se amontonaban en Wittenberg para escuchar sus conferencias, y muchos estudiantes pobres recibían ayuda financiera de parte de Lutero mismo en su educación para el ministerio. Algunos

de ellos vivían en su hogar con él; la hospitalidad de Lutero era bien conocida. Muchos estudiantes teólogos, o sencillamente visitantes curiosos, eran bienvenidos a su mesa. Lutero los entretenía con su conversación, y contestaba espontáneamente toda clase de preguntas.

Lutero murió el 18 de febrero de 1546. Pero el período que hizo época en su vida terminó prácticamente en 1525. Aunque el reformador continuó su vida pública hasta el día de su muerte, sus actividades se limitaron principalmente a la enseñanza, la predicación y la escritura. Durante esos años se ocupó en proveer instrucciones para el nuevo sistema de adoración.

Al tiempo de su muerte sus ideas y doctrinas se habían diseminado no solo por toda Alemania, sino también por Francia, Suiza, España, los Países Bajos, Escandinavia y muchos otros lugares en el norte de Europa.

Lutero como esposo y padre

El carácter de Lutero exhibía una extraordinaria combinación de diversas cualidades. Fue un hombre de profundos sentimientos, su piedad era real y profunda. Su inquietud hacia el asunto de la salvación revela un espíritu sensible a los valores espirituales. Este profundo sentido espiritual se ve en sus himnos, muchos de los cuales fueron verdaderas fuentes de inspiración que han servido para consolar y fortalecer a generaciones de seres humanos, tal como el clásico himno que todavía se canta en odas las iglesias "Castillo fuerte es nuestro Dios".

Su vida familiar fue ejemplar. Fue un esposo y padre cariñoso.

Lutero y sus enemigos

Pero si Lutero fue tierno y amoroso con sus seres amados, fue rudo y a veces hasta brutal con sus enemigos. Al referirse al clero católico, a menudo usaba un lenguaje muy fuerte, hasta indecente. Lutero fue un hijo de su época y no se elevó por sobre la misma. Mostró poco del refinamiento que se nota en Juan Calvino, por ejemplo. Martín Lutero no fue un puritano, pero el período hacia fines de la Edad Media no se distinguió por la moderación o los principios puritanos, y Lutero no fue peor en este respecto que la persona promedio en sus días.

Lutero como erudito

Como quiera que se juzguen sus características personales, hubo algo en lo cual Lutero realmente se distinguió: su erudición. Sus acciones y decisiones, sus luchas, su testimonio, su obra como reformador y como maestro popular, solo pueden entenderse correctamente cuando vemos en él la obra del profesor de Las Santas Escrituras, cuya exposición fue el producto de intensa concentración intelectual y profunda erudición. Sus actitudes no fueron otra cosa que la práctica sincera y concienzuda de sus enseñanzas. Su cátedra en Wittenberg lo condujo a tomar un curso de acción que lo hizo el foco de la historia de su época. No es una exageración decir que nunca en la historia de la universidad la obra de un erudito, tanto en su estudio como en la sala de clases, ha tenido una influencia tan directa y tan extensa sobre el mundo. Bien ha dicho un escritor: "Si preguntamos qué es lo máximo que puede esperarse de una universidad, Lutero provee la respuesta".

Capítulo 5

La Reforma en la Suiza Alemana: Zwinglio

La reforma protestante en la Suiza Alemana tuvo lugar casi simultáneamente con la de Alemania. Martín Lutero clavó sus *Noventa y cinco tesis* en la puerta de la catedral de Wittenberg el 31 de octubre de 1517. Entre los años 1517 y 1525 el gran reformador alemán se vio involucrado en una lucha a muerte con el clero romano. Su actividad pública terminó prácticamente después del desencanto sufrido a causa de la rebelión de los campesinos, aunque continuó trabajando incansablemente por establecer sus principios reformistas. Para 1525 Lutero ya había definido los principios básicos de la reforma protestante en Alemania.

Casi al mismo tiempo que los millares de alemanes abandonaban el seno de la Iglesia Católica Romana en Alemania, una decena de cantones suizos abandonaron la fe católica para aceptar la nueva fe protestante. Lo mismo que en Alemania, en Suiza las nuevas doctrinas y conceptos que se desarrollaron, no solo destruyeron la unidad de la Iglesia Católica medioeval, sino también causaron divisiones dentro de las filas del naciente protestantismo. Pero el curso de la Reforma en Suiza fue completamente independiente de la de Alemania, y adquirió un carácter propio. El movimiento reformador de la Suiza alemana se encarnó en la persona de Ulrico Zwinglio.

Niñez y Juventud

Ulrico Zwinglio nació el 1 de enero de 1484 –poco menos de dos meses después del nacimiento de Lutero, noviembre 10, 1583– en Wilhaus, una pequeña aldea en el cantón de San Gall, Suiza. Su padre era un funcionario de esta pequeña comunidad democrática.

La vida en esta pequeña comunidad en las montañas suizas impartió a Ulrico una actitud democrática hacia la vida, y un amor a la libertad en el sentido político y económico. En este sentido Zwinglio fue muy diferente a Lutero, el cual nunca estuvo muy interesado en el problema de la libertad en el sentido político y económico, y cuya actitud estuvo siempre influida por su origen campesino.

Influencia humanista

Zwinglio recibió sus primeros estudios en una escuela en Wesen, bajo el tutelaje de un tío suyo. Entre otras cosas, estudió música. A la edad de diez años continuó sus estudios en Basilea en una escuela de influencia humanista y luego, bajo un famoso pedagogo en Berna. Allí Zwinglio llamó la atención por su talento musical. Al parecer la orden domínica quería reclutarlo, pero sus padres estaban opuestos a la idea, y en 1498, a la edad de catorce años, lo transfirieron a la Universidad de Viena, donde la influencia humanista era también fuerte. Después de pasar un tiempo en París, regresó en 1502 a la Universidad de Basilea, donde en 1506 recibió su licenciatura en artes.

Aunque el pensamiento que dominaba esta universidad era el de la *vía antigua* de Tomás Aquino, los conceptos humanistas se habían infiltrado en sus aulas. Sin embargo, Zwinglio no se interesó en los conceptos humanistas, sino hasta casi al fin de sus estudios, ni mostró tampoco mucho interés en teología.

Importantes pastorados

A pesar de tener más interés en las humanidades que en la teología, Zwinglio pasaría el resto de su vida en el ministerio cristiano. Durante los siguientes veinticinco años ocupó tres púlpitos, en los cuales ganó fama como predicador.

Glarus

Después de graduar en 1506, Zwinglio fue instalado como sacerdote en la pequeña comunidad de Glarus. Este pastorado representó un periodo importante en su vida, pues allí continuó sus estudios humanistas, destacándose en el conocimiento del griego. Estudió también teología según los conceptos humanistas, y mantuvo correspondencia con algunos exponentes prominentes de esos nuevos conceptos, especialmente Desiderio Erasmo, cuyo pensamiento influyó en gran manera en el pensamiento de Zwinglio. Estudió también a los padres de la iglesia y los clásicos.

La teología de Zwinglio entonces se reducía a un sencillo código de ética cristiana, basado principalmente en el Sermón del Monte. Su ardiente patriotismo lo hizo oponerse a la práctica de formar alianzas con países extranjeros, como también a la de permitir a Francia reclutar mercenarios en el cantón de Glarus. Fue esta convicción lo que en 1515 lo llevó a escribir un panfleto titulado *El buey y las otras bestias*.

Einsiedeln

En 1516 Zwinglio asumió al pastorado de Einsiedeln, en otro cantón. Para este tiempo ya dominaba el griego –lo cual le permitía estudiar Las Escrituras en el Nuevo Testamento griego de Erasmo– y había comenzado sus estudios de hebreo.

El monasterio de la nueva comunidad tenía dos cosas que afectaron el ministerio de Zwinglio. Una de ellas era una colección de libros que contribuyeron a su estudio. La otra, una imagen de la virgen que atraía a muchos peregrinos. Las ideas humanistas de Zwinglio se oponían a tales peregrinaciones, y comenzó a criticarlas en sus sermones, ganando así cierta reputación como predicador. Criticaba también otras prácticas eclesiásticas, y proponía medidas de reforma que deberían iniciarse por los dirigentes de la Iglesia y alcanzar a todos los sectores de la misma.

Zurich

En diciembre de 1518 el púlpito de la gran iglesia de Zurich quedó vacante, y Zwinglio fue electo para ocupar la posición. A pesar de alguna oposición por causa de su carácter, Zwinglio comenzó a predicar en Zurich el día de año nuevo de 1519; basó sus sermones enteramente en Las Escrituras. Su predicación no se limitaba solamente a textos aislados, sino que incluía todo el antecedente histórico de la misión de Cristo y las actividades de los discípulos. Con este sistema le llevó seis años cubrir todo el Nuevo Testamento. En 1525 comenzó con el Antiguo Testamento.

En sus sermones criticaba los abusos de los sacerdotes, tales como la inmoralidad, y muchas de las prácticas de la iglesia, tales como la excesiva devoción a los santos, la adoración a María y la venta de indulgencias. Al mismo tiempo siguió mostrando su interés por la política. Como humanista, era pacifista y, por lo tanto, continuó oponiéndose a las alianzas extranjeras, y fue gracias a la influencia de su predicación que el cantón de Zurich rehusó hacer una alianza con Francisco I de Francia.

Hasta aquí Zwinglio había sido solo un humanista bíblico y se consideraba todavía un hijo de Roma. Pero en 1519 pasó por una experiencia que produjo cambios radicales en su vida y en su pensamiento. Fue la peste que afligió a Zurich por espacio de nueve meses, peste que acabó con una tercera parte de la población. Zwinglio mismo estuvo al borde de la muerte. Esta experiencia le hizo ver la vida de manera diferente. Sus conceptos religiosos también sufrieron cambios radicales, al punto que comenzaron a semejarse a los conceptos de Lutero, especialmente en lo tocante a la gracia y a la redención.

Las diferencias con Lutero

Aunque las ideas de Zwinglio se parecían mucho a las de Lutero, ambos habían llegado a las mismas por diferentes caminos. Lutero había llegado a su destino después de una intensa lucha espiritual personal que lo guió al descubrimiento del concepto que la justificación es por la fe. Zwinglio había llegado a esas conclusiones sencillamente a través de las disciplinas humanistas en el estudio de Las Escrituras, y la indignación que había sentido por los abusos de la Iglesia y las supersticiones del pueblo.

Pero aunque las doctrinas de Lutero y Zwinglio eran semejantes, no eran idénticas. Había ciertos puntos en los cuáles Zwinglio no estaba enteramente de acuerdo con el reformador alemán. Zwinglio sostenía, por ejemplo, que el pecado original no impartía una herencia fatal de culpa al hombre –como decía Lutero– y que, por lo tanto, el hombre no estaba totalmente corrompido. Insistía también más enfáticamente en la doctrina de la predestinación, pero al mismo tiempo enseñaba que Cristo había hecho que la gran verdad de su redención se conociera entre todos los hombres, aún entre los paganos.

Pero el punto de mayor diferencia entre Zwinglio y Lutero era en relación con el concepto de la eucaristía. Zwinglio no creía en la presencia del cuerpo y la sangre de Cristo en los elementos de la comunión, pues para él, el sacramento era solo un memorial y una promesa de que los méritos de Cristo eran eficaces para salvar a los pecadores.

Otra área de diferencia tenía que ver con el concepto de la Iglesia. Para Zwinglio la Iglesia era un cuerpo democrático que poseía la fe de Cristo.

Era una Iglesia invisible que tenía una cabeza, Cristo, y Las Escrituras eran su única ley. Por lo tanto, cada iglesia en una comunidad tenía derecho a decidir por sí misma en asuntos de fe. Esto significaba un concepto congregacional, muy diferente del concepto territorial que prevalecía tanto en la Iglesia Católica como en la luterana.

Confrontación con la Iglesia

La crítica y censura de Zwinglio en contra de la iglesia de Roma lógicamente lo condujeron por un curso que solo tendría un fin: la ruptura con la iglesia. La confrontación ocurrió en el año 1522, durante su pastorado en Zurich.

Medidas reformistas

En 1522 Zwinglio rehusó observar el tradicional ayuno y abstinencia durante el período de la cuaresma, y muchos otros ciudadanos, inclusive algunos de prominencia, siguieron su ejemplo. El concejo del pueblo se reunió para considerar el asunto, y llegó a la conclusión de que aunque no había base espiritual para ello, la práctica debía continuarse con el fin de evitar problemas. El representante del obispo argüía que la práctica del ayuno durante la cuaresma estaba bien fundada en las tradiciones antiguas de la iglesia y que, por lo tanto, debía obedecerse.

El asunto del celibato también surgió en la discusión, pues diez sacerdotes habían presentado al obispo de Constanza, bajo cuya jurisdicción estaba Zurich, una petición solicitando que se permitiera a los sacerdotes casarse y que no se impidiera la predicación de Las Escrituras. Zwinglio, que estaba de acuerdo con la posición de los mismos, sostenía que Las Escrituras debían ser la base para toda acción, y desafíó al obispo a un debate sobre la naturaleza bíblica de las enseñanzas de la Iglesia Católica.

Los cantones de alrededor no compartían las ideas de Zwinglio, e indujeron a la dieta de la confederación a que demandara que estas herejías fueran suprimidas inmediatamente.

En enero de 1523 el gobierno de Zurich publicó una circular anunciando a todos los sacerdotes que se llevaría a cabo un debate. El resultado del mismo, que ya se anticipaba, fue que el concejo acordó que la predicación de Las Escrituras, como Zwinglio lo había practicado hasta entonces, debía continuarse; que el clero debía predicar solo aquellas cosas que podían probarse con Las Escrituras, y que nadie debía usar lenguaje insultante.

Zwinglio mismo había decidido casarse, y muchos sacerdotes siguieron su ejemplo y abandonaron su estado de celibato. El Concejo de Zurich dio otro paso importante al declararse en contra del cobro que se requería para bautismos, la eucaristía y los entierros. El concejo ordenó a los sacerdotes que predicaran solo de Las Escrituras. Los sacerdotes que apoyaban a la iglesia tradicional deberían reducirse gradualmente, no llenando las vacantes que surgían por causa de muerte. Además, debía practicarse la lectura pública de Las Escrituras en los originales hebreo y griego.

En octubre se tomaron medidas más severas. Se prohibieron las imágenes, porque se consideraban contrarias a Las Escrituras. Para entonces las ideas reformistas de Zwinglio se delinearon claramente. Él creía que solo aquello que estaba de acuerdo con Las Escrituras debía permitirse: todo lo demás debía eliminarse. Pero aún más revolucionaria fue la decisión de negar el concepto básico de la fe tradicional, al afirmar que la misa no poseía ningún carácter sacrificial, la denunciaron como una práctica indeseable por los muchos abusos que estaban relacionados con su celebración.

La ruptura con Roma

Durante los años 1524 y 1525 la ruptura con la antigua fe fue total, y los conceptos básicos de las enseñanzas de Zwinglio se pusieron en práctica hasta el último detalle. En enero de 1524, a los sacerdotes que todavía apoyaban la antigua fe y procuraban defenderla, se les ordenó que aceptaran las nuevas enseñanzas sin más oposición, o de lo contrario debían abandonar Zurich.

Muchas de las prácticas piadosas tradicionales fueron eliminadas. La tradicional procesión de la Virgen de Einsiedeln fue descontinuada por decreto del concejo, y las reliquias fueron quitadas de los relicarios y enterradas. La convicción de Zwinglio de que los órganos no tenían lugar en el culto de adoración se puso en práctica, y los mismos fueron quitados de las iglesias. Las campanas dejaron de sonar durante las tormentas y durante los funerales. También se quitaron los cuadros, las imágenes y las estatuas. Los santos ya no recibirían la veneración del pueblo, las procesiones fueron descontinuados, como así mismo el uso de las velas y el agua bendita. En general, todas las prácticas que no se ordenaban en La Biblia fueron discontinuadas.

La celebración de la misa continuó, aunque perdió su carácter sacrificial. Aún así, Zwinglio creía que el significado de este sacramento estaba tan oscurecido por las prácticas supersticiosas, que

se dispuso a modificarlo. En abril de 1525 presentó el asunto ante el concejo, insistiendo en que la misa debiera reemplazarse por una ceremonia mucho más sencilla.

Aunque hubo algo de oposición, finalmente su proposición fue aceptada, y dos días después por primera vez se celebró la comunión en la forma que llegaría a ser la tradición protestante. Una mesa larga cubierta con un mantel blanco se colocó frente al altar. El pan se sirvió en platillos de madera, y el vino en copas de madera. El servicio en latín se tradujo al alemán común usado en Zurich, pero todas las referencias al carácter sacrificial de la misa fueron cuidadosamente eliminadas. Los diáconos sirvieron el pan y el vino a los que participaban. No hubo música en el servicio.

Otros cantones

Las actividades reformistas en Zurich pronto se extendieron al cantón de Basilea y a otros cantones circunvecinos. Mientras tanto, Juan Eck, que por tanto tiempo y con tanto ardor había luchado contra las doctrinas de Lutero, finalmente decidió atacar a Zwinglio. Eck estaba opuesto especialmente al concepto más radical de la eucaristía que se enseñaba y practicaba en Zurich, y decidió operar sobre el principio de “divide y vencerás”; trató de hacer ver a los luteranos que no podía haber comunión entre ellos y los seguidores de Zwinglio.

En 1526 sugirió a la dieta de los cantones suizos que se celebrara un debate público con el fin de defender las nuevas doctrinas. La dieta hizo planes para el debate en Baden, pero Zurich prohibió a Zwinglio asistir, temiendo por su vida. De manera que Eck y otros teólogos católicos debatieron por espacio de tres semanas con un líder de Baden de menor estatura de Zwinglio.

El siguiente cantón que experimentó la influencia de la reforma suiza, fue Berna. Tal fue la controversia que se suscitó, que las autoridades hicieron arreglos para un debate público que se celebraría en enero de 1528. El mismo duró tres semanas. Los teólogos reformados asistieron esta vez encabezados por Zwinglio. Tan poderosa fue la predicación de Zwinglio, que la mayoría de los sacerdotes del cantón decidieron aceptar las doctrinas reformadas. El resultado del debate fue que el 7 de febrero de 1528 se publicó un decreto ordenando que se pusieran en práctica en todo el cantón las medidas reformistas según los conceptos que advocaba Zwinglio.

La guerra entre cantones

Hacia principios de 1529 las ideas de Zwinglio habían tenido un impacto decisivo en Suiza. Siete u ocho cantones definitivamente se habían unido al de Zurich, declarándose del lado de la Reforma. Dos o tres más, que estaban indecisos, pronto siguieron los mismos pasos. El resultado fue que para 1529 la confederación suiza estaba claramente dividida en dos posiciones. Diez de los cantones habían aceptado la nueva fe protestante, mientras que cinco permanecían fieles a la antigua fe católica.

La situación era muy tensa, y se volvió explosiva cuando en abril de 1529 los cinco cantones católicos hicieron una alianza con Fernando de Austria y el Duque de Savoy, de quienes solicitaron ayuda. A su vez, varios de los cantones protestantes formaron una alianza entre sí.

La paz de Capel

La tensión entre Zurich y algunos de los cantones católicos vecinos fue aumentando a causa de algunas disputas territoriales. Finalmente estalló la guerra entre los cantones católicos sobre un serio incidente. Un predicador llamado Kaiser andaba predicando doctrinas reformadas en uno de los cantones católicos. Las autoridades lo arrestaron y lo quemaron vivo.

Los cantones católicos podían recibir en cualquier momento la ayuda militar que habían solicitado de Austria, de modo que los cantones protestantes decidieron atacar enseguida. En junio de 1529 sorprendieron totalmente a los cantones católicos en Capel, y los derrotaron, y los forzaron a firmar "la paz de Capel". Los términos del acuerdo eran la garantía de la libertad de religión, tanto en los cantones gobernados por Zurich como en los cantones católicos. Además, los cincos cantones católicos debían abandonar la alianza con Austria, debían pagar el costo de la guerra e indemnizar a los familiares de Kaiser.

El encuentro entre Lutero y Zwinglio

Mientras tanto, Lutero estaba abiertamente opuesto a Zwinglio. Y no podía ser de otra manera, ya que la filosofía de ambos hombres era muy diferente. El reformador alemán, que se había opuesto acérrimamente a la rebelión de los campesinos, no podía tolerar la intervención armada de los cantones protestantes encabezada por Zwinglio.

No solo diferían Zwinglio y Lutero en su filosofía, sino también en su teología. El mayor punto de diferencia era, por supuesto, en relación con la eucaristía. Lutero insistía en la verdadera presencia de Cristo en los elementos, y Zwinglio la negaba. Eck y otros habían hecho todo lo que estaba de su parte para recalcar las diferencias entre ellos. Por un tiempo parecía como que el movimiento de la Reforma quedaría dividido sin esperanzas de que se unificara.

Finalmente, en 1529, teólogos de ambos grupos acordaron reunirse en Marburgo. Lutero inmediatamente atacó a Zwinglio en el asunto principal, el de la eucaristía. Escribió en la mesa delante de él en *latín* las palabras *"Este es mi cuerpo"*, e insistía en que la palabra *es* significaba *es*, y no *representa*. En vano procuró Zwinglio convencerlo de que cuando Cristo dijo *"Yo soy la vid"*, o *"Yo soy la puerta"*, la palabra *es* significaba *represento*, pues sería imposible en esos casos interpretar literalmente las palabras de Cristo.

Después de mucha discusión, durante la cual Zwinglio y sus seguidores fueron forzados a ceder prácticamente en cada punto, se escribieron los quince *Artículos de Marburgo* en octubre de 1529. Pero no pudieron ponerse de acuerdo acerca de la eucaristía. Lutero expresó claramente su posición de intolerancia, cuando al final del encuentro rechazó la propuesta de Zwinglio de reconciliación con las palabras "Vuestro espíritu es diferente del nuestro". Después de varios intentos en años posteriores para unirse, la ruptura entre los luteranos y los seguidores de Zwinglio fue permanente.

La muerte de Zwinglio

Al mismo tiempo, las relaciones entre los cantones católicos y los seguidores de Zwinglio empeoraron en 1531. Los católicos de nuevo solicitaron ayuda militar al rey Fernando de Austria. El conflicto parecía inevitable, de modo que Zurich inmediatamente tomó medidas.

Primero puso un embargo a los cargamentos de alimentos que iban de Zurich a los cinco cantones católicos. Esto agravó las hostilidades, y los cantones católicos enviaron una fuerza militar contra Zurich. El concejo de Zurich despachó un contingente armado, con Zwinglio como capellán, pero los refuerzos que debían venir de los cantones aliados no llegaron a tiempo para ayudarlos en la batalla que tuvo lugar el 11 de octubre en Capel. Zwinglio fue muerto en batalla, como asimismo muchos de los hombres de Zurich. El 24 de octubre los cantones católicos infligieron otra derrota a algunos de los cantones protestantes, y una segunda "Paz de Capel" era muy similar a la primera. Cada cantón estaría libre para decidir acerca de su propia fe, sin interferencia externa, y todas las alianzas con países extranjeros fueron declaradas nulas.

La muerte de Zwinglio concluyó el primer capítulo de la Reforma en la Suiza alemana: el siguiente comenzó con la llegada de Guillermo Farel y Juan Calvino a los cantones franceses.

Capítulo 6

La Reforma en Francia

Los humanistas

El protestantismo en Francia no surgió bajo la dirección de ningún líder destacado como lo fueron Martín Lutero en Alemania y Ulrico Zwinglio en Suiza. La nueva fe se infiltró, más bien, desde el extranjero, durante el reinado de Francisco I, quien era el rey de Francia cuando Lutero clavó sus *noventa y cinco tesis* en Wittenberg.

Francisco I siguió durante su reinado una política oscilante en relación con la nueva fe protestante. Es verdad que no se opuso a ella abiertamente, excepto en ciertas ocasiones, pero en cambio no permitió su libre propagación. Fue precisamente esta política oscilante lo que permitió en Francia que la fe protestante se fuera infiltrando paulatinamente y propagando. Pero a la vez, esta misma política dio lugar a una confrontación entre los elementos protestantes y católicos, que fue en aumento hasta culminar en guerras sangrientas entre los protestantes hugonotes y el catolicismo.

Primeros balbuceos de la Reforma

A pesar de que durante la primera fase de la Reforma Francia no produjo ningún líder de estatura, hubo varias lumbreras que hicieron brillar su luz y que prepararon el camino para la naciente fe protestante. Lo mismo que en otros países, en Francia los humanistas siempre habían expresado deseos de reformar la Iglesia.

Jaques Lefevre

El más notable de ellos fue Jaques Lefevre. Nació en 1455 y estudió en la Universidad de París, donde recibió su licenciatura en artes. Viajó por Italia, donde bebió de las fuentes mismas del humanismo. Al regresar a Francia fue nombrado profesor de matemáticas en la Universidad de París, y se distinguió con la publicación de varios libros.

Comenzó a estudiar Las Escrituras en los idiomas originales, y llegó a preferir el texto griego del Nuevo Testamento, más bien que el latino de la Vulgata. No sería correcto tal vez considerarlo como un verdadero heraldo del protestantismo; sin embargo, Lefevre creía en la autoridad suprema de Las Escrituras en la vida del cristiano, y ponía énfasis en la justificación, que para él era más importante que las buenas obras. La principal característica de su vida fue un amor místico hacia Cristo; creía que este amor debiera guiar a los cristianos a hacer el bien y a vivir vidas justas.

Lefevre enseñaba que el hombre debe aprender a conocer a Dios por medio del amor y elevarse hasta Él mediante la humildad, buscando satisfacción solo en Dios. Aunque nunca dio mucha importancia a la confesión, los peregrinajes, las indulgencias, las reliquias y otras prácticas de la iglesia, tampoco se opuso a las mismas en la forma en que Lutero lo hizo.

Anhelaba la purificación de ciertas prácticas religiosas y una reforma moderada de la Iglesia, y se oponía también al escolasticismo tradicional que controlaba los estudios teológicos de su tiempo. Murió en 1536.

Guillermo Briconnet

Briconnet nació en 1472. Fue amigo personal de Lefevre, cuyas ideas místicas y reformistas le habían servido de inspiración. En 1516, al ser nombrado obispo de Meaux, se embarcó en un admirable proceso de reforma. Briconnet, que deseaba una reforma ordenada, enlistó a un grupo de espíritus escogidos –entre ellos Lefevre y Guillermo Farel– los cuales pronto ganaron fama por las innovaciones que introdujeron en la vida religiosa de la diócesis.

En 1523 Lefevre tradujo el Nuevo Testamento al francés para usarse en la instrucción al pueblo. La lectura bíblica se convirtió en un hábito entre la gente de Meaux, y el estilo humanista de criticar la vida religiosa de esos días pronto comenzó a dar su fruto. El obispo insistía en que los sacerdotes no debieran ausentarse de sus parroquias. Se designaron buenos oradores para que predicaran sermones bíblicos al pueblo, con el fin de conducirlos a una vida mejor. Una supervisión episcopal más rigurosa condujo a una reforma entre los sacerdotes. Los franciscanos, que estaban dominados por un tradicionalismo sin vida, fueron excluidos de los púlpitos. "Los obispos –decía Briconnet– son ángeles enviados por Cristo para proclamar su mensaje al pueblo, y para llevar a cabo las tareas de los ángeles de purgar, iluminar y perfeccionar las almas de los hombres". En su obra de reforma Briconnet recibió el apoyo del rey Francisco I. Aunque el rey no tenía profundas convicciones religiosas ni vivía una vida ejemplar, estaba interesado en la reforma de la iglesia. Briconnet murió en 1534.

Guillermo Farel

Farel fue, sin duda, el reformador francés más agresivo. Nació en 1489. Después de terminar sus estudios en lenguas, filosofía y teología en la Universidad de París, enseñó por un tiempo en uno de los colegios de la universidad. Su maestro, Jacques Lefevre, lo condujo a aceptar principios reformadores, los cuales comenzó a predicar con gran fervor.

Se lo llamó el "Elías de la reforma francesa" y "el azote de los sacerdotes". Había sido un entusiasta romanista, pero se convirtió en un protestante aún más entusiasta. Fue un predicador temerario y poderoso, y un valiente iconoclasta. En 1521 predicó su fe en forma tan vigorosa en Meaux, que el obispo Briconnet tuvo que silenciarlo. Luego visitó París, y en 1524 fue a Basilea. Su predicación y escritos eran tan cáusticos, que las autoridades tuvieron que expulsarlo.

Anduvo por Alemania y Suiza predicando valientemente al pueblo de habla francesa, exponiendo su vida al peligro de muerte. Estuvo por un tiempo en Estrasburgo, y en 1532 fue a Ginebra donde, en 1535, convenció a las autoridades a que adoptaran un edicto reformador. Farel continuó su obra de reforma viajando por muchos lugares, hasta el día de su muerte, en 1565.

Margarita de Angulema

Margarita era hermana del rey Francisco I. En contraste con el rey, estaba animada con un celo religioso muy profundo. Había bebido mucho del misticismo neoplatónico que prevalecía en Italia como del humanismo expuesto en Lefevre, al cual este había dado un tinte cristiano.

Habiendo sido discípula de Briconnet, Margarita había llegado a apreciar la importancia suprema de Las Escrituras como fundamento de la fe. Esto la llevó a escribir dos libros: *Heptamerón*, en el cual se queja del analfabetismo bíblico de los sacerdotes, y *El espejo de un alma pecadora*, en el

cual se expresa su preferencia por una religión bíblica. Estas dos obras son un buen ejemplo de la fe evangélica –bien mística– de los humanistas franceses contemporáneos de la Reforma.

Las doctrinas luteranas

Ninguno de los personajes arriba mencionados puede considerarse como verdadero reformador con un impacto serio a favor de la Reforma en Francia. Sin embargo, libros y predicadores protestantes se infiltraban constantemente desde ciudades fronterizas como Ginebra y Estrasburgo.

Fue así como los panfletos de Lutero contra el papado romano comenzaron a circular en Francia, y las doctrinas del gran reformador alemán comenzaron a interesar a muchos franceses. Muchos los compraban y los leían, de manera que las librerías se esforzaban por suplirlos. Algunos de los panfletos más devastadores para la iglesia fueron traducidos al francés.

La facultad de Sorbona, extremadamente conservadora, se alarmó en gran manera. Considerándose protectora del catolicismo, decidió resistir la diseminación de las doctrinas heréticas. Un paso fue, en abril de 1521, la condenación de más de cien proposiciones sacadas de los libros de Lutero, especialmente del más revolucionario, *La cautividad babilónica de la iglesia*.

Finalmente la Sorbona apeló al Parlamento de París, el cuerpo jurídico más importante del país, el cual en agosto ordenó que todos los libros de Lutero fueran entregados, bajo pena de multa y encarcelamiento. Pero esta orden no pudo imponerse efectivamente, y los libros prohibidos se hicieron cada vez más populares.

Los reformadores de Meaux

El grupo en Meaux, que dirigía Briconnet, no escapó a la crítica y la hostilidad de la Sorbona. Temerosos de la iglesia sería destruida, los celosos teólogos de la Sorbona, dirigidos por Noel Bedier, procedieron contra el grupo de Meaux, pese al apoyo que Briconnet gozaba de parte del rey Francisco I. Bedier, que pertenecía a la escuela antigua de pensamiento, estaba en contra de la libre investigación de los clásicos, y tenía temor de que la libre investigación de Las Escrituras pudiera tener malas consecuencias para la Iglesia. Por lo tanto, se oponía al estudio histórico y textual de La Biblia.

Los teólogos de la Sorbona se oponían especialmente a la traducción del Nuevo Testamento de Lefevre. El Nuevo Testamento en francés había llegado a manos de muchas personas, quienes lo leían con mucha avidez y se interesaban en sus enseñanzas. Los teólogos creían que, puesto que las doctrinas luteranas se estaban diseminando rápidamente, era peligroso añadir leña al fuego permitiendo la circulación de Las Escrituras en el idioma del pueblo. De manera que ordenaron que se confiscaran todos los ejemplares de La Biblia y se quemaran.

Siguiendo la sugerencia de su hermana Margarita, Francisco I puso a Lefevre bajo su protección personal. Pero el problema vino cuando llegaron las noticias de que el rey había sido derrotado y tomado prisionero en la batalla de Pavia, en febrero de 1525. Ahora el parlamento de París estaba completamente libre para proceder en contra del grupo de Meaux, y Briconnet fue citado a comparecer. Bajo presión accedió a que el Parlamento procediera a suprimir toda herejía protestante. Lefevre se vio obligado a huir a Estrasburgo. Muchos sospechosos fueron ejecutados.

Así terminaron los esfuerzos del grupo de Meaux por iniciar una reforma en la Iglesia y en la vida religiosa. Este grupo estaba compuesto de humanistas que habían querido ser reformadores, pero el fuego de la persecución pronto los hizo cesar en sus actividades.

La condición en Francia desde este momento en adelante se caracterizó por la política oscilante que Francisco I siguió hasta el día de su muerte, en 1547. Cuando procuraba el apoyo de los protestantes alemanes, su política hacia los protestantes franceses era de tolerancia, pues no podía perseguir a los que profesaban la misma fe de aquellos cuya ayuda deseaba. Por otro lado, cuando buscaba el apoyo del papa, su política hacia los protestantes franceses era de intolerancia, persecución y ejecución, porque no podía tolerar a aquellos que iban contra los intereses de la iglesia oficial.

Pero, no obstante, a pesar de la política incierta de Francisco I, el movimiento protestante iba creciendo paulatinamente. Al mismo tiempo los vientos de persecución obligaron a algunos líderes protestantes de mentes preclaras, como Juan Calvino, a huir al exilio, desde donde desarrollaron sus actividades reformistas.

El calvinismo en Francia

A la muerte de Juan Calvino en 1564, el calvinismo estaba bien establecido, no solo en la Suiza Francesa sino también en Francia. Como ya vimos, Francisco I había seguido una política vacilante, la cual permitió que el protestantismo se estableciera en Francia durante su largo reinado (1515-1547).

Después de la muerte de Francisco I, subió al trono su hijo, Enrique II. Aunque Enrique II era ortodoxo en su fe, su actitud fue de indiferencia y de cerrar los ojos a los problemas religiosos. Pero los fuertes sentimientos antiprotestantes de su esposa Catalina de Médicis, influyeron tan fuertemente en él, que le hicieron adoptar una política de persecución y crueldad hacia los protestantes.

Otro factor que influyó en la política de Enrique II, fue el casamiento de su hijo Francisco, heredero aparente al trono, con María Stuart de Escocia, enemiga número uno del protestantismo en ese país. Bajo tales circunstancias y por conveniencia política, Enrique II se vio tentado a erradicar el protestantismo de Francia, pues temía que cualquier perjuicio que la iglesia sufriera podría reflejarse en forma negativa sobre el trono.

Los hugonotes

Sin embargo, a pesar de los esfuerzos de Enrique II por erradicar la nueva fe, el protestantismo continuó muy activo durante su reinado, al punto de que al tiempo de su muerte, en 1559, se calcula que había más de cuatrocientos mil protestantes en Francia. En esta época se los llamaba "hugonotes", un término de origen desconocido que significa "compañeros de juramento".

A la muerte de Enrique II, su hijo Francisco II, de veintiún años de edad, le sucedió en el trono, pero murió inesperadamente al año siguiente. El heredero al trono era su hermano Carlos IX, de apenas diez años de edad, de manera que su madre, Catalina de Médicis, asumió el título de reina regente en nombre de su hijo.

Por motivos más políticos que religiosos, Catalina se alió a los hugonotes, que para entonces hacían sentir su influencia en la vida política del país. Al punto de que ya rivalizaban con la familia católica de Guisa por el control del poder en Francia. La reina regente, usando de mucha astucia, hizo promulgar un edicto proveyendo una libertad condicional a los protestantes,

permitiéndoles practicar su fe, pero limitando sus actividades solo al culto de adoración. Al parecer la reina quería ganarse el apoyo de los hugonotes, al mismo tiempo que limitaba su influencia política.

Pero las fuerzas católicas, bajo la dirección de representantes de la familia de Guisa, no respetaron el edicto. En un atentado por recobrar el poder, atacaron por sorpresa a los hugonotes cuando estaban reunidos adorando, y mataron a cuantos pudieron. Este incidente dio lugar a la primera de una serie de guerras religiosas en Francia entre católicos y protestantes durante los años 1560 a 1595.

La matanza de San Bartolomé

Los hugonotes fueron ganando terreno poco a poco, hasta el punto de que para 1570 podían aparecer libremente en lugares públicos, inclusive en la corte real. Tan bien estaban las cosas, que en 1570, por la intervención de Coligny, uno de los más destacados hugonotes, se hicieron planes para que Margarita, hija de Catalina de Médicis y hermana del rey, se casara con Enrique de Borbón, uno de los principales líderes del partido protestante. Nada parecía indicar la horrible tragedia que se aproximaba.

Al parecer, Catalina comenzó a sentir celos y resentimiento hacia Coligny por el hecho de que se había ganado la confianza y la admiración del rey. De modo que la reina regente concibió una macabra conspiración contra el líder protestante y los hugonotes.

Los principales jefes de los hugonotes se habían congregado en París en ocasión de la boda de Enrique y Margarita. La misma noche de la boda hubo un atentado contra la vida de Coligny. El atentado falló, pero Coligny resultó herido y los hugonotes, indignados, pidieron al rey que hiciera una investigación del incidente. La reina, cuyas intenciones eran malévolas convenció al rey de que los hugonotes habían tramado una conspiración, bajo la dirección de Coligny, para apoderarse del trono. El rey, creyéndole, ordenó la matanza de los hugonotes.

El 24 de agosto de 1572, la noche del día de San Bartolomé, por orden del rey Carlos IX, obedeciendo el consejo de su madre, la reina regente, más de dos mil hugonotes fueron asesinados por sorpresa. Pero la matanza de la noche de San Bartolomé en París fue solo la señal para que otras matanzas similares se llevarían a cabo en otras partes de Francia. Se calcula que decenas de millares murieron de esa manera.

Enrique IV

Carlos IX murió en 1574, y le sucedió en el trono su hermano, Enrique III. Lo mismo que su madre Catalina de Médicis, no tenía más convicciones religiosas que las que le ayudaran a mantenerse en el poder. Por lo tanto, persuadido de que eso era lo que le convenía, tomó una actitud tolerante hacia los protestantes hugonotes, les concedió libertad de culto. Los católicos, alarmados por la tolerancia del rey, reanudaron la guerra contra los protestantes.

Así estaban las cosas cuando murió Francisco de Alencón, el último de los hijos de Enrique II y Catalina de Médicis. Cómo Enrique III no tenía hijos, el heredero inmediato al trono era Enrique de Borbón, el esposo de Margarita y cuñado del rey. Enrique, que también era un astuto político, siempre había seguido una política de conveniencia. Durante su vida, a fin de salvar su cabeza, cambió varias veces de posición entre el catolicismo y el protestantismo. Para este tiempo Enrique de Borbón era declarado calvinista. Aunque los hugonotes no lo aceptaban muy bien, sin embargo, era el líder más capaz que tenían.

Los acontecimientos que siguieron fueron muy interesantes, porque en un momento dado había en Francia tres partidos, cada uno encabezado por un Enrique –Enrique III, el rey que ocupaba el trono; Enrique de Guisa, católico que aspiraba a apoderarse del trono ilegalmente; y Enrique de Borbón, el líder protestante, heredero legítimo del trono–. La guerra que tuvo lugar por la sucesión al trono, se conoce en la historia como "La guerra de los Tres Enriques".

Aunque Enrique de Guisa se apoderó de París, Enrique III, tomándolo por sorpresa, lo hizo asesinar. Pero el elemento católico no quería a Enrique III en el trono, y bajo la presión de nuevos ataques el rey se vio forzado a huir de París y a refugiarse en el campamento de Enrique de Borbón, quien lo reconocía como rey legítimo. Pero al poco tiempo un católico fanático se infiltró en el campamento y mató al rey.

Tras la muerte del rey, Enrique de Borbón subió al trono asumiendo el nombre de Enrique IV. Los católicos, que no podían tolerar que Francia tuviera un rey protestante, con la ayuda de España continuaron su lucha contra Enrique IV. Después de cuatro años, convencido de que la única forma de mantenerse en el trono sería haciéndose católico, Enrique IV una vez más decidió cambiar de religión. Pero el rey no olvidó a los hugonotes. El 13 de abril de 1598 hizo promulgar el Edicto de Nantes, por el cual concedía libertad de culto a los protestantes de toda Francia, excepto en París.

Enrique IV tuvo un largo reinado. Fue asesinado en 1610 por un católico fanático que estaba convencido de que Enrique IV era todavía un hereje protestante. Pero al tiempo de su muerte ya el protestantismo estaba establecido en Francia.

Capítulo 7

La Reforma en la Suiza Francesa: Calvino

Aunque activo en Francia ya por varios años, el protestantismo allí no había contado con un líder capaz, alguien que por sus capacidades intelectuales y fuerza de carácter pudiera asumir la dirección del movimiento y guiarlo al éxito, como Lutero lo había hecho en Alemania y Zwinglio en Suiza. Guillermo Farel, un hombre de temperamento agresivo que nunca miró el costo de predicar el evangelio, atrajo mucho la atención, pero carecía de requisitos intelectuales para impartir dirección a las inquietudes teológicas de los protestantes franceses. Fue un excelente propagador de las nuevas ideas, pero no pudo desempeñar el papel de *líder* del movimiento. El "líder de la hora" surgió en la persona de Juan Calvino.

Primeros años de Calvino

Infancia y juventud

Juan Calvino nació en 1509 en Noyon, un pueblo en el noroeste de Francia. Su padre, Gerardo Calvino, era notario público, y tuvo tanto éxito que llego a ser muy respetado e influyente en Noyon. Llegó a ocupar el puesto de secretario del obispo de esa región. Este es un hecho importante en relación con los años formativos de Juan, pues desde su infancia recibió la mejor educación posible en Francia.

Lutero había nacido de padres campesinos, quienes luego de muchos años de trabajo duro ascendieron la escalera de la burguesía. Calvino nació de padres burgueses. Si Lutero vio siempre la vida desde una perspectiva campesina, los gustos, maneras, conceptos y actitudes de Calvino fueron siempre burgueses.

A través de la influencia del obispo de Noyon, el padre de Juan pudo conseguirle una beca en la iglesia del pueblo, para que asistiera a la mejor escuela de la localidad. A la edad de catorce años, cuando hubo terminado sus estudios preparatorios, Juan fue enviado a estudiar a la Universidad de París, donde estuvo bajo la influencia de los mejores humanistas de Francia. El humanismo, especialmente el de la clase de Erasmo, ejerció una influencia muy profunda en los años formativos de Calvino.

Calvino dominó el latín y comenzó sus estudios en filosofía. Hizo amistad con el humanista Guillermo Cop, quien era amigo de Erasmo.

Cuando ya casi había concluido sus estudios en las artes liberales, su padre le aconsejó que estudiara leyes, pues quería que su hijo se preparara para una carrera práctica. Puesto que en la Universidad de París no ofrecía estudio de leyes, Calvino fue a la Universidad de Orleáns. Pero no se conformó con solo estudiar leyes, sino que continuó sus estudios en las humanidades, y fue introducido a las letras griegas.

En 1529 decidió continuar sus estudios en la Universidad de Bourgues. Más o menos durante este tiempo, su padre murió en medio de dificultades financieras. Es probable que este episodio en la vida de su padre influyera en la actitud de Calvino hacia la Iglesia. Al poco tiempo volvió a Orleáns, donde recibió su diploma en leyes.

Conversión

En 1532 Calvino estaba de regreso en París. Asistía a las conferencias de los humanistas, odiados de muerte por los doctores de la Sorbona.

Durante este tiempo terminó su comentario sobre *De clementia*, de Séneca, en el cual el joven autor procura hallar una conexión entre la filosofía del estoicismo como la presenta Séneca, y las enseñanzas de Cristo en los evangelios.

Calvino dirigió esta obra a Francisco I de Francia, diciendo que todo líder político que recurre a la tiranía para mantenerse en el poder, es insensato. El propósito de Calvino era hacer que Francisco I aceptara los cambios religiosos que los protestantes proponían. Procuraba abrir el camino para que Francia se convirtiera el protestantismo.

Esta obra, que fue publicada en 1532, revela a Calvino como humanista; se nota a través de toda ella la influencia del gran humanista holandés Desiderio Erasmo.

Es difícil dar una fecha a la conversión de Calvino, parece que ocurrió entre la publicación del comentario sobre *De clementia* y fines del año 1533. Había comenzado con el interés de un humanista en una sencilla religión moral. Es probable que la muerte de su padre lo haya impresionado.

No hay dudas de que Calvino estaba al tanto de que muchas de las prácticas de la Iglesia y algunas de sus doctrinas tradicionales habían caído en entredichos. Hubiera sido imposible que una mente preclara como la suya hubiera pasado inadvertida los apasionados ataques de los doctores de la Sorbona contra las enseñanzas de los humanistas, las que –según ellos– conducían a la herejía. Los doctores habían ido al extremo de querer suprimir la obra de la reina Margarita, *Espejo de un alma pecadora*. Todas estas cosas quizás impresionaron a Calvino, aunque su conversión se describe como habiendo sido repentina.

Su primera tendencia herética se revela en ocasión de la inauguración de un amigo suyo, Nicolás Cop, como rector de la Sorbona. Cop se había destacado en el grupo de los humanistas reformadores de la Universidad de París. En octubre de 1533 fue electo rector de la Sorbona, y en noviembre pronunció su discurso inaugural titulado "El evangelio puro y la justificación por la fe". Fue una valiente exposición del punto de vista evangélico, que incluía citas de Erasmo y de Lutero, y consistió en un llamado a la reforma según las enseñanzas del Nuevo Testamento. Cop se pronunció a favor de la salvación por la fe y no por las obras. Al parecer, su discurso había sido preparado con la ayuda de Calvino.

Como era de esperarse, el discurso enfureció a los ciudadanos distinguidos de París, y Cop fue citado a comparecer ante un tribunal para explicar su conducta, pero temiendo por su vida, huyó de París. Calvino también huyó y se escondió, yendo de lugar en lugar.

Después de esta experiencia Calvino rompió definitivamente con los humanistas y adoptó un concepto de la religión puramente evangélico. Después de pensarlo bien, rompió también con su fe tradicional, la fe de la Iglesia Católica Romana. En una visita que hizo a Noyón, su pueblo natal, fue encarcelado, y poco después puesto en libertad.

Puesto que el rey Francisco I se disponía a exterminar la herejía protestante, Calvino, temiendo por su vida, huyó a Basilea, adonde llegó a principios de 1535.

Calvino en Basilea

La reforma se había establecido en Basilea en 1529, por lo que Calvino encontró allí un ambiente propicio para sus actividades. Había trabajado en un tratado sistemático de la fe cristiana, y ahora

estaba en condiciones de terminarlo. De manera que en marzo de 1536, a la edad de 23 años, publicó su primera edición de las *Instituciones de la religión cristiana*. Aunque los conceptos teológicos del autor todavía no habían llegado a un desarrollo completo, su sistema sí. Por este entonces Calvino había llegado a ser el líder protestante número uno en Francia y Suiza.

Las *Instituciones* se consideran como la más prominente obra de teología sistemática producida por la Reforma protestante. Su propósito fue proveer a los protestantes franceses de una guía teológica que los primeros reformadores no habían podido producir. Su primera edición se componía de seis capítulos. Después de seis revisiones, en 1559 las *Instituciones* contaban con ochenta capítulos y expresaban el pensamiento más maduro de Calvino.

El propósito de Calvino al escribir las *Instituciones* fue ayudar a los protestantes perseguidos en Francia, como lo expresa en el prefacio de la obra dirigido a Francisco I. En el mismo lo exhorta a que acepte las nuevas doctrinas y abandone el catolicismo, diciendo que si rechazaban las enseñanzas del evangelio se enfrentaría a la adversidad. Pero la exhortación de Calvino fue en vano, pues Francisco I nunca abandonó la fe católica.

Guillermo Farel en Ginebra

Guillermo Farel había precedido a Calvino con la exposición de sus doctrinas protestantes en los cantones franceses de Suiza. Había huido a Basilea al tiempo de la persecución de los humanistas reformadores de Meaux. Recién llegado a Basilea, atacó vehementemente el catolicismo, y las autoridades lo expulsaron. Entre los años 1529 y 1534 anduvo por diferentes lugares en los cantones franceses, atacando el culto tradicional con gran valor y audacia. En 1534 se unió a otros reformadores que habían estado activos en Ginebra.

Establecimiento de la Reforma

Para entonces Ginebra estaba en convulsión por causa de las actividades reformistas de Antonio Froment, amigo de Farel. El pueblo estaba dividido en asuntos de religión. El clero y los católicos fervientes apoyaban al obispo, y para combatir la herejía estaban dispuestos a buscar la ayuda de los duques de Saboya, quienes desde hacía mucho tiempo deseaban ejercer control sobre la ciudad. Sin embargo, muchos otros ciudadanos deseaban conservar su independencia y estaban opuestos al obispo y a los duques de Saboya.

El 30 de mayo de 1535 se llevó a cabo un gran debate frente al concejo del pueblo, en el cual el dinámico Farel ganó una fácil victoria. Pero, a pesar de ello, el concejo rehusó adoptar medidas reformistas. Por lo tanto, poco tiempo después el partido reformador comenzó a destruir imágenes, cuadros y otros objetos en la iglesia de la catedral de San Pedro. Dos días más tarde Farel se presentó ante el concejo, insistiendo en que se anulara inmediatamente el antiguo culto. El obispo había prohibido a los sacerdotes tomar parte en discusiones acerca de la religión, de manera que no había nadie quien defendiera la fe católica, y Farel ganó una fácil victoria. El pueblo rechazó el catolicismo, el clero huyó y el obispo, con la ayuda de Saboya, puso sitio a la ciudad.

Los sentimientos que predominaban en Ginebra eran a favor de la independencia, la oposición de Saboya y la fe protestante. El cantón de Berna, temeroso de que la pérdida de la independencia de Ginebra pudiera significar la pérdida de su propia independencia, no se quedó con los brazos cruzados, sino que despachó su ejército para confrontar al de los duques de Saboya, a los cuales tomó de sorpresa, y los derrotó. Berna no solo ayudó a Ginebra a consolidar su liberación, sino

también a otros cantones vecinos. Como consecuencia, el protestantismo se estableció como la religión oficial en los cantones franceses de Suiza.

Establecimiento del nuevo culto

Una vez aceptada la fe protestante, ahora solo restaba el establecimiento de una escuela para ofrecer educación gratuita a los hijos de los pobres. Todos los ciudadanos estaban obligados a enviar a sus hijos a la escuela.

En octubre del mismo año la Reforma se estableció también en Lausana. Se habían hecho arreglos para un gran debate en el cual Farel y Viret tendrían parte importante. El emperador en una carta había prohibido el debate, pero su orden no fue obedecida. El clero no podía debatir con sus oponentes, pues se les había ordenado guardar silencio. De modo que la defensa fue dirigida por un laico católico que estaba ansioso por defender su fe. Como era de esperarse, las fuerzas protestantes prevalecieron. En diciembre se publicó un edicto que establecía la fe protestante en Ginebra.

Las propiedades eclesiásticas fueron confiscadas para usarse como escuelas, hospitales y otros usos similares. Viret fue nombrado ministro, y de la serie de conferencias que comenzó a dictar nació lo que más tarde llegó a ser la Universidad de Lausana.

Calvino en Ginebra

Ya en 1536, el año de la publicación de las *Instituciones*, Calvino era reconocido como líder protestante número uno, no solo en Francia sino también en Suiza. Desde esta fecha en adelante la arena de sus actividades sería Suiza, no Francia. Bajo su hábil dirección el centro de influencia de la Reforma protestante se trasladó de Wittenberg a Ginebra.

Visita a Ginebra

Después de la publicación de las *Instituciones* en 1536, Calvino salió de Basilea y fue a Ferrara, Italia, donde la duquesa Renata, hija de Luis XII de Francia, toleraba a los protestantes. Aunque no se sabe exactamente por qué fue Calvino a Ferrara, se cree que lo hizo para propagar sus ideas, o quizá sencillamente –como humanista que era– porque quería ver a Italia. Al parecer no se quedó en Ferrara. Poco tiempo después salió rumbo a Estrasburgo, pero la guerra entre Carlos V y Francisco I lo obligó a desviarse y pasar por Ginebra, donde habría de vivir el resto de su vida.

La intención de Calvino era pasar solo una noche en Ginebra. Pero Farel fue a visitarlo para tratar de convencerlo de que se quedara en Ginebra para ayudarle a sus esfuerzos de reforma. Farel, exhibiendo su característica impetuosidad, le dijo que Dios no le daría su bendición si rehusaba obedecer la dirección de asumir la responsabilidad de reforma. Calvino, sobrepujado por la vehemencia de Farel, decidió quedarse en Ginebra. Hizo un viaje rápido a Basilea por asuntos de negocios, y volvió para comenzar sus actividades en la ciudad que durante los siguientes veintiocho años organizaría como una comunidad teocrática siguiendo el patrón de Las Escrituras como él las entendía.

Primeros intentos de teocracia

Farel y Calvino trataron de convertir a Ginebra en una teocracia. Calvino inmediatamente comenzó a hacer cambios en la vida religiosa de Ginebra. Farel ya había comenzado a hacerlo antes que Calvino llegara, pero ahora las cosas comenzaron a moverse más rápidamente.

Ambos reformadores presentaron una serie de proposiciones al concejo de la ciudad, las que fueron aprobadas el 16 de enero de 1537. Según las nuevas ordenanzas, la Santa Cena se celebraría cuatro veces al año, la disciplina debía imponerse por medio de la excomunión, se prepararía un catecismo para los niños, se introduciría el canto congregacional, y se establecerían algunas reglas para la observancia del domingo.

El catecismo apareció al poco tiempo. Enseguida el concejo ordenó a todos los oficiales de los veintiséis distritos de Ginebra que dieran órdenes a la población de reunirse a una hora específica en la catedral de San Pedro, para escuchar la lectura del catecismo y prometer aceptarlo como la única doctrina verdadera. Hubo bastante oposición a esta manera de proceder, pero el gobierno amenazó al pueblo con expulsar a todos los que no obedecieran la orden.

Farel y Calvino pronto se dieron cuenta de que tenían muchos enemigos entre los antiguos ciudadanos de Ginebra, los cuales no estaban dispuestos a soportar el dominio de los ministros. Se habían deshecho del obispo y de Saboya, y no estaban dispuestos a soportar otra tiranía.

Las elecciones para el concejo del pueblo en febrero de 1537 fueron favorables a Farel y a Calvino, pero al año siguiente el pueblo eligió a un grupo de concejales opuestos a los reformadores, y no hubo mucho que Farel y Calvino pudieran hacer para evitarlo. Cuando el concejo procedió a pasar nuevas medidas en relación con la observación de la Santa Cena, comenzaron las dificultades. Calvino insistía en que el estado no tenía autoridad para dictar al pueblo en asuntos de religión. El domingo de resurrección Farel y Calvino rehusaron servir la Santa Cena usando pan sin levadura. Por lo tanto, el gobierno envió a Farel y a Calvino al exilio. Invitado por Martín Butzer, Calvino escogió ir a Estrasburgo.

Calvino en Estrasburgo

Calvino pasó tres años en Estrasburgo, desde 1538 hasta 1541. Estos fueron años importantes para él, pues los pasó bajo la influencia de Butzer, un teólogo protestante que había aceptado una posición intermedia entre Zwinglio y Lutero. Butzer ejerció gran influencia en el pensamiento de Calvino.

Bajo la dirección de Butzer, Estrasburgo había aceptado el protestantismo, y se había convertido en un centro de protección para los refugiados religiosos, entre ellos Karlstadt, Farel y Calvino. Butzer estaba dispuesto a escuchar todos los puntos de vista. Todos eran bienvenidos: luteranos, swinglianos, calvinistas y aun los anabaptistas, aunque estos últimos no fueron recibidos muy cordialmente. Butzer trató de mediar entre Zwinglio y Lutero, tomando una posición intermedia, y llegó a ser un líder protestante en el sur de Alemania.

El pensamiento de Butzer influyó en Calvino, especialmente en el concepto de la eucaristía. Por una parte Calvino rechazaba la idea de que la eucaristía era sencillamente un acto conmemorativo; por otra, rechazaba asimismo el concepto de la presencia física de Cristo con los elementos. Más bien adoptó el de que Cristo estaba presente en el sacramento y que el participante solo lo recibía espiritualmente. La posición mediatoria de Butzer y Estrasburgo hizo de esta ciudad y sus reformadores un factor muy importante en la Reforma.

Calvino comenzó a enseñar teología, por lo cual recibía una pequeña remuneración de parte de la ciudad, y también fue pastor de los refugiados franceses. E introdujo un nuevo orden del culto de adoración, que se estableció dondequiera que se organizaron iglesias calvinistas. Consistía en la invocación, oración, confesión, absolución a todos los que estuvieran sinceramente arrepentidos,

el cántico de un salmo o himno, y la bendición. Los salmos que se cantaban eran sacados del libro de los Salmos, a los cuales Calvino ponía música.

La teocracia de Ginebra

Mientras tanto, las cosas en Ginebra no iban muy bien. La ciudad estaba dividida. Un grupo quería volver a la fe católica, otro apoyaba a los reformadores Farel y Calvino, y un tercero quería aceptar la dirección del cantón de Berna, con el cual las autoridades de Ginebra habían llegado a un acuerdo.

Aprovechándose de esta división, los católicos tenían esperanza de que Ginebra pudiera ser persuadida a volver a la fe católica. De modo que en 1539 el obispo de Sadoleto escribió solicitando a los oficiales de Ginebra a que volvieran al seno de la Iglesia Católica Romana.

Los ciudadanos de Berna, prefiriendo que Ginebra permaneciera protestante, e invitaron a Calvino a que contestara la carta de Sadoleto. La respuesta se imprimió y comenzó a distribuirse. En la misma Calvino reiteraba su posición acerca de la verdadera naturaleza de la Iglesia y su oposición al catolicismo. Su respuesta tuvo un efecto grande en el pueblo y en los dirigentes de la ciudad. El Concejo de Ginebra, cansado de las divisiones y deseando poner la situación en las manos de alguien que pudiera mantener la paz, y creyendo que Calvino era el único que podía hacerlo, lo invitaron a volver a Ginebra.

Calvino regresó a Ginebra en 1541, y en seguida se dio a la tarea de poner en orden la organización religiosa de la comunidad, de tal manera que hiciera de la ciudad un modelo de gobierno cristiano.

El 20 de noviembre se publicaron las nuevas ordenanzas, las cuales habían sido escritas originalmente por Calvino, revisadas por el concejo y finalmente aceptadas por el pueblo. Las mismas organizaban a la ciudad en cuatro grupos.

Uno era la asociación de ministros conocida como *La venerable compañía de pastores*. Esta asociación se reunía una vez al mes para el estudio de Las Escrituras, y cada tres meses para asuntos espirituales. Este grupo estaba encargado de administrar disciplina en un gran número de casos. El segundo grupo era el de los *maestros*, los cuales estaban encargados de enseñar la pura doctrina a los niños. El tercer grupo era el famoso *consistorio*, compuesto de doce ancianos elegidos por el concejo de la ciudad. Estos tenían la responsabilidad de vigilar la conducta y las opiniones de la gente. Cada anciano tenía jurisdicción sobre un distrito de la ciudad. El cuarto grupo eran los *diáconos*, que estaban encargados de los negocios de la iglesia, como los asuntos financieros, proveer para los pobres, administrar la obra de caridad, cuidar de los enfermos y mantener el control de los hospitales.

Según las ordenanzas, estas cuatro órdenes habían sido instituidas por Cristo para el gobierno de su Iglesia.

La intolerancia de Calvino

Bajo este sistema Ginebra se convirtió en la "ciudad de Dios" y Calvino en su "guía espiritual". Al principio hubo mucha oposición y crítica, porque era difícil para los pastores someter toda su vida privada y pública a este régimen. Pero Calvino no era un hombre tolerante y aplastó toda señal de insubordinación. Consciente de un llamado divino, creía que no debía mostrarse misericordia a nadie que cuestionara lo que él creía eran las enseñanzas de Las Escrituras.

Todos debían conformarse al sistema o, de lo contrario, tendrían que pagar las consecuencias. Sebastián Castellio, rector de la Academia de Ginebra, fue expulsado por enseñar que el Cantar de los Cantares era solamente una poesía amorosa, y por lo tanto no tenía lugar en el canon de Las Escrituras. Jerónimo Bolsec fue encarcelado y más tarde expulsado de la ciudad por oponerse a la doctrina de la predestinación, una doctrina central del calvinismo y oficialmente establecida en Ginebra.

Jaques Gruet fue primero encarcelado y luego ejecutado porque, aparte de sospecharse que había clavado un cartel en el púlpito de la catedral de San Pedro que amenazaba con venganza por la tiranía a la cual el pueblo había sido sometido, después de su arresto se descubrieron unos panfletos en que atacaba al régimen de Calvino. Las autoridades creían que sus ideas eran contrarias a la ley de Dios, de manera que, después de someterlo a las más crueles torturas, lo ejecutaron en 1547.

Pero, sin duda, el ejemplo más notable de la intolerancia del régimen de Calvino fue la ejecución de Miguel Serveto, que mantenía una posición antitrinitaria, y era considerado un hereje por la Iglesia Católica, fue arrestado por la Inquisición, pero se escapó y se refugió en Ginebra. Calvino lo hizo arrestar por hereje, fue condenado y quemado vivo el 27 de octubre de 1553.

La imposición de este régimen hacía que la autoridad de Calvino fuera indisputable, tanto en el gobierno de la iglesia como en el gobierno civil.

Gobernó con una autoridad similar o quizá superior a la de los papas de Roma. Tal fue el rigor de su régimen que se calcula que entre 1542 y 1546 cincuenta y ocho personas fueron ejecutadas, y setenta y seis fueron enviadas al exilio. En honor a la justicia tenemos que decir que Calvino no ordenó estas ejecuciones, sino que las mismas fueron el resultado del proceso judicial de Ginebra. Pero puesto que el sistema estaba controlado por Calvino, él tenía el poder de impedirlas. Pero según él, hacerlo habría sido interferir en la justicia divina.

Costellio había escrito un panfleto titulado *Acerca de los herejes y sobre si deben ser castigados*, en el cual hay dos clases de herejes: los que actúan en contra de los preceptos morales de Las Escrituras, los cuales sí debían ser castigados, y aquellos que entienden mal La Biblia, los cuales no deben ser castigados. Costellio insistía en que era injusto castigar a estos últimos, sencillamente porque no entendían La Biblia y por tanto la enseñaban mal.

Teodoro Beza, el amigo personal de Calvino y más grande proponente del calvinismo, respondió al panfleto de Costellio con otro panfleto que, sin duda, reflejaba los sentimientos de Calvino, titulado *Los herejes deben ser castigados por el magistrado civil*. En el mismo sostenía que la sociedad civil tiene como objeto principal el establecimiento de la gloria de Dios. Los magistrados civiles, que tienen la obligación de promover la gloria de Dios, tanto como sea posible, tienen el derecho de castigar a los que se rebelen contra la autoridad de Dios. La pena capital era legítima, porque los herejes blasfemaban contra la majestad de Dios, una ofensa mucho más seria que la de oponerse a las autoridades seculares. Y si estas imponían la pena capital, ¿por qué no habría de privarse de la vida a los herejes obstinados?

Un gobierno organizado bajo este sistema no apelaba a los ciudadanos de Ginebra. Muchos de ellos estaban abiertamente opuestos al sistema. Pero el terrible ejemplo de la muerte de Serveto silenció a todos los oponentes, y las elecciones del año siguiente fueron de nuevo favorables a la causa de Calvino. Un gran número de las familias antiguas abandonaron Ginebra, reduciendo así la oposición.

Al mismo tiempo, la ciudad se había convertido más y más en un lugar de refugio para los perseguidos de la fe reformada que venían huyendo de la persecución en sus propios países, especialmente de Francia, Inglaterra, Escocia y los Países Bajos.

Entre los más destacados de ellos se encontraba el escocés Juan Knox, quien llevó el calvinismo a Escocia en la forma del presbiterianismo, y los perseguidos ingleses bajo el reinado sangriento de María Tudor, quienes llevaron el calvinismo a Inglaterra en la forma del puritanismo congregacional.

Muerte de Calvino

Juan Calvino fue, sin duda, una de las más grandes figuras de la historia. Fue un prolífico escritor. Además de su famosa obra *Instituciones de la religión cristiana*, que se considera la obra teológica más sobresaliente producida por la Reforma del siglo XVI, escribió un monumental comentario sobre todos los libros de La Biblia, excepto Daniel y Apocalipsis. Como organizador, a pesar de sus errores, procuró hacer de Ginebra un modelo de gobierno para otros estados. Como educador, fundó en 1559 la Academia de Ginebra, de la cual fue su primer rector. Sus enormes labores consumieron sus energías y le produjeron una dolorosa enfermedad a la cual sucumbió en 1564.

La influencia de Calvino

Sería casi imposible expresar en unos pocos párrafos la enorme contribución que tanto Martín Lutero como Juan Calvino hicieron a la causa protestante. Sin embargo, puede afirmarse sin temor a equivocación, que ellos fueron las dos figuras más grandes de la Reforma religiosa del siglo XVI.

Las dos etapas de la reforma

Para entender correctamente la posición histórica que tanto Calvino como Lutero ocuparon en la Reforma protestante, es necesario recordar que esta se desarrolla en dos etapas principales: (1) la insurreccional y (2) la formativa. Como resultado, la Reforma produjo dos clases muy diferentes de líderes.

Los reformadores que tomaron parte en la primera etapa fueron hombres de movimiento y acción; los que tomaron parte en la segunda fueron hombres de organización y política. Los primeros fueron –en el sentido más radical– *reformadores*. Fueron los que rompieron las antiguas cadenas de la superstición y, a fuerza de heroicos empeños, prepararon el camino para el período más creador de la organización de la vida religiosa.

Los segundos, aunque también fueron reformadores, fueron verdaderos *teólogos*. Martín Lutero fue la figura más destacada en la primera categoría, la *insurreccional*; Juan Calvino fue la figura más destacada en la segunda categoría, la *formativa*. Como intelectual, como teólogo y como autor, el gran reformador francés hizo una gran contribución a la causa protestante.

Calvino como pensador

Juan Calvino fue un verdadero intelectual. Su educación fue la mejor que se hubiera podido obtener en Europa en su época. Estudió bajo la influencia de los más destacados humanistas, teólogos, reformadores y abogados de entonces. Y no solo recibió una excelente educación sino que, además, gozaba de una mente ágil y una memoria extraordinaria. Estas fueron las cualidades que le permitieron llegar a ser el "cerebro de la Reforma".

Calvino ha sido llamado "una de las grandes lumbreras del mundo" y "el padre de la predicación moderna". Un escritor católico dijo que "a la edad de 22 años Calvino era el hombre más erudito en Europa".

Calvino como teólogo

Como teólogo, podemos afirmar que Calvino fue el más grande teólogo de la Reforma. Su extraordinaria obra *Instituciones de la Religión cristiana*, que completó cuando solo tenía veintisiete años de edad, se considera como la obra teológica clásica de la Reforma. Esta obra ayudó a dar forma y organización a los principios de la Reforma, a fin de poder expresarlos en una forma sistemática.

Las *Instituciones* de Calvino es uno de esos libros que hicieron época. Constituye el mejor compendio de las doctrinas cristianas que jamás se diera al mundo. Hasta el momento de su aparición no había existido otro libro que hubiera presentado una exposición de las doctrinas de la iglesia protestante en una forma sistemática y organizada. Escrito originalmente en latín, pronto se tradujo a casi todos los idiomas europeos, como el inglés, el italiano, el castellano, el alemán, el holandés, el húngaro, el griego y aún el árabe. Las *Instituciones* forman el todo de Calvino. Para conocerlo a él, uno solo necesita conocer sus *Instituciones*.

Calvino como escritor

Como escritor Calvino fue muy prolífico. Dejó más de dos mil sermones escritos. Pero más que todo, se hizo famoso por sus comentarios de Las Escrituras. Sus comentarios poseen tales valores exegéticos, que Jacobo Arminio, el más grande oponente de la doctrina de Calvino escribió: "Después de Las Sagradas Escrituras, exhorto a los estudiantes a que lean los comentarios de Calvino, porque considero que es incomparable en la interpretación de Las Escrituras, y sus comentarios deben tenerse en más alta estima que los escritos de los Padres de la antigüedad".

Años más tarde, agregó: *"Yo le doy a él la preeminencia, sobre casi todos los demás, realmente, sobre todos, aunque se deben leer con cautela"*.

La capacidad de Calvino como teólogo, escritor y exegeta, ha sido expresada muy bien por un escritor del siglo XIX: "En su manera de reaccionar, rara vez ha sido igualado; como teólogo escaló alturas que solo Agustín sobrepasó; en su habilidad como expositor de Las Escrituras, y en su estilo terso y elegante, poseyó cualidades, las cuales Agustín nunca conoció".

La controversia calvinista-arminiana

Tanto Lutero como Calvino creían en la doctrina de la predestinación, la teología del segundo se caracterizó por un mayor énfasis en esta doctrina. Aunque no fue sino hasta después de la muerte del gran reformador francés que la predestinación se convirtió en la doctrina distintiva del calvinismo, o de la Iglesia Reformada, como llegaron a llamarse las iglesias calvinistas.

Calvino y la predestinación

Calvino creía en la "doble predestinación", es decir, que algunos han sido predestinados para ser salvos y otros para ser condenados. Dice Calvino en sus *Instituciones*: "Todos han sido creados para uno de estos dos fines: el cielo o el infierno". Afirmaba que la predestinación era necesaria si la salvación es por la gracia de Dios. Si la salvación es por gracia, el hombre no tiene nada que hacer para ser salvo.

La posición que Calvino sostenía de la predestinación era supralapsarianista, es decir, que el hombre había sido predestinado antes de la creación. En sus *Instituciones* Calvino muestra claramente su supralapsarianismo. Dice que aun la caída de Adán fue determinada por Dios, y aún antes de la misma, Dios predestinó a todos los hombres, inclusive Adán mismo, ya sea para vida eterna o para condenación eterna.

Los cinco puntos cardinales del calvinismo

La doctrina fundamental del calvinismo –la predestinación– estaba basada en las cinco enseñanzas básicas de Calvino:

1. *La depravación total del hombre*. Calvino enseñó que, como consecuencia de su pecado original, la naturaleza del hombre estaba totalmente corrupta.
2. *La soberanía ilimitada de Dios*. Esta era la enseñanza de que en su soberanía Dios tiene el poder para hacer lo que a Él le place, inclusive escoger a los que han de ser salvos y a los que han de ser condenados.
3. *La expiación limitada de Cristo*. Esto significa que el sacrificio redentor de Cristo se aplica solo a los escogidos. Según Calvino, esto muestra la misericordia de Dios, puesto que todos merecían ser condenados.
4. *La gracia irresistible de Dios*. La gracia de Dios cambia a la persona de tal manera, que no desea hacer otra cosa que obedecer el llamado de Dios y hacer su voluntad.
5. *La perseverancia de los santos*. También se la llama "eterna seguridad". Calvino enseñaba que "una vez en gracia, siempre en gracia". Es decir, que una vez que una persona era salva no podía perder su salvación.

La propagación del calvinismo

La influencia de las doctrinas se extendió por toda Europa como un incendio fuera de control. Calvino personalmente contribuyó a esto durante sus últimos años, no solo por su teología, sino también por sus esfuerzos en organizar el culto de adoración según la tradición "reformada". Así ocurrió en Suiza, Francia, los Países Bajos, Polonia, Alemania, Hungría, Escocia e Inglaterra. Una corriente constante de predicadores calvinistas, bien preparados y llevados de un cielo fervoroso, eran despachados constantemente a estos países.

A la vez, muchos fugitivos de estos países que venían a refugiarse en Ginebra huyendo de las crueles persecuciones de los católicos, eran adoctrinados en las doctrinas calvinistas. Cuando las persecuciones amainaban en sus respectivos países, los refugiados volvían y eran portadores de estas nuevas doctrinas. Y no solo los refugiados, sino que gran número de jóvenes teólogos, ansiosos de escuchar a Calvino, venían de todas partes de Ginebra para beber de las fuentes originales de la teología reformada. El sistema teológico calvinista proveyó una fuerte defensa en contra del catolicismo y, por lo tanto, fue el único que adquirió el carácter de universal.

Pero a pesar de su propagación impresionante, el calvinismo tuvo que enfrentarse a la oposición no solo del catolicismo romano, sino también de otras posiciones dentro de las filas del protestantismo. La oposición al calvinismo está encarnada en la persona de Jacobo Arminio. La controversia calvinista-arminiana es, sin duda, la más importante de la época inmediatamente después de la Reforma del siglo XVI.

Jacobo Arminio

Arminio nació en Oudewater, cerca de Utrech, los Países Bajos, en 1560, cuatro años antes de la muerte de Calvino. Después de recibir su educación primaria en Ultrech, a la edad de quince años se matriculó en la Universidad de Marburg, donde estudió por breve tiempo, e ingresó luego a la Universidad de Leiden. Más tarde las autoridades de Amsterdam lo enviaron a estudiar a Ginebra, donde estuvo bajo la influencia de Teodoro Beza, el admirador, amigo y sucesor de Calvino en Ginebra. Beza, que fue un excelente predicador, teólogo, erudito y reformador, se convirtió en el propagador por excelencia de las doctrinas de Calvino, y puso tanto énfasis en la doctrina de la predestinación que algunos han dicho que era "más calvinista que Calvino".

Arminio no duró mucho en Ginebra. Su desacuerdo con Beza y con el colega de este, Francisco Gomarro, acerca del concepto del libre albedrío, lo llevó a una seria confrontación que lo forzó a abandonar Ginebra. Ingresó en la Universidad de Basilea donde estudió por un año. Su actuación fue tan brillante que se le ofreció el título de doctor en divinidades, el cual rechazó diciendo que era demasiado joven para ser doctor.

Volvió a Ginebra, sin embargo, donde estudió por otros tres años, durante los cuales continuó su controversia con Beza. Después de graduarse en Ginebra, viajó extensamente por Italia, y a su regreso fue ordenado e inicio su ministerio público; pastoreó la iglesia de Utrecht, ciudad cuyas autoridades habían costeado sus estudios. En 1603 comenzó a enseñar en la Universidad de Leiden, donde recibió el título de doctor en divinidades y donde pasaría el resto de su vida como profesor de teología.

Arminio murió en 1609, a la edad de 49 años. Su muerte prematura no le permitió escribir una teología sistemática. Lo único que dejó en teología fue un número de debates privados. Dejó también una cantidad de artículos, los cuales fueron tomados de sus conferencias a sus estudiantes y, por lo tanto, no estaban preparados para publicación.

Arminio y la predestinación

Contrario a lo que generalmente se cree, Arminio no estaba en contra de la doctrina de la predestinación, sino más bien del concepto de la predestinación *incondicional* que Calvino, Beza y Gomarro enseñaban. Arminio creía en una predestinación *condicional*. Enseñaba que hubo cuatro decretos divinos en relación con la salvación y la condenación del hombre:

Primero, que Dios decretó designar a su Hijo Jesucristo como Mediador, Redentor, Salvador, Sacerdote y Rey, para que destruyera el pecado con su propia muerte, y para que por su obediencia obtuviera la salvación del hombre que había sido perdida.

Segundo, que Dios decretó recibir en su gracia a los que se arrepienten y creen y, por medio de Cristo, salvar a los que después de creer perseveren hasta el fin; pero abandonar en el pecado y la condenación a todos los impenitentes e incrédulos.

Tercero, que Dios decretó administrar en una forma suficiente y eficaz los medios que eran necesarios para el arrepentimiento y la fe conforme a su sabiduría, misericordia y justicia.

Cuarto, que Dios decretó salvar a ciertas personas y condenar a otras. Este decreto está basado en la omnisciencia de Dios, por medio de la cual Él supo desde la eternidad quiénes por medio de su gracia preventiva creerían, y por su gracia subsiguiente perseverarían. Y de la misma manera, por la misma omnisciencia, supo quiénes no creerían ni perseverarían.

La protesta arminiana

Cuando la república holandesa declaró su independencia en 1609, el calvinismo fue adoptado como la religión del estado. Pero muchos de los ministros de Holanda no estaban dispuestos a aceptar la versión calvinista de la predestinación. En la controversia que resultó, el joven teólogo Arminio de Leiden jugó un papel muy importante.

En sus esfuerzos por modificar el calvinismo de manera que no se hiciera a Dios el autor del pecado ni al hombre un autómata en las manos de Dios, Arminio encontró fuerte oposición de parte de ultracalvinistas. Arminio era cauteloso en no expresar claramente su posición anticalvinista. Pero a medida que la controversia cobró vigor, fue acusado más por lo que rehusaba decir, que por lo que realmente decía.

Arminio sugirió que el gobierno convocara un sínodo nacional para aclarar esta controversia, y expresó su disposición a declarar abiertamente su punto de vista en dicho sínodo. En medio del calor de la controversia se enfermó gravemente y murió en 1609, ocho años antes de que el sínodo se celebrara.

Al año siguiente de la muerte de Arminio, sus seguidores intentaron expresar la doctrina de Arminio en un documento que contenía cinco puntos de las enseñanzas calvinistas:

1. Antes de la fundación del mundo Dios determinó salvar por medio de Cristo a aquellos que creyeran en Cristo y perseveraran en la fe hasta el fin; y dejar a los incrédulos en la condenación.
2. Cristo murió por todos y la redención es para todos, pero solo aquellos que creen serán salvos.
3. El hombre está en un estado de apostasía y pecado, y no posee gracia salvadora en sí mismo; por lo tanto, debe volver a nacer de nuevo para que pueda entender correctamente, pensar, desear y hacer lo que es verdaderamente bueno.
4. Sin la gracia de Dios el hombre no puede hacer nada para salvarse, pero esa gracia no es irresistible.
5. Aquellos que han recibido a Cristo reciben la suficiente gracia para obtener la victoria sobre todo pecado, y todos los que están dispuestos y listos para aceptar la ayuda de Cristo serán guardados por Él para que no caigan en las manos de Satanás.

Los oponentes presentaron una respuesta a ese documento que también consiste en cinco puntos, reafirmando la posición calvinista:

1. La elección se determina solo por la soberana voluntad de Dios, (2) Cristo murió solo por los electos, (3) toda la naturaleza del hombre fue afectada por la caída de Adán y, por lo tanto, no tiene mérito alguno para merecer la salvación, (4) todos los electos serán salvos; la gracia de Dios es irresistible, y (5) los electos de Dios están eternamente seguros.

El sínodo que Arminio había pedido que se convocara no se reunió sino hasta 1618, en Dort. En el mismo, el arminianismo fue condenado y los arminianos fueron depuestos, excluidos de la comunión, y algunos de ellos exiliados en el extranjero. Después de una serie de persecuciones, fueron al fin reconocidos oficialmente en 1795.

Arminio es considerado como uno de los hombres más eruditos de su época. Alguien se refirió a él como “un modelo de teólogo e investigador concienzudo”. Sus enseñanzas fueron más tarde recibidas, propagadas y establecidas por Juan Wesley, el fundador del metodismo, y por Juan Fletcher.

Capítulo 8

La rebelión anabaptista

Los anabaptistas fueron el grupo radical de la Reforma. El movimiento comenzó en Suiza bajo la dirección de Conrad Grebel y Félix Manz, y continuó por muchos años expresándose en una variedad de manifestaciones hasta el advenimiento de Meno Simons a principios del siglo XVI. Después de la muerte de Simons, los anabaptistas se conocieron como los “menonitas”.

Origen del movimiento

El verdadero origen del movimiento anabaptista es difícil de trazar, debido al hecho de que no surgió, como en el caso del luteranismo y el calvinismo, como resultado del trabajo de un destacado líder, en un país particular. El anabaptismo fue el producto de una manifestación casi simultánea, en diferentes países de Europa, bajo la dirección de figuras poco conocidas.

Más y más, sin embargo, los historiadores están reconociendo que el movimiento comenzó con las doctrinas enseñadas por Manz y Grebel y sus seguidores en Zurich, en contra de las enseñanzas de Zwinglio.

En Suiza, además de Grebel y Manz, muchos otros predicadores se rebelaron contra las doctrinas de Zwinglio. En Alemania los anabaptistas se opusieron al luteranismo. Por otro lado, en Moravia y Austria, otro grupo diferente ejerció mucha influencia contra el protestantismo allí establecido. Y en los Países Bajos también existía un gran número de representantes del movimiento.

El anabaptismo se extendió sobre todos los países y territorios donde la influencia alemana era poderosa, y llegó aún hasta Inglaterra, Italia, Francia, Suiza y Dinamarca.

Las doctrinas anabaptistas

Además de la enorme diversidad geográfica que hace poco menos imposible trazar el origen exacto del movimiento, existe el problema de la peculiaridad de los diversos movimientos que se agrupan bajo este nombre. Cuando se comparan todos esos movimientos en los diferentes países de Europa, se descubre que no había dos grupos que creyeran y predicaran exactamente las mismas doctrinas.

Las diferencias doctrinales son tantas que, a veces, es difícil decidir si un grupo debe correctamente incluirse entre los anabaptistas o no. Sin embargo, hay ciertas creencias y convicciones que todos estos movimientos tenían como común denominador. Entre ellas tenemos las siguientes:

La separación de la Iglesia y el estado. Desde el principio los anabaptistas enseñaron que la unión de la iglesia y el estado era anticristiana.

El bautismo como señal de la regeneración. Sostenía que la Iglesia estaba formada por los regenerados, y que la señal de esa regeneración se encontraba en el rito del bautismo.

El rechazo del bautismo de los niños. Enseñaban que puesto que el bautismo seguía a la conversión y era una señal de la misma, el bautismo infantil, como lo practicaban los sacerdotes

católicos y los ministros luteranos y zwinglianos, no era válido. Puesto que los anabaptistas rebautizaban a los que se unían al movimiento, sus oponentes les dieron el nombre de anabaptistas: rebautizadores.

La libertad de conciencia. Rechazaban la idea de que el estado tenía derecho a controlar la fe del pueblo y a castigar a la gente por sus creencias religiosas.

Rechazaban la violencia y el pagar impuestos. Estaban opuestos a toda clase de violencia, y enseñaban que el servicio militar era anticristiano, y que el pagar impuestos al estado que estaba en guerra, era pecado. En algunos casos rechazaban al estado por completo, y algunos grupos practicaban la comunidad de los bienes.

El extremo literalismo bíblico que practicaban hizo que algunos grupos terminaran enseñando doctrinas extrañas. Algunos enseñaban que el milenio era inminente; otros iban al extremo de decir que el milenio debía introducirse con la espada. Algunos parecían haber descendido directamente de los místicos de la Edad Media. Otros creían en visiones, revelaciones directas de la verdad o iluminación especial de Dios quien, según ellos, les interpretaba Las Escrituras. Muchos vivían vidas sencillas, sin ostentación alguna, procurando poner en práctica los preceptos de Cristo en la vida diaria.

Causas del movimiento

Las causas que inspiraron el movimiento fueron muy semejantes a las que inspiraron la rebelión de los campesinos alemanes. La clase baja, tanto en los pueblos como en las áreas rurales, era directamente afectada por los muchos cambios sociales y económicos a los cuales estaba sujeta.

La vida entre los de la clase pobre era muy difícil durante los siglos XV y XVI. El hambre, el frío, la desnudez, la malnutrición y el trabajo excesivo eran generalmente la suerte de los iletrados. Esta gente sencilla, que apenas sabía leer y escribir, estaba propensa a prestar atención a la propaganda religiosa y a la crítica de la Iglesia tradicional y, por consiguiente, el radicalismo religioso a menudo florecía entre sus miembros.

Tanto las enseñanzas doctrinales de Lutero como las de Zwinglio, las cuales apelaban a los pobres, terminaron desilusionando a este grupo, pues los anabaptistas esperaban cambios drásticos e inmediatos como consecuencia de las enseñanzas de aquellos dos líderes. Especialmente en relación con la doctrina de Lutero del sacerdocio universal de todos los creyentes, a la cual los anabaptistas daban una aplicación no solo espiritual, sino también social y económica.

También atraían a los anabaptistas el énfasis de Lutero y los demás reformadores en la autoridad de Las Escrituras. Sostenían que La Biblia era la única guía en las relaciones humanas, yendo al punto de rechazar todas las enseñanzas religiosas existentes que ellos creyeran estaban en contra de las enseñanzas bíblicas. La característica de la mayoría de estos grupos era una religión bíblica, sencilla y literal.

Muchos de los primeros líderes del movimiento fueron hombres educados y refinados. Tanto Manz como Grebel eran humanistas, y la mayoría de sus seguidores venían de las mejores familias de Zurich. Pero a medida que las persecuciones eliminaron a muchos de sus líderes, los diferentes grupos cayeron en las manos de otros con poca educación, y a causa de ello comenzaron a caracterizarse por doctrinas y prácticas extremas fanáticas.

La mayor parte de los anabaptistas eran personas sin educación, aunque estudiaban La Biblia con sinceridad. Por regla general este era el único libro que conocían. Su aversión a la educación secular, al gobierno y las industrias hacía imposible que fueran otra cosa que campesinos, una forma de vida que les permitía establecer una sociedad compuesta de hombres y mujeres que amaban esa forma sencilla de vivir.

Los primeros anabaptistas

Sin duda que sería difícil encontrar en la historia de la Iglesia un acontecimiento más triste que el caso de los anabaptistas. Parecía como que los anabaptistas estaban en contra de todos, y todos en contra de ellos.

Puesto que rechazaban las enseñanzas tanto de Lutero como de Zwinglio, y también del catolicismo, fueron víctimas de crueles persecuciones de parte de ellos. Pero su rechazo de la unión entre la Iglesia y el estado, y del estado mismo, hizo que las autoridades seculares los consideraran como insurrectos. Según el concepto prevaleciente en aquellos tiempos, la separación entre la Iglesia y el estado era imposible.

Al afirmar esta doctrina, los anabaptistas escogieron el sangriento camino de los mártires, y su martirio constituye un monumento impresionante de la Reforma. Se sacrificaron por un principio que era inaceptable para la sociedad y la Iglesia de su tiempo.

Como se oponían al catolicismo, al luteranismo y al zwinglianismo, la iglesia los consideraba *herejes*, y como rechazaban al estado, este los trataba como *rebeldes*. En consecuencia, fueron vistos como enemigos por los príncipes, por los reformadores protestantes y por los líderes católicos, quienes los persiguieron sin piedad. Eran sometidos a horribles torturas y ejecutados con los métodos más crueles de la pena capital, tales como ahogados, pasados a espada, mutilados, enterrados vivos, quemados vivos, decapitados. No hay duda de que los anabaptistas escribieron el capítulo más heroico de la reforma.

Suiza

Al principio las enseñanzas de Zwinglio resultaron aceptables a todos en Zurich, especialmente su énfasis en que La Biblia era la única regla de fe y conducta. Pero las dificultades comenzaron a surgir cuando algunos insistieron en una aplicación total de las enseñanzas bíblicas, a lo cual Zwinglio se opuso. El grupo estaba dirigido por Conrad Grebel y Félix Manz, a los cuales en 1522 se unió otro grupo de Basilea. Resultó un conjunto muy fuerte, pues la mayoría eran personas bien educadas. Manz, por ejemplo, era un excelente erudito de la literatura hebrea.

Los recién unidos insistían en la completa separación de la Iglesia y el estado. Afirmaban que la Iglesia debía ser pura como lo había sido en los tiempos de los apóstoles, y que los individuos de vida cristiana dudosa debían ser expulsados. Zwinglio creía que tal posición no era práctica, y la rechazó.

En octubre de 1523 se llevó a cabo un debate. El argumento de los anabaptistas era que las condiciones que habían prevalecido en los tiempos de los apóstoles debían restablecerse. Zwinglio trató de refutar sus argumentos diciendo que la forma de vestir de aquellos días y la práctica de lavar los pies no tenían nada que ver con la religión. Pero Manz y Grebel se mantuvieron en su obstinada posición. Continuaron celebrando reuniones en las cuales explicaban Las Escrituras, y al fin se separaron completamente de Zwinglio y de sus seguidores en todas las cuestiones sociales.

El movimiento creció rápidamente. En 1524 sus líderes comenzaron a discutir la validez de los cuadros, las imágenes, la eucaristía, así como de la práctica de pagar los diezmos a la Iglesia y del bautismo infantil.

Finalmente el grupo llegó a creer que el bautismo era una señal de la regeneración, y que el bautismo de los niños era una estratagema del diablo. En enero de 1525 se llevó a cabo otro debate, el cual dio por resultado que se publicara un decreto ordenando que todos los niños que no habían sido bautizados, lo fueran, bajo pena de expulsar a los padres. Se prohibieron las reuniones, y un número de revoltosos fueron expulsados de Zurich.

Las medidas para suprimir el movimiento provocaron solo una resistencia mayor, dirigida por Grebel. Este procedió a bautizar a uno de los líderes del movimiento, el cual a su vez bautizó a otras quince personas.

Adoptaron el concepto de la Santa Cena como un memorial. Al poco tiempo rechazaron la doctrina de la predestinación y aceptaron la del libre albedrío, y comenzaron a insistir en la necesidad de vidas morales y conducta cristiana.

El rechazo que hacían de la unión entre la Iglesia y el estado fue interpretado por Zwinglio como traición. Zwinglio escribió también algunos tratados sobre el bautismo, tales como *Refutación de los trucos de los bautistas,* y sobre *El bautismo, el rebautismo, y el bautismo de los niños*.

Tanto se alarmaron los oficiales de Zurich por la influencia de los anabaptistas, que en marzo de 1526 impusieron la pena capital por profesar creencias anabaptistas, y en enero de 1527 el mismo Manz fue ahogado; se convirtió así en el primer mártir anabaptista.

Después de la muerte de Grebel los anabaptistas se dispersaron, y comenzó así una de las más largas y crueles persecuciones en la historia del cristianismo.

Baltazar Hubmaier surgió como el líder principal de esta gente perseguida. Hubmaier había sido educado en la Universidad de Inglostadt bajo la tutela de Juan Eck. Se convirtió en humanista y pronto abandonó la fe católica tradicional para aceptar las doctrinas de Lutero y de Zwinglio. En 1524 escribió un tratado titulado *Sobre los herejes y los que los queman*, el cual era una apelación noble contra de la ejecución de la gente por causa de su fe.

Después de un tiempo se convenció de que el bautismo de los niños era contrario a Las Escrituras, y en 1525, en el día de la resurrección, bautizó a más de trescientas personas. Impuso también un sencillo rito para celebrar la Santa Cena, y siguiendo una aplicación literal de Las Escrituras, instituyó el lavamiento de pies. Para entonces Hubmaier se había convertido en el verdadero líder de los anabaptistas.

Pero por causa de las hostilidades impuestas por el gobierno de Austria, huyó a Zurich. Allí fue arrestado, torturado, hallado culpable de herejía y expulsado del pueblo.

Alemania

En los días en que Lutero estaba escondido en el castillo de Wartburgo, algunos acontecimientos interesantes comenzaron a tener lugar en Wittenberg. El amigo y colega de Lutero, Andrés Karlstadt, había comenzado a poner en práctica las cosas enseñadas por el gran reformador alemán: celebró la Santa Cena sirviendo los dos elementos a los participantes.

Rechazó el concepto del sacrificio propiciatorio de la eucaristía. Quitó los altares, los cuadros y las imágenes de las iglesias. Empezó a predicar que los votos del celibato, ya fueran de los

sacerdotes, monjes o monjas, eran nulos. Sobre todo, comenzó a enseñar que todas las cosas relacionadas con las doctrinas y las prácticas de la Iglesia debían examinarse a la luz de Las Escrituras.

Fue durante este período que tres profetas anabaptistas llegaron a Wittenberg: Nicolás Storch, Tomás Munzer y un tal Stubner. Storch comenzó a profetizar el inminente juicio de Dios sobre el mundo: el fin del mundo llegaría dentro de cinco o seis años. Todos los malvados serían muertos, y solo los que profesaban la verdadera fe y habían sido rebautizados serían dejados.

Storch había sido grandemente influido por Tomás Munzer, quien a su vez admiraba a Storch, al cual consideraba inspirado por el Espíritu Santo.

Munzer creía que una voz interior especial enseñaba a la persona cómo interpretar Las Escrituras, y que todo lo que así se recibía por inspiración tenía más autoridad que lo que se enseñaban la Iglesia y los teólogos. Munzer enseñaba que las visiones y los sueños eran importantes. Estaba en contra de los sacerdotes, los altares, los cuadros, las imágenes y el uso del latín en los servicios de adoración. Él usaba el alemán en sus servicios.

Munzer también sostenía que había recibido el mandato de parte de Dios de establecer un nuevo reino en el cual, siguiendo el ejemplo de los días apostólicos, se establecería igualdad de clases sociales y la comunidad de bienes. Creía que si este nuevo reino no podía establecerse pacíficamente, debía serlo por la fuerza, diciendo que uno de los elegidos de Dios podía estrangular a mil enemigos, y dos podían matar a diez mil.

Munzer se había unido a Karlstadt en su movimiento reformista en Wittemberg, pero cuando Lutero llegó de Wartburgo, los silenció a ambos. Sin embargo, las enseñanzas de Munzer se hicieron muy populares e influyeron en la rebelión de los campesinos, de los cuales se convirtió en uno de sus líderes. Finalmente fue muerto en batalla en 1525 durante la abortada rebelión.

Hacia 1530 el anabaptismo había llegado a ser popular en muchas partes de Alemania. Fueron tiempos de disturbios religiosos. Lutero, lo mismo que Zwinglio, se oponían a los anabaptistas. Él creía que los predicadores itinerantes eran emisarios del diablo. Al principio estaban a favor de que se los expulsara en lugar de que se los ejecutara. Pero en 1531, alarmado por la creciente influencia de los anabaptistas, comenzó a sugerir medidas más severas. Melanchthon, que era más pacífico que Lutero, creía que la pena capital estaba justificada. Butzer, el eminente teólogo de Estrasburgo, también estaba opuesto a los anabaptistas, y sugirió al gobierno que procediera con fuerza contra los herejes.

Los reformadores, que querían que el estado adoptara las doctrinas de la Reforma, estaban siempre listos para aconsejar al estado a que actuara con mano de hierro contra los herejes. De manera que en 1527 los oficiales de Estrasburgo publicaron un edicto en contra de los anabaptistas. Al poco tiempo el fuego de la persecución empezó a arder.

Luego que la rebelión de los campesinos terminó en derrota, la gente pobre, en medio de su desesperación, soñaba con la venida de Cristo y el establecimiento de su Reino aquí en la Tierra, en el cual solo reinaría la justicia. Las dificultades económicas, la dislocación social y los tiempos difíciles en general hicieron su contribución a este respecto. Estas condiciones explican los móviles que condujeron al establecimiento del reino anabaptista en Munster, el episodio más interesante en la experiencia de los anabaptistas, el cual trataremos más adelante.

Moravia

Moravia se convirtió en refugio de los anabaptistas. Las autoridades los toleraban y aun aceptaban sus doctrinas. Hubmaier fue el primero en radicarse allí.

Algunas tendencias sectarias comenzaron a desarrollarse entre los anabaptistas de Moravia. Hans Hut, por ejemplo, enseñaba que los justos debieran usar la espada para exterminar a los malvados, y que debieran establecer el Reino de Dios por medio de la fuerza bruta. Hut no conocía muy bien La Biblia, pero había aprendido aquellos versículos que parecían apoyar sus creencias. Proclamaba que el día de los malvados había llegado a su fin, y que él había sido enviado por Dios para proclamar su derrota. Y hasta había fijado la fecha: 15 de mayo de 1527. Hut se mantuvo, hasta el día de su muerte en 1527, como el líder de extrema izquierda.

Por otro lado, Jacobo Widemann enseñaba la comunidad de bienes, lo cual, insistía, era una de las principales enseñanzas de Las Escrituras, así como el gobierno de la sociedad apostólica. Enseñaba también que ningún cristiano debía usar la fuerza o la violencia bajo ninguna circunstancia. El pagar impuestos era pecado, porque el gobierno gastaba ese dinero para comprar armas. Algunos de los seguidores de Weidemann acabaron juntándose con los de Hut.

Hubmaier no estaba de acuerdo con estos puntos de vista extremos. Las autoridades también se oponían a la posición radical de este grupo. Al mismo tiempo, el rey Fernando de Austria, bajo cuya jurisdicción estaba Moravia, ordenó la erradicación de los anabaptistas.

Las autoridades inmediatamente comenzaron a perseguir a los que negaban la verdadera presencia de Cristo en la eucaristía. Hubmaier y su esposa fueron llevados a Viena, y Hubmaier fue torturado, juzgado y quemado vivo el 10 de marzo de 1528. Tres días más tarde su esposa fue arrojada al río Danubio con una piedra atada a su cuello. Los demás anabaptistas huyeron.

Cuando un reino anabaptista se estableció en Munster bajo la dirección de Huter, el rey Fernando ordenó que se eliminara, y una cruel persecución comenzó en 1535. Aquella pobre gente, sencillos, ignorantes, austeros, justos, que solo procuraban vivir según los preceptos de Las Escrituras como ellos las entendían, fueron perseguidos como bestias salvajes y sacados de sus escondites en los bosques y en las montañas. Huter fue quemado vivo en 1536.

Melchior Hoffmann fue un predicador y un maestro anabaptista itinerante. No había cursado ninguna educación formal; había elaborado su propia teología. Al principio era luterano, pero luego adoptó las doctrinas anabaptistas. Se puso a pensar y a meditar por mucho tiempo sobre la segunda venida de Cristo y el juicio final, estudiando La Biblia en oración, buscando las respuestas a todas sus preguntas sobre estos asuntos. Al poco tiempo llegó a creer que él era un profeta de Dios.

Anduvo predicando por todas partes, inclusive en Suiza y en el norte de Alemania. Enseñaba que la segunda venida de Cristo era inminente, y lo anunciaba en la forma más espectacular. Rechazaba completamente toda clase de violencia, y rechazaba también el bautismo de los niños. Luego comenzó a predicar que Estrasburgo se convertiría en el centro del nuevo reino de Dios, en 1533. Finalmente fue encarcelado en Estrasburgo, torturado, y al fin murió en 1543.

Los anabaptistas radicales

El anabaptismo en los Países Bajos se concentró en Amsterdan, donde Juan Trypmaker, discípulo de Melchior Hoffmann, diseminó sus ideas. Hoffmann apareció en Amsterdan en 1531 con muchos de sus seguidores.

En un estado de éxtasis religioso, esta gente sencilla anhelaba un nuevo orden que corrigiera todos los males en medio de los cuales vivía, sino en este mundo por lo menos en el venidero. Hoffmann no quería ninguna clase de violencia, pero no podía restringir a sus seguidores más fervientes, especialmente después de su partida para Estrasburgo.

Munster

John Matthyszoon, un fanático sin conciencia alguna y de carácter moral dudoso, asumió la dirección del grupo. Este apóstol de la ira de Dios afirmaba que había recibido una revelación en la cual el Señor le había ordenado usar la espada. Los anabaptistas ya no serín llevados como corderos al matadero. La venida de Cristo se aproximaba y sus siervos debían preparar el camino para É. El lugar era Munster, en Westfalia.

Munster era la sede de un obispado. El obispo Bernardo Rothmann ya había criticado por algún tiempo muchos de los abusos en la Iglesia y llamando la atención a la futilidad de algunas prácticas como los peregrinajes, las indulgencias y la veneración a los santos. En 1531, después de una visita a Wittenberg, volvió determinado a introducir las doctrinas de Lutero. El concejo rehusó adoptar el luteranismo, pero el pueblo común, dirigido por Rothmann, persistía en abrazar las doctrinas luteranas. A Rothmann se le unió Bernardo Knipperdollinck, de tendencias anabaptistas.

Pronto el pueblo estaba dividido. La gente común quería una reforma completa, mientras que la aristocracia se oponía a la misma. El concejo no podía expulsar a Rothmann, por temor a la violencia. No obstante, el 1 de junio de 1532 se nombró un nuevo obispo, pero como el descontento del pueblo fue en aumento, finalmente el concejo cedió y permitió que se adoptaran las doctrinas luteranas. En seguida los luteranos ocuparon varios puestos importantes.

El emperador Carlos V ordenó al nuevo obispo que expulsara a Rothmann y eliminara aquel foco de herejía, pero ello solo resultó en mayor oposición. El obispo comenzó entonces a organizar un ejército. La clase alta de la población adoptó las doctrinas luteranas, mientras que la propaganda anabaptista ganó adherentes entre los de la clase baja.

Mientras tanto Rothmann había abandonado el luteranismo y se había convertido en un seguidor fanático de Zwinglio. Pero al poco tiempo abrazó las doctrinas anabaptistas. Para fines de 1532 Rothmann y otros clérigos que estaban con él rehusaron bautizar a los niños. Comenzaron a hablar de la necesidad de obedecer a Dios antes que a los hombres, y procuraron poner en práctica algunas de las ideas anabaptistas, como la de vender todo lo que tenían para darlo a los pobres.

Victoria de los anabaptistas

Fue por este tiempo que llegaron a Munster algunos emisarios de Juan Matthyszoon, entre ellos su agente personal Juan de Leiden, un sastre de veinticinco años de edad, a quien Matthyszoon había bautizado el año anterior, Juan de Leiden no era el mejor ejemplo de moralidad. Entre otras cosas, practicaba la poligamia. Era valiente, elocuente y buen mozo, y fácilmente ganaba la confianza de la gente, especialmente de las mujeres.

Juan de Leiden fue recibido en el hogar de Knipperdollinck y al poco tiempo se casó con su hija. El hogar de Knipperdollinck se convirtió en un centro de propaganda anabaptista. En enero de 1534 hicieron una demostración pública, pero las autoridades la sofocaron fácilmente. Algunos reaccionarios atacaron un convento y muchas de las monjas abandonaron sus votos.

Un día Juan de Leiden y Knipperdollinck salieron corriendo a la calle mirando hacia el cielo, y con una expresión de locura comenzaron a gritar:

–¡Penitencia, penitencia! ¡Ay, ay, ay! ¡Haced penitencia y convertíos para que no traigáis sobre vosotros la ira de vuestro Padre celestial!

Algunos comenzaron a tener visiones. Un hombre, un sencillo sastre, decía haber visto a Dios en su gloria en el cielo y a Cristo junto a Él con una bandera en su mano derecha. La hija de Knipperdollinck comenzó a profetizar y a predicar a las multitudes. Muchos de los habitantes abandonaron el pueblo, convencidos de que era peligroso permanecer allí. Finalmente, la victoria final vino el 25 de febrero, cuando los anabaptistas tomaron control del concejo y comenzó el reino de los santos.

Poco tiempo antes de que el concejo cayera en las manos de los anabaptistas, Mathyszoon había llegado a Munster con una hermosa mujer llamada Divara, una ex monja. En seguida Matthyszoon tomó control de la situación y su jefatura condujo a la violencia. El 27 de febrero aquellos que rehusaron ser rebautizados, ya fueran hombres, mujeres o niños, fueron expulsados del pueblo. Mientras tanto, las tropas del obispo y sus aliados comenzaron a agruparse alrededor de las murallas de la ciudad.

Era necesario fortalecer la defensa, de modo que Matthyszoon envió emisarios a otras ciudades solicitando ayuda de los que querían venir a defender “la Nueva Sión”. Como tres mil hombres, mujeres y niños, mayormente desarmados, vinieron de varias ciudades, trayendo consigo una pequeña parte de sus posesiones y el dinero que habían adquirido de la venta de sus propiedades. Fueron apresados por las autoridades y, afortunadamente para ellos, solo los jefes fueron ejecutados.

El 5 de abril de 1534 Matthyszoon anunció que Dios lo había escogido como profeta suyo para que fuera otro Gedeón, y que con veinte hombres derrotaría a las tropas del obispo que habían puesto sitio a la ciudad. Cuando intentó hacerlo en el día de la Resurrección, tanto él como sus veinte compañeros fueron muertos por las tropas del obispo.

La Nueva Jerusalén

Después de la muerte de Matthyszoon, Juan Leider se casó con Divara, la viuda de su amigo, y asumió la dirección del grupo. No hay duda de que este hombre era un farsante religioso, ignorante, sin conciencia, pero a la vez capaz y violento. No podemos saber con seguridad si realmente creía en su misión divina. De todas maneras, lo que sucedió a continuación constituye uno de los capítulos más extraordinarios y a la vez más tristes de la historia de la Reforma.

El pueblo fue reorganizado siguiendo más o menos el modelo del Antiguo Testamento. Se nombraron doce ancianos. Todos los casamientos que se habían contraído se anularon. Siguiendo el ejemplo de los patriarcas, se introdujo la poligamia, y entre los líderes cada uno tomó varias esposas. Juan de Leiden terminó con dieciséis esposas, además de Divara. Toda oposición interna fue sofocada con sangre.

En mayo se rechazó un ataque de las fuerzas que sitiaban la ciudad, lo que dio al grupo mayor entusiasmo. A esto siguió otra reorganización del pueblo. Juan fue coronado rey de la Nueva Jerusalén, y comenzó a vivir como los reyes del Santo Imperio Romano. Divara fue nombrada reina, y las otras esposas fueron nombradas damas de reina. Todo esto iba acompañado de mucha

pompa y ceremonia, y todo para la exaltación de Dios, de quien Juan pretendía ser solo un humilde siervo.

En octubre el rey Juan de Munster envió veintisiete apóstoles para que proclamaran su mensaje al mundo entero. Los veintisiete dejaron sus ciento veinticuatro esposas en Munster.

Cuatro de estos profetas aparecieron en Amsterdan, repartiendo panfletos y exhortando a los fieles a que desenvainaran la espada contra los impíos. Decían que Dios vendría, pero no hasta que los impíos fueran exterminados. Afortunadamente, muchos de los anabaptistas no les hicieron caso, y la rebelión en masa que habían tratado de incitar no tuvo lugar.

En febrero de 1535 cuatro hombres y siete mujeres salieron corriendo desnudos por las calles de Amsterdan, gritando:

–Ay, ay del mundo y de los impíos.

Fueron capturados y ejecutados al instante. En otro pueblo, un hombre salió corriendo por las calles gritando:

–Matad, matad a todos los monjes y sacerdotes, destruid todos los gobiernos del mundo, especialmente nuestro gobierno.

Un grupo de fanáticos se apoderó de la entrada de la casa de gobierno en Amsterdan, pero al día siguiente fueron desbandados.

Caída de la Nueva Jerusalén

Mientras tanto, el hambre hacía estragos en Munster. Finalmente, algunos que ya no podían soportar la situación, traicionaron al rey Juan y abrieron las puertas de la ciudad para permitir que las tropas del obispo penetraran el 25 de junio de 1535. Rothmann murió en la pelea. Y después de cuatro días de carnicería se estableció una corte judicial.

Divara rehusó arrepentirse y fue decapitada juntamente con muchos otros. El rey Juan, Knipperdollinck y otro asociado de ellos, llamado Krechting, después de ser exhibidos en jaulas de hierro fueron torturados y ejecutados en la forma más cruel. Luego sus cuerpos fueron puestos de nuevo en las jaulas de hierro y fueron suspendidos de la torre de la iglesia de San Lambert. Sus restos permanecieron allí por trescientos cincuenta años, hasta que fueron bajados en 1881.

Los Menonitas

Los santos de Munster siempre fueron condenados por los anabaptistas por su violencia, y no se los debe considerar como anabaptistas típicos. Eran muchos más los anabaptistas que no creían en la violencia que los que si creían. El fracaso de Munster desacreditó a los anabaptistas radicales para siempre.

Poco tiempo después de la tragedia de Munster, Menno Simons comenzó a predicar entre los hermanos anabaptistas diseminados y perseguidos por todas partes. Simons era un sacerdote holandés que abandonó la fe católica para abrazar el anabaptismo, en 1536, el mismo año de la tragedia de Munster. Desempeñó su ministerio como un predicador itinerante.

Simons se oponía a las doctrinas de los anabaptistas radicales de Munster. Escribió importantes panfletos y tratados, tomó parte en muchos debates, y se distinguió por una vida piadosa y dedicada al ministerio.

Creía y practicaba el pacifismo. Introdujo en el movimiento anabaptista principios de disciplina muy rigurosos. Tan rigurosos eran, que incluían la separación entre esposo y esposa, entre padres e hijos, de aquellos que rehusaban vivir y practicar los nuevos principios anabaptistas fanáticos. Tan grande fue la influencia de Menno Simons en el movimiento, que más tarde los anabaptistas llegaron a conocerse como menonitas, un movimiento que ha subsistido hasta nuestros días.

Capítulo 9

La Reforma en Inglaterra

Reforma sin reformadores

Más o menos al mismo tiempo en que Alemania y muchos otros países europeos declaraban su independencia de la Iglesia Católica, Inglaterra, rechazando la autoridad papal, rompía con Roma, iniciando así el camino hacia la reforma en ese país.

Pero la Reforma en Inglaterra no fue el resultado de la obra directa de un líder religioso como Lutero, Zwinglio o Calvino, los que, llevados de profundas convicciones personales, levantaron su voz para protestar contra las supersticiones, el dogma y otros abusos eclesiásticos de su época.

La Reforma en Inglaterra fue determinada más bien por los intereses de la corona. Fue el resultado de los caprichos personales de Enrique VIII, los que lo llevaron a una confrontación de gran magnitud con Roma y el papa. Mientras que en Alemania, por ejemplo, la separación de Roma fue el resultado de la voluntad del pueblo, en Inglaterra fue la voluntad del rey. Mientras que en la mayoría de los países del norte de Europa el luteranismo, el zwinglianismo y el calvinismo se introdujeron gradualmente mediante la presión popular, en Inglaterra el país se separó de Roma por acción del Parlamento, el cual estableció la Iglesia Anglicana, que en doctrina y ritual –al principio por lo menos– no tenía nada que ver con el movimiento protestante.

Enrique VII

Enrique VII subió al poder en 1485, al final de la famosa “Guerra de las Rosas”, que por espacio de treinta años habían sostenido entre sí los miembros de la familia real por el control de la corona de Inglaterra.

Enrique VII fue el primero de la nueva dinastía Tudor que jugaría un papel decisivo en la Reforma de Inglaterra.

La influencia de la corona

Pronto Enrique VII, mostrando astucia y diplomacia, se afirmó en el poder. Por un lado, apoyó a la nueva clase próspera que a la sazón surgía en Inglaterra y, por el otro lado, buscó la alianza de potencias extranjeras, como la nueva España que surgió bajo el reinado de Fernando e Isabel la Católica. Poco a poco, a medida que Enrique VII se iba afirmando en el poder, fue ejerciendo más y más influencia, no solo en los asuntos políticos y civiles, sino también en los eclesiásticos.

Mientras que el rey ejercía vasta influencia en la designación de arzobispos, obispos y otros cargos eclesiásticos, al punto de que la jerarquía eclesiástica parecía ser un grupo de funcionarios de la corona, el sentimiento popular en contra del papa iba en aumento. A la vez, la crítica de muchas de las prácticas de la Iglesia era común, como así también las quejas por los abusos y la baja moral del clero.

La situación se iba haciendo cada vez más difícil para la Iglesia, que no podía oponerse en forma efectiva a una monarquía que estaba atrincherada en los afectos del pueblo y era apoyada por la

nueva clase rica del país. Como organización internacional, la Iglesia iba en sentido contrario al espíritu nacionalista del cual el rey era vocero.

Alianza anglo-española

Los acontecimientos políticos de fines del siglo XV y principios del siglo XVI jugaron un papel más importante de lo que pudiera imaginarse en la reforma religiosa. Por ejemplo, la unión de Castilla y Aragón –y a la sazón de toda España– mediante el casamiento de Fernando e Isabel en 1474, fue un factor muy importante de la constante rivalidad entre Inglaterra y Francia, y entre esta y los Países Bajos. La razón era que la unión de España bajo la hábil dirección de los "reyes católicos" había hecho de este país la principal potencia política del mundo, a fines del siglo XV. Tarde o temprano España haría una alianza política con algunos de los principales países europeos, inclinando así el peso del poder en contra de los otros.

La tradicional rivalidad entre Inglaterra y Francia hizo que fuera natural que la corona inglesa buscara la alianza de España. Por lo tanto, comenzaron las negociaciones para sellar una alianza militar y política entre Inglaterra y España mediante el casamiento de los miembros de las familias reales respectivas. Fue así como, después de cinco años de correspondencia, se acordó el casamiento entre Catalina de Aragón, hija de Fernando e Isabel, y Arturo, el hijo mayor de Enrique VII.

Enrique VIII

Enrique VII murió en 1509 y le sucedió en el trono su hijo Enrique VIII. Fue durante el reinado de este ilustre monarca que Inglaterra rompió definidamente con Roma para fundar una iglesia nacional, la iglesia Anglicana.

Los reformadores de Oxford

En general los ingleses parecían estar satisfechos con la fe tradicional en cuanto al dogma se refería. Solo algunas voces minoritarias se levantaban aquí y allá para criticar no solo las prácticas y los abusos de la Iglesia, sino también su dogma. Entre otras cosas, la influencia de las enseñanzas de Juan Wyclif todavía se hacía sentir, especialmente entre la clase baja.

Pero de mucha más importancia era un grupo de humanistas conocidos como los "reformadores de Oxford", los cuales criticaban las prácticas de la Iglesia y estaban ansiosos por renovar el espíritu de devoción, y por purificarla de muchos abusos. Entre ellos se encontraban Juan Colet y Sir Tomás More.

Como muchos de los humanistas más serios en Oxford, Colet estudiaba seriamente Las Escrituras, con la esperanza de poder curar a la Iglesia de muchos de sus males. Rehusaba estudiar Las Escrituras en la forma tradicional, y el resultado fue que La Biblia comenzó a tener un significado más fresco y significativo. En 1512 predicó un sermón frente al clero de la Provincia de Canterbury denunciando, en lenguaje muy fuerte, la condición deplorable del clero, que solo parecía estar interesado en las cosas del mundo. Colet apeló en su discurso a un clero dedicado a sus responsabilidades espirituales. El discurso produjo una profunda impresión en el clero.

Por otro lado, Sir Tomás More, lo mismo que Colet, creía que una reforma en la Iglesia era necesaria, y que la fe y las prácticas de los tiempos apostólicos debían restaurarse. No criticaba, sin embargo, al clero por su inmoralidad en lenguaje tan fuerte como lo hacía Colet. Pero en su clásica obra *Utopía*, critica los abusos del estado, de la sociedad y de la Iglesia de su tiempo.

Además de Colet y More, había otros proponentes de reformas moderadas que debían ser iniciadas por la jerarquía de la Iglesia misma, y no por fuerzas externas ni por medios violentos. Uno de ellos era el cardenal Wolsey, arzobispo de York.

Enrique VIII, el "Defensor de la fe"

No fueron, sin embargo, las herejías de Wyclif, Colet, More y Wolsey las que habrían de conducir al rompimiento entre Inglaterra y Roma. Fue más bien una variedad de condiciones políticas, sociales, económicas y eclesiásticas durante el reinado de Enrique VIII, las que se combinaron para crear una crisis de mayor magnitud para la Iglesia.

Enrique VIII era un fiel católico que apoyaba las doctrinas ortodoxas de la Iglesia. Prueba de ello, cuando Martín Lutero en 1520 escribió sus devastadores tratados, especialmente *La cautividad babilónica de la Iglesia*, el rey se sintió compelido a responder y escribió un tratado titulado *Defensa de los siete sacramentos*, por lo cual el papa, a quien se le presentó una lujosa copia, confirió a Enrique VIII el título de "Defensor de la fe".

Aunque los libros de Lutero penetraron el dominio inglés en el mismo año en que fueron escritos, a menudo eran quemados por orden de las autoridades. Y aunque otras ideas herejes se habían diseminado por muchas partes del país, por lo general fueron erradicadas por orden del rey.

De modo que las herejías no fueron factor importante en la ruptura entre la corona inglesa y el papa. Fue el deseo del rey de divorciarse de su esposa Catalina de Aragón, lo que condujo al clímax de la crisis.

Matrimonio con Catalina de Aragón

El hijo mayor de Enrique VII, Arturo, había muerto en 1502, seis meses después de su casamiento con Catalina de Aragón. Tan importante era la alianza de Inglaterra con España en los ojos del rey, que este creyó conveniente que su otro hijo, Enrique, se casara con Catalina, la viuda de su hermano. Según la ley canónica, estaba prohibido que un hombre se casara con su cuñada, pero el papa Julio II otorgó una dispensa para que Enrique procediera a casarse con Catalina, sobre la base de que el matrimonio de Arturo y Catalina nunca había sido consumado.

Enrique y Catalina se casaron en 1509, poco después de la muerte de Enrique VII. Del matrimonio nacieron varios hijos, aunque todos murieron en su infancia, con excepción de una niña, María.

A pesar de que Catalina había sido una esposa fiel, Enrique VIII se cansó de ella y comenzó a hacer planes para divorciarse. Hubo por lo menos tres factores que lo condujeron a esta decisión. El primero, Catalina era cinco años mayor que él, y quizá había envejecido prematuramente; segundo, la necesidad de un heredero varón para el trono era de primordial importancia para Enrique VIII, y Catalina no le había dado ninguno después de diecisiete años de matrimonio; tercero, el rey había sucumbido al candor de Ana Bolena, una joven dama de la corte de la reina. De manera que el rey decidió divorciarse de Catalina para casarse con Ana Bolena.

Confrontación con el papa

Pero el divorcio que Enrique VIII deseaba obtener de Catalina no vendría tan fácil como el rey creía. Había dos impedimentos mayores que el rey debía vencer. El primero era la ley canónica, porque según la Iglesia era un sacramento que nunca debía disolverse, aunque podía anularse si la unión no había sido válida. Pero este era un argumento que el monarca difícilmente podía

esgrimir después de diecisiete años de matrimonio con Catalina y haber tenido varios hijos de ella. Enrique VIII quiso sobreponerse a esta dificultad arguyendo que su conciencia lo molestaba, pues temía que el matrimonio con la viuda de su hermano difunto había sido en contra de la voluntad de Dios, quien había mostrado su descontento privándolo de la bendición de tener un heredero varón para el trono. Decía que la dispensa del papa había sido ilegal y que, por lo tanto, debía revocarse, a fin de que su matrimonio con Catalina se declarara nulo.

El segundo impedimento tenía que ver con la política internacional. En 1526, Clemente II se había unido a la liga de Cognac entre Francia, Florencia, Milán y Venecia, con la esperanza de expulsar a los españoles de Italia y poner fin al poder extraordinario de Carlos V. Pero en 1527, cuando Enrique VIII consideraba apelar al papa para que anulara su matrimonio, las tropas de Carlos V, quien siendo sobrino de Catalina estaba opuesto a la idea del divorcio, saquearon a Roma.

Clemente II, teniendo sus manos atadas por la oposición de Carlos V por un lado, y por la prohibición de la ley canónica por el otro, decidió designar una comisión compuesta de su representante personal, Campeggio, y el cardenal Wolsey, para que estudiaran la petición del rey y recomendaran al papa el adecuado curso de acción. Catalina, entretanto, apoyada por el sentimiento popular, renunció someterse a los dictados de la comisión y apeló al papa. Como resultado, Clemente II decidió trasladar el asunto a Roma, diciendo que allí se decidiría sobre el divorcio.

El parlamento nuevo

En el momento en que el papa anunció el traslado del caso a Roma, los ingleses, llevados por su espíritu nacionalista, se pronunciaron en contra del papa. Ningún otro factor contribuyó a alienar al papa de la nación inglesa como este, Enrique VIII nunca hubiera obtenido el divorcio por sus propios méritos, según aparecían frente al pueblo. Pero ahora el asunto del divorcio estaba estrechamente ligado a otro aún más importante: la jurisdicción papal en Inglaterra. Y en ese respecto, Enrique VIII tenía el apoyo del pueblo.

El Parlamento Nuevo, que se reunió en 1529, dio clara expresión a este sentimiento nacionalista. En su primera sesión dos cosas quedaron bien claras: (1) mostró una actitud antipapal y anticlerical, y (2) confirmó los deseos del rey, y al efecto, exaltó al extremo la autoridad real. La primera sesión del Parlamento atacó también ciertos abusos palpables en las relaciones ordinarias del clero con el pueblo. En consecuencia aprobó varias leyes controlando los cobros por entierros, las pluralidades y el absentismo. Por entonces Tomas Cromwell, se había ganado la confianza del rey.

Cromwell, inspirado en los principios políticos expresados por Maquiavelo en el *Príncipe*, veía en el poder y los privilegios de la Iglesia Católica Romana una serie de obstáculos para una monarquía absoluta. Cromwell consideraba que una reforma era necesaria. Por su parte el rey, en su confrontación con el papa, descubrió que podía contar con el apoyo patriótico del pueblo. Mientras tanto, Clemente II prohibió a cualquier tribunal decidir sobre el asunto del divorcio de Enrique VIII; declaró que solo la Santa Sede tenía autoridad para considerar el caso.

Segunda sesión

La segunda sesión del Parlamento se inició en enero de 1532, y enseguida reanudó el ataque contra el clero, que había comenzado en la primera sesión, regulando los beneficios del mismo.

El parlamento aprobó además dos actas: una restringiendo el derecho de tener posesiones, y la otra reduciendo la cantidad de dinero que debía pagarse como anatas.

Mientras tanto, Clemente II hizo una declaración al efecto de que si Enrique VIII no recibía otra vez a Catalina como su esposa legal, sería excomulgado. Puesto que ahora parecía claro que sería imposible obtener de parte de Roma la anulación de su matrimonio, el Parlamento aprobó una ley en abril de 1532 declarando el poder soberano del rey de Inglaterra en las siguientes palabras: "Este país de Inglaterra es un imperio, y así ha sido aceptado en el mundo, y el mismo está gobernado por una cabeza suprema y rey, el cual tiene la dignidad y el estado real de la corona imperial del mismo… y el cual ha sido investido por la bondad del Dios Todopoderoso con autoridad, preeminencia, poder, prerrogativa y jurisdicción plenaria, total y completa, para rendir y administrar justicia, total y completa, y decisiones finales a toda clase de gente".

Esta declaración no expresaba nada nuevo; solo volvía a afirmar un principio expresado en previos actos de legislación. Era diferente en el sentido de que constituía el repudio de la autoridad papal en Inglaterra. Era imposible ahora continuar las relaciones con Roma.

El acta de supremacía

Cuando el arzobispado de Canterbury quedó vacante en 1533, Enrique VIII designó para esa posición a Tomas Cranmer, un doctor de la Universidad de Cambridge. Cranmer se había declarado del lado de la causa de Enrique VIII, diciendo que el poder real era supremo en el país, aun en el asunto del divorcio. Tan pronto como fue nombrado arzobispo, designó una corte, citó a Catalina, y cuando esta se negó a comparecer la acusó de desacato a la corte y declaró su casamiento con Enrique VIII nulo desde el principio. La ruptura con Roma ahora era casi completa. Enseguida el papa declaró que la acción de Cranmer era ilegal.

Poco tiempo después, el *Acta de supremacía,* aprobada por el Parlamento en 1534, completó la ruptura con Roma, afirmando que el rey debía reconocerse como la cabeza suprema de la iglesia de Inglaterra: soberano, sus herederos y sucesores, reyes de este país, serán aceptados y considerados la sola cabeza suprema sobre la Tierra de la Iglesia de Inglaterra, llamada Anglicana Ecclesia".

El acta de sucesión

Mientras tanto Enrique VIII se había casado secretamente con Ana Bolena, y el Parlamento pasó un Acta de Sucesión, la cual declaraba que María no era hija legítima de Enrique VIII y, por lo tanto, no era la aspirante legítima al trono; al mismo tiempo declaraba a Isabel, la hija de Enrique VIII y Ana Bolena, como la sucesora legítima.

La infortunada Catalina no sobrevivió todos estos infortunios por mucho tiempo, pues murió en 1536, y Ana Bolena, acusada de infidelidad la sobrevivió solo seis meses. El hecho parece ser que Enrique VIII, cansado de ella porque no le había dado un heredero varón para el trono, se enamoró de Juana Seymour, una dama de la corte de Catalina. Enrique VIII mandó decapitar a Ana Bolena en mayo de 1536, y se casó con Juana Seymour. Enseguida el Parlamento declaró a Isabel hija ilegítima de Enrique, y por lo tanto sin derecho a heredar el trono.

La posición eclesiástica de Enrique VIII

Como bien se ha visto, Enrique VIII había conducido a Inglaterra fuera de la iglesia de sus padres por razones puramente políticas y personales. La ruptura con Roma era necesaria, a fin de establecer una base legal válida para la anulación de su casamiento con Catalina. En asuntos de

doctrina, Enrique VIII era un católico ortodoxo y fiel. No estaba dispuesto a tolerar cambio alguno en las doctrinas tradicionales de la Iglesia Católica. Sin embargo, una vez que hubo desconectado a Inglaterra de Roma, resultó difícil mantener la unidad en asuntos de fe.

Las doctrinas luteranas se estaban diseminando por todas partes. Especialmente en Cambridge existía mucho interés por las ideas de Lutero, y un grupo de simpatizantes del gran reformador alemán se había estado reuniendo desde 1520. Muchos de los líderes de la revuelta inglesa vinieron de Cambridge, entre ellos Guillermo Tyndale, Tomás Cranmer y Miles Coverdale. Tyndale, inspirado por el ejemplo de Lutero de traducir el Nuevo Testamento al alemán, lo tradujo al inglés. Fue introducido secretamente en Inglaterra, donde apareció por primera vez en 1527. Las autoridades confiscaron todos los ejemplares a que echaron mano, y los quemaron.

También las doctrinas de Zwinglio ganaron algunos seguidores. Juan Frith las mantuvo con firmeza y sufrió la muerte de un hereje: fue quemado vivo. En 1535 dos anabaptistas holandeses sufrieron la misma suerte.

De manera que Enrique VIII procuró destruir a los luteranos, los zwinglianos, los anabaptistas y a los católicos que rehusaban aceptar su autoridad en asuntos religiosos. Enrique VIII estaba dispuesto a permanecer ortodoxo, ya que su pueblo continuaba siendo ortodoxo.

Los diez artículos

En 1536 Enrique VIII hizo publicar *Los diez artículos*, con el fin de calmar a los espíritus turbados. Los mismos no admiten nada nuevo en asuntos de dogma, aunque afirman que algunas de las prácticas piadosas y recomendables que no eran necesarias debían mantenerse en una categoría separada de los grandes dogmas básicos.

Los seis artículos

Los seis artículos, publicados en 1539, son mucho más católicos. Los mismos afirman que la transubstanciación y la presencia real de Cristo en los elementos de la eucaristía son dogmas básicos de la iglesia, que los sacerdotes deben practicar el celibato, que la confesión auricular debe conservarse, y que los laicos deben recibir solo el pan en la celebración de la eucaristía.

La disposición real de no apartarse "ni una jota ni una tilde" del Antiguo Testamento se ve claramente en los salvajes castigos que se impusieron. Las cláusulas que tenían que ver con los castigos estipulados disponían que aquellos que negaran la verdadera presencia de Cristo en los elementos de la eucaristía, debían ser quemados vivos y dejar sus bienes a la corona.

Hasta la muerte de Enrique VIII en 1547, muchos hombres y mujeres murieron en la hoguera o languidecieron en una prisión.

Eduardo VI

Eduardo VI, el único hijo varón de Enrique VIII, le sucedió en el trono. Era hijo de la tercera esposa de Enrique VIII, Juana Seymour, tenía solo diez años de edad a la muerte de su padre y, además, era enfermizo. Pero Enrique VIII había dado los pasos necesarios para que el gobierno funcionara normalmente hasta que su hijo tuviera la edad necesaria para asumir directamente las responsabilidades gubernamentales, lo cual nunca llegó a hacer, ya que murió prematuramente de tuberculosis a la edad de 16 años.

Enrique VIII, antes de morir había designado un consejo de regencia compuesto de dieciséis nobles, en el cual los oponentes a las nuevas medidas en religión y los enemigos de la antigua fe

estaban representados en números casi iguales. El consejo nombró al duque de Somerset como protector del niño rey, y le dio poderes casi reales. Puesto que el duque de Somerset era de tendencias protestantes, usó los poderes que el consejo le concedió para implantar la Reforma en Inglaterra.

Por otro lado Tomas Cranmer, el arzobispo de Canterbury, que por entonces se había convertido en un celoso protestante, había ordenado que se destruyeran las imágenes y se quitaran los altares. El Parlamento revocó los *Seis artículos* de Enrique VIII, y en 1549 el primer Libro de oración común bajo el reinado de de Eduardo VI fue hecho mandatario por la primera Acta *de Uniformidad*. Este libro de oración, preparado bajo la dirección del arzobispo Cranmer, el cual tradujo el antiguo servicio del latín al inglés, proveyó por primera vez al pueblo inglés de una liturgia para el culto público en el idioma popular. También bajo el reinado de Eduardo VI se legalizó el casamiento de los sacerdotes, y muchos abandonaron sus votos de celibato.

Pero el duque de Somerset demostró ser incapaz de gobernar eficazmente, y no pudo aliviar el descontento del pueblo, el cual se levantó en rebelión. En 1549 el gobierno cayó en las manos del duque de Northumberland, un hombre ambicioso y sin principios morales y sin escrúpulos. El nuevo regente era un protestante celoso, pero por intereses políticos mas bien que por convicción. Pero de todas maneras decidió continuar con el programa de reforma iniciado por el duque de Somerset.

El deseo del duque de Northumberland de separar aún más de Roma a la iglesia de Inglaterra, recibió un gran ímpetu con la llegada de un gran número de teólogos protestantes del continente, adonde habían huido al exilio bajo las medidas drásticas de Enrique VIII. Estos exiliados volvieron trayendo con ellos ideas mayormente calvinistas y también zwinglianas. El resultado fue que se introdujo un concepto más radical de la Santa Cena y del gobierno eclesiástico, tal como se enseñaban y practicaban por Zwinglio y Calvino en el continente.

Bajo la regencia del duque de Northumberland, se publicó en 1522 una segunda edición, revisada, del *Libro de oración común*, el cual se hizo obligatorio. Esta segunda edición contenía una marcada influencia zwingliana. Al año siguiente se publicaron los *Cuarenta y dos artículos*, que constituyeron la declaración de fe de la Iglesia de Inglaterra.

Para el tiempo de la muerte de Eduardo VI, en 1553, una nueva iglesia había sido fundada en Inglaterra, la Iglesia Anglicana. Pero aunque era una iglesia protestante, estaba dominada por la corona y sujeta al poder político del gobierno.

María Tudor

A la muerte de Eduardo VI subió al trono María, la hija de Enrique VIII con Catalina de Aragón. Siendo católica fiel, María procedió a restaurar la fe tradicional de la Iglesia Católica Romana en Inglaterra. Al principio, sin embargo, procedió con cautela, tomó solo algunas medidas leves.

Pero en 1554 María se casó con Felipe II de España, archienemigo de la fe protestante. Consolidada así su posición, comenzó a tomar medidas severas para restaurar la fe católica y traer a Inglaterra otra vez bajo el dominio del papa y de Roma. Usó su influencia para hacer que el Parlamento declarara el casamiento de su madre, Catalina, con Enrique VIII válido, lo que le permitió ocupar el trono legítimamente. También hizo restaurar el culto de adoración a lo que había sido durante los últimos años del reinado de Enrique VIII. Su política de intolerancia hizo que muchos de los líderes protestantes huyeran al continente, donde muchos fueron recibidos cordialmente por Juan Calvino en Ginebra.

En 1554 María permitió que el cardenal Reinaldo Pole entrara al país como representante personal del papa, e inmediatamente se restableció la autoridad papal. La nación fue absuelta de herejía, y la legislación eclesiástica aprobada bajo Enrique VIII y Eduardo VI fue abrogada. Entre las medidas tomadas se impuso de nuevo el celibato, lo que obligó a los sacerdotes casados a que abandonaran a sus esposas.

Reinaldo Pole fue hecho arzobispo de Canterbury, y enseguida comenzó una persecución muy cruel en contra de los que se rehusaban someterse a las nuevas reglas de fe, lo que le valió a María el apodo de la "sanguinaria". En cosa de tres años, más de trescientos líderes protestantes fueron quemados vivos, entre ellos el reformador luterano Juan Rogers, el Arzobispo Cranmer, y los obispos Hugo Latimer, Nicolás Ridley y Juan Hooper.

La muerte natural de María Tudor en 1558 marcó el fin de uno de los períodos más oscuros de la historia de Inglaterra.

Isabel I

A la muerte de María Tudor, en 1558, subió al trono Isabel, la hija de Enrique con Ana Bolena. Isabel, quien era protestante por conveniencia política más bien que por convicción, apenas subió al trono comenzó a dar los pasos necesarios para traer al país otra vez la fe protestante.

Y obtuvo la ayuda de uno de los estadistas más capaces de Inglaterra. Guillermo Cecil. Bajo su tutela la nación comenzó lentamente a volver a la fe protestante que había abrazado bajo el reinado de Eduardo VI. Al poco tiempo, repudiando la autoridad papal, tal como lo había hecho su padre Enrique VIII, Isabel I asumió el título de "Gobernadora Suprema de la Iglesia de Inglaterra". Una de las primeras cosas que se hizo fue restaurar la forma de adoración que había prevalecido durante el reinado de Eduardo VI.

Mateo Parker reemplazó a Reinaldo Pole como arzobispo de Canterbury. Enseguida se estableció un nuevo episcopado anglicano. Al poco tiempo fueron publicados, en 1562, los famosos *Treinta y nueve artículos*, los cuales se convirtieron en la declaración de fe de la Iglesia Anglicana.

Isabel I gozó de un reinado largo y próspero, desde 1588 hasta 1603. Durante ese extenso período el protestantismo se estableció en Inglaterra en forma permanente. Sin embargo, lo extraordinario de la Reforma en Inglaterra fue que se estableció sin producir ningún avivamiento espiritual, ni tampoco ningún líder religioso sobresaliente. Los factores de la Reforma allí fueron políticos y sociales, más bien que espirituales.

El movimiento puritano

Si la posición de Isabel I al principio de su reinado fue difícil, sus dificultades aumentaron con las divisiones que aparecieron, al poco del comienzo de su gobierno, entre aquellos que estaban de acuerdo en la separación de Roma. Esas divisiones fueron en aumento a causa del interés que se había despertado en el pueblo por una vida religiosa efectiva, en contraste con la apatía que había prevalecido durante los reinados de Enrique VIII, Eduardo VI y María Tudor.

Isabel había procurado hacer su posición religiosa lo más fácil posible, a fin de que fuera aceptada por el pueblo. La mayoría de los sacerdotes en las parroquias habían mostrado conformidad a su política, e Isabel estaba satisfecha con dejar en paz al grupo minoritario que se le oponía, con tal de que guardaran el silencio.

Los teólogos del exilio

Desde el principio de su reinado la reina se había confrontado con un protestantismo más agresivo. Muchos no veían en la iglesia de Inglaterra una iglesia lo suficiente "reformada". Muchos de los exiliados durante el reinado de María Tudor habían huido al continente y se habían hallado bajo la influencia de Ginebra, Zurich o Frankfurt, y volvieron expresando su admiración por el protestantismo más agresivo que predominaba en el continente.

Desde el punto de vista religioso es fácil entender los deseos de estos líderes. Para ello La Biblia era la autoridad suprema, que estaba sobre toda la pretensión de la iglesia como intérprete o custodia de la tradición autoritativa. Estos hombres querían purgar del culto de adoración todo lo que creían que eran vestigios de las supersticiones de la Iglesia Católica Romana, y procuraban imponer en cada parroquia un ministerio de predicación espiritual y bíblico.

En particular, estos cristianos fervientes objetaban a cuatro prácticas tradicionales en la iglesia:

1. *La requerida vestimenta clerical*. Según ellos, esta práctica perpetuaba en la mente popular el pensamiento de que el ministerio era un estado espiritual con poderes peculiares y, por lo tanto, no estaba en armonía con la doctrina protestante del sacerdocio universal de todos los creyentes.
2. *El arrodillarse durante la Santa Cena*. Esto se interpretaba como un acto de adoración de los elementos y de reconocimiento de la presencia física de Cristo en los mismos.
3. *El uso del anillo en el matrimonio*. El anillo parecía perpetuar en la mente del pueblo el concepto del matrimonio como un sacramento.
4. *La señal de la cruz*. La misma se consideraba como una práctica supersticiosa.

Puesto que procuraban "purificar" a la iglesia de todos estos vestigios del catolicismo tradicional, ya para 1560 se conocían como "puritanos". En 1563 procuraron introducir su programa de reforma en el clero de la provincia de Canterbury –el cuerpo legislativo de la mayor parte de la iglesia en Inglaterra– y perdieron por un solo voto.

Los primeros puritanos

Muchos de estos puritanos ya habían empezado a poner en práctica, por su cuenta, principios sencillos en el servicio de adoración y en la manera de vestir para servir la Santa Cena. Encabezados por Lorenzo Humphrey, presidente del Colegio Magdalena, en Oxford –ambos exiliados durante el reinado de María Tudor–, se llevó a cabo una acalorada discusión concerniente al uso de las vestimentas requeridas para los ministros de la iglesia en Inglaterra.

La Universidad de Cambridge simpatizaba con los puritanos. Por otro lado, la política de la reina era opuesta a cualquier modificación. Por lo tanto, en 1566 el arzobispo Parker publicó una lista de ordenanzas por las cuales se requería de todos los ministros: (1) solicitar nuevas licencias de sus obispos, (2) evitar la predicación de sermones controversiales, (3) hacer arrodillar a los participantes de la Santa Cena, y (4) usar la vestimenta clerical que se especificaba en detalle.

Con estas nuevas ordenanzas muchos ministros que se negaron a obedecerlas perdieron sus puestos, inclusive Sampson, quien fue arrestado y echado a la cárcel.

Estos puritanos, que habían aprendido en los más importantes centros de la Reforma en el continente, que toda práctica en los servicios de adoración para la cual no podía aducirse apoyo bíblico era un insulto a la Deidad, comenzaron pronto a cuestionar otro asunto: si un sistema eclesiástico que disponía a los ministros que rehusaban usar las vestiduras requeridas y practicar

ceremonias que carecían de apoyo bíblico era la clase de gobierno que Dios quería para su Iglesia. Al mismo tiempo, algunos de estos puritanos que veían a través de los ojos de Ginebra, comenzaron a ver en el Nuevo Testamento un patrón definido de gobierno para la Iglesia, muy diferente del que existía en Inglaterra.

Migración al Nuevo Mundo

Los puritanos continuaron en vano su lucha durante el reinado de Isabel I y su sucesor, el rey Santiago, para que el Parlamento adoptara e impusiera por legislación su programa de reforma. Finalmente, abandonando toda esperanza de "purificar" la iglesia de Inglaterra, algunos comenzaron a soñar con venir al Nuevo Mundo a establecer la iglesia que ellos creían era representativa de la fe novotestamentaria, así como una sociedad en la que pudieran practicar su fe sin represiones del gobierno. Los primeros representantes de este grupo fueron los "Padres Peregrinos", quienes cruzaron el Atlántico en 1620 en el *Mayflower*, para establecer la colonia de Plymouth en América del Norte. Más tarde, a causa de las medidas rigurosas e impuestas por el arzobispo de Canterbury, Guillermo Laud, hubo durante el reinado de Carlos I una migración en masa de puritanos al Nuevo Mundo. Estos puritanos formaron la base de la cultura y la religión del pueblo estadounidense.

Capítulo 10

La Reforma en Escocia: Juan Knox

La Reforma en Escocia fue muy diferente de la Reforma en Inglaterra. Escocia tenía una organización social algo primitiva, en la cual los reyes no tenían mucho poder, más bien los nobles gobernaban al país. El Parlamento escocés era una asamblea de barones que ejercían una excesiva influencia en la vida pública. Debido a ello, y la ausencia de grandes riquezas sobre las cuales los reyes pudieran cobrar impuestos, la autoridad de la corona era muy elemental.

Aparte de tres o cuatro pueblos principales, el comercio y la industria, que tanto habían contribuido en otros países de Europa a la desaparición del feudalismo, habían ejercido muy poca influencia en Escocia.

En tales circunstancias, la iglesia, que poseía gran parte de la tierra, se convirtió en una elite de familias poderosas. Los nobles controlaban todas las posiciones eclesiásticas, como así también las políticas. Además, como en otros países de Europa, los clérigos en Escocia eran ignorantes e incompetentes. Sin embargo, las condiciones sociales estaban cambiando rápidamente. La industria iba en aumento, los pueblos eran más activos, y la nueva vida comercial creaba nuevas ideas.

María Estuardo

Las relaciones internacionales ejercieron una enorme influencia en la vida religiosa de Escocia. Por siglos los reyes ingleses habían tratado de apoderarse de la corona escocesa. Escocia, temiendo que tarde o temprano sería anexada por Inglaterra, había hecho una alianza militar con Francia. De manera que la vida política de Escocia estaba dominada por la vieja rivalidad entre Inglaterra y Francia. Tanto Inglaterra como Francia trataban de usar las familias influyentes de la nobleza para ganar ventaja en la política de Escocia.

Las tres familias principales eran la de Douglas, que favorecía a Inglaterra, la de Hamilton, que favorecía a Francia, y la de Guisa.

Durante el reinado de Enrique VIII en Inglaterra, Santiago V de Escocia se casó con María de Guisa o, como se le llamaba en Escocia, María de Lorena. María era la hija de una prominente familia católica de Francia. De modo que la casa real escocesa estaba ahora comprometida con el catolicismo. Mediante este matrimonio estaban relacionados la corona, el catolicismo, el resentimiento hacia Inglaterra y la alianza con Francia.

Santiago V, quien murió prematuramente después de una invasión de Inglaterra a Escocia, en la cual las tropas de Santiago fueron derrotadas, dejó una hija infante, María Estuardo, quien era la heredera del trono.

Su madre, María de Lorena fungió como reina regente hasta el día de su muerte, en 1560. En un esfuerzo por consolidar la alianza con Francia, el Parlamento aprobó el casamiento de la infante reina, María Estuardo, con Francisco, hijo de Enrique II, rey de Francia, y para proteger a la reina niña de las amenazas de las invasiones inglesas, la mandaron a Francia. Ambas mujeres –María Estuardo y María de Lorena– jugarían un papel muy importante en la lucha contra la naciente fe protestante en Escocia.

Primeros mártires protestantes

En medio de todas estas intrigas políticas, el descontento religioso había ido en aumento. No obstante, el movimiento protestante en Escocia avanzó lentamente debido a que muchos de sus primeros líderes fueron víctimas de la hoguera. Aunque algunos lolardos habían hecho sentir su influencia en Escocia, parece que para el tiempo de la Reforma habían desaparecido. Libros y panfletos luteranos circulaban por todo el país, y en 1525 el Parlamento prohibió que se siguieran importando. Poco después comenzó la represión.

Patricio Hamilton

Hamilton, un predicador luterano, fue el primer mártir protestante escocés. Hamilton nació en Glasgow en 1504 de una familia que pertenecía a la nobleza. En 1520 se graduó de la Universidad de París. Habiendo demostrado interés en las nuevas doctrinas protestantes, fue a Louvain, Alemania, donde se vio bajo la influencia de Melanchthon.

A su retorno a Escocia en 1522, se matriculó en la Universidad de San Andrés, donde más tarde fue profesor. Expresó públicamente su creencia en la justificación solo por la fe, y afirmó que el papa era el anticristo. Acusado de herejía, Hamilton viajó a Wittenberg, donde conoció a Lutero.

Allí pasó un tiempo en compañía del gran reformador alemán y también de Melanchthon. Luego fue a estudiar a Martburgo, donde conoció a Guillermo Tyndale.

Al volver a Escocia comenzó a predicar vehemente en San Andrés las doctrinas de la Reforma y, como consecuencia de ello, el cardenal Beaton lo hizo arrestar y lo trajo a juicio. Fue hallado culpable de herejía y condenado a morir quemado vivo en 1528, a la edad de veinticuatro años. Tan cruel fue su muerte que duró seis horas quemándose lentamente antes de morir.

Jorge Wishart

Wishart fue otro mártir escocés de importancia. Nació en Montrose en 1513. Wishart era de tendencias humanistas y desde joven comenzó a enseñar las doctrinas de la Reforma en Montrose, donde era rector de una escuela primaria. En 1538 fue acusado de herejía por enseñar el Nuevo Testamento griego. Huyó primero a Inglaterra y luego a Alemania y a Suiza. En 1543 fue a Cambridge, y más tarde a Escocia. Durante todos sus viajes continuaba predicando las doctrinas de la Reforma.

A su regreso de Suiza, en 1543, fue arrestado por orden del cardenal Beaton, enjuiciado, hallado culpable de herejía y quemado vivo en 1546.

Durante los últimos años de su vida lo acompañó en algunos de sus viajes de predicación a Juan Knox, el verdadero héroe de la Reforma en Escocia, el cual fue profundamente influido por la predicación de Wishart.

A pesar de la muerte de Hamilton en la hoguera, de Wishart y de otros, las doctrinas "herejes" avanzaban rápidamente en Escocia. Se componían baladas que circulaban por todas partes, usando la sátira para burlarse de los sacerdotes y de los monjes. Las Biblias en el idioma inglés circulaban en grandes cantidades. Durante el reinado de María Tudor en Inglaterra, muchos, tratando de escapar de la persecución, huyeron a Escocia. El cardenal Beaton, de San Andrés, siendo el objeto del odio de los protestantes por haber hecho quemar vivo a Wishart, fue sorprendido en su castillo junto al mar, y fue ahorcado.

Juan Knox

Knox nació en Haddington, cerca de Edinburgo, en 1513. Lo mismo que Lutero, era hijo de padres campesinos y, por lo tanto, exhibía muchas de las características de la clase baja.

Cursó sus estudios en la Universidad de Glasgow. Fue ordenado sacerdote en 1540, pero cinco años más tarde estuvo bajo la influencia de Wishart, y desde entonces fue un celoso predicador de las doctrinas reformadas.

Los que habían ahorcado al cardenal Beaton se habían refugiado en el castillo episcopal, a los cuales más tarde se unió Juan Knox. Los tumultuosos ocuparon el castillo por tres meses, pero finalmente el gobierno, con la ayuda de Francia, tomó posesión del castillo y los rebeldes –entre ellos Juan Knox– fueron enviados a Francia para ser castigados. Knox pasó diecinueve meses como esclavo.

Predicador profético

Tan pronto como fue puesto en libertad en 1549, Knox fue a Inglaterra durante el reinado de Eduardo VI, y por cinco años predicó con gran elocuencia las doctrinas de la Reforma. Cuando María Estuardo ascendió al trono en 1553, y la persecución de los protestantes empezó, Knox huyó a Frankfurt, Alemania, donde pastoreó un grupo de refugiados ingleses. De allí fue a Ginebra, donde pasó varios años con Calvino, y donde aprendió a fondo las doctrinas calvinistas y presbiterianas.

La predicación de Knox asumió un tono profético, y por espacio de diez años anduvo predicando en el exilio en Alemania, Suiza, Francia, y en viajes ocasionales a Inglaterra y Escocia.

En 1555 volvió a Escocia con el propósito de dirigir una revuelta protestante, pues la situación en Escocia estaba fermentando. Estuvo allí seis meses. Más y más el pueblo expresaba su descontento por la situación religiosa.

Muchas baladas piadosas circulaban entre el pueblo. Algunas expresaban completa fe en la crucifixión de Cristo; otras criticaban la práctica de la veneración a los santos; algunas más estaban dirigidas contra el clero católico, y hasta expresaban crítica contra el papa.

Sin embargo, Knox, reconociendo que el tiempo no era apropiado, luego de plantar la simiente de la revuelta con su predicación, se casó con Margarita Bowes y regresó a Ginebra, no sin antes dejar un grupo de seguidores que predicaran sus doctrinas. Permaneció en Ginebra hasta 1559.

María de Lorena

La oposición a María de Lorena había ido en aumento. María había asumido el título de reina regente en 1554, y pronto intensificó sus esfuerzos por imponer el catolicismo y fortificar la alianza con Francia. Al año siguiente de regresar a Ginebra, Knox escribió un folleto sobre la *Predestinación,* y otro titulado *Primer sonido de la trompeta en contra del monstruoso regimiento de mujeres*.

Mientras tanto, durante la ausencia de Knox de Escocia, la causa de la Reforma había ganado mucho terreno. Un grupo de nobles se reunió en Edinburgo en diciembre de 1557. Estos nobles, que apoyaban la Reforma protestante, juraron que estaban dispuestos a usar sus vidas y propiedades en el fin de establecer La Palabra de Dios en Escocia. Atacaron la idolatría de la iglesia Católica y denunciaron a la iglesia como la “Congregación de Satanás”, un lenguaje típico de Juan Knox. El temor de los nobles era que María Estuardo, bajo la influencia de su madre María de Lorena, subordinaría los intereses nacionales escoceses a la política de Francia.

De manera que el protestantismo y el nacionalismo escocés se aliaron para hacerle frente al catolicismo y a la alianza con Francia.

El retorno de Juan Knox

Knox volvió de Ginebra a Escocia en 1559, convertido en un poderoso profeta que proclamaba "La Palabra de Dios", sin temer ni a los nobles ni a la corona. Se reunió con un grupo de protestantes en Dundee, y predicó un poderoso sermón en el que denunció la "idolatría de la misa", y declaró abiertamente que las iglesias católicas y los monasterios debían cerrarse. Después del sermón la gente comenzó a romper imágenes en esa iglesia y en otras iglesias de la ciudad.

El sentimiento del pueblo en contra de las posesiones del clero era muy violento, puesto que las propiedades de la Iglesia eran inmensas. Algunos cálculos fijan esas propiedades como en la mitad de las tierras del país. No había lugar a dudas de que la Reforma había comenzado en Escocia. Los barones protestantes estaban abiertamente en contra de María de Lorena, quien tenía una decidida superioridad sobre ellos, pues había hecho traer un contingente bien adiestrado de soldados franceses. Mientras tanto, María Estuardo había ascendido al trono de Francia cuando Enrique II murió inesperadamente en 1559. Sus tíos, que eran católicos ortodoxos, insistieron en que la reina debía tomar medidas más serias para erradicar toda herejía.

Cuando un nuevo contingente de soldados franceses fue enviado a Escocia, los reformadores, reconociendo la superioridad de las tropas francesas, solicitaron ayuda de la reina protestante Isabel I, la cual acababa de suceder a María Tudor en el trono de Inglaterra.

En realidad, la Reforma en Escocia era una insurrección nacional contra la antigua alianza católica-francesa, poniendo en su lugar una política de amistad hacia la protestante Inglaterra. Isabel, por supuesto, no estaba dispuesta a ayudar a los escoceses, primero porque estaba en contra de las rebeliones, y segundo por el panfleto que Knox había escrito condenando el gobierno de las mujeres. Aunque el mismo había sido escrito en contra de María Lorena y María Tudor, Isabel resentía el tono violento del reformador escocés. No obstante, la reina de Inglaterra sabía muy bien que por razones de seguridad nacional las tropas francesas debían ser expulsadas de Escocia.

Triunfo del protestantismo

Isabel ya había enviado ayuda militar a los protestantes cuando María de Lorena murió en 1560. La situación cambio drásticamente, pues María Estuardo no podía controlar las cosas desde Francia, debido a los problemas que estaba confrontando allí. Por lo tanto, accedió a firmar un tratado en Edinburgo, el cual trataba solamente de asuntos militares sin mencionar siquiera el tema de la religión.

El tratado incluía una reunión en el Parlamento, la cual tuvo lugar al poco tiempo. Pero contrario a la práctica anterior, se permitió asistir al mismo tiempo no solo a los nobles, sino también a gente del pueblo y ministros del evangelio. Entre ellos había muchos que estaban profundamente interesados en los asuntos de religión. Este parlamento tan curiosamente compuesto, sería uno de los más importantes en la historia de Escocia, pues rompió con la antigua fe tradicional católica y adoptó la protestante.

El Parlamento pidió a los ministros presentes que redactaran una *Confesión*, Juan Knox encabezó este proyecto, y la declaración extremadamente calvinista que el grupo presentó fue aprobada por la mayoría de los miembros del Parlamento. Aparte de aprobar la *Confesión*, el Parlamento repudió la jurisdicción papal y abolió la misa.

El Parlamento dio otro paso importante cuando pidió al grupo de ministros que preparara un sistema de organización para la nueva iglesia. En 1561 fue presentado ante el Parlamento *El primer libro de disciplina*, basado mayormente en las ideas de Calvino. Según el nuevo arreglo, las iglesias fueron organizadas en presbiterios, los cuales se agrupaban en una asamblea general.

Consolidación del presbiterianismo

María, "la reina de los escoceses", volvió a Escocia en 1561 después de la muerte de su esposo, el rey de Francia. Como católica que era, intentó imponer el catolicismo otra vez, pero descubrió que ese era un empeño prácticamente imposible.

Al principio los protestantes estaban temerosos de que se desatara una persecución, pero ese temor no duro mucho. María, tras una serie de aventuras amorosas, homicidios y casamientos, perdió el respeto tanto de los protestantes como de los católicos, y fue forzada a ceder el trono a su hijo de un año de edad, el cual reinó con la ayuda de un regente. Esta fue una gran victoria para los protestantes, cuya causa quedó firmemente establecida por el Parlamento en 1568.

La vida de Juan Knox como el reformador de Escocia terminó con su muerte en 1572. Al tiempo de su muerte el sistema de gobierno eclesiástico presbiteriano estaba en camino de ser uno de los principales sistemas nacidos de la Reforma. En Escocia, como fue el caso en otros países, el catolicismo y el nacionalismo estaban opuestos el uno al otro, y el catolicismo fue derrotado por la voluntad nacional.

El caso de Escocia es otro ejemplo que demuestra cómo los intereses seculares resultan ser una fuerza más poderosa que las doctrinas religiosas.

Capítulo 11

La Reforma en España

Como ya se ha visto en los capítulos anteriores, la Reforma religiosa del siglo XVI se estableció en cosa de varias décadas en varios de los países del norte de Europa, como Alemania, Suiza, Inglaterra y Escocia, y en un grado menor en Francia. Aunque no llegó a establecerse en forma definida, la Reforma tuvo también un impacto importante en varios otros países europeos, como Polonia, Hungría, Italia, Rusia, Grecia, España y los Países Bajos.

Al principio el espíritu reformador en España parecía tener grandes probabilidades de éxito. Sin embargo, las condiciones económicas, sociales, políticas y religiosas de España en el siglo XVI previnieron que la Reforma protestante se estableciera de una manera definitiva.

Influencias reformistas

Tal como en Francia, la Reforma en España no se inició con el surgimiento de un líder destacado que estuviera dispuesto a desafiar a la iglesia establecida. Más bien, el protestantismo, procedente de los países del norte, especialmente de Alemania y Ginebra, se infiltró en España de manera clandestina. Al principio hubo tres corrientes que influyeron en el pensamiento reformador de los españoles.

El humanismo

El humanismo había ganado al principio muchos seguidores en España, y había comenzado a expresar su crítica característica respecto a muchos de los abusos de la Iglesia tradicional. Pero mucha de la fuerza de ese criticismo se debilitó en gran manera por causa del patriotismo y por el espíritu nacionalista de los españoles. También por el hecho de que bajo la dirección de la reina Isabel se había llevado a cabo una rigurosa reforma en relación con los abusos típicos de la Iglesia. Puesto que una rígida disciplina se había introducido en las organizaciones eclesiásticas, gran parte de la obvia corrupción que los humanistas atacaban, había desaparecido. Por esa razón la crítica de la Iglesia que provenía del humanismo español, se debilitó.

Lo mismo que en los demás países europeos, el humanismo en España antagonizaba con la religión popular tradicional. Su énfasis en las actividades seculares del hombre estaba diametralmente opuesto al espíritu místico de los religiosos españoles, que los conducía a despreciar las cosas de la vida. Además, los humanistas no estaban de acuerdo con el espíritu autoritario de la Iglesia.

De todos los humanistas, el que más influencia tuvo en España fue Erasmo. Al principio parecía que su influencia sería tan profunda como lo había sido en toda Europa. Su *Enquiridión* y sus *Coloquios* fueron traducidos y publicados en castellano, y gozaban de una respetable circulación. Muchos humanistas españoles aceptaron sus obras con entusiasmos.

Pero los españoles devotos y ortodoxos no estaban de acuerdo con estas obras de Erasmo, por la libertad con que discutían la religión estatal y el sarcasmo con que criticaban el descaro de muchos de los abusos en la vida popular religiosa de esos países.

Pronto se delinearon dos posiciones: una que estaba a favor de Erasmo y otra que se le oponía. La primera se mostró muy fuerte al principio, pero durante la cuarta década del siglo XVI la

Inquisición comenzó a erradicar las opiniones erasmistas, y no pudiendo ganar más terreno, desaparecieron de España durante el curso del siglo.

El luteranismo

Siguiendo los pasos de las ideas de Erasmo, vino el luteralismo. Sus cáusticos tratados en contra del papado fueron traducidos al castellano e infiltrados clandestinamente en la península, especialmente por comerciantes que hacían negocios en el extranjero. El comentario de Lutero sobre *La Epístola a los Gálatas*, que trata sobre el asunto de si la salvación es por la fe o por obras, también fue traducido al castellano. A veces las ideas de Lutero se publicaban en libros con títulos falsos, o en las notas al pie en libros que de otra manera eran perfectamente ortodoxos.

El calvinismo

La influencia de Calvino y sus doctrinas, que se habían extendido por la mayoría de los países de Europa, hizo también su incursión en España.

Una de las primeras traducciones de las *Instituciones* de Calvino fue al castellano y enseguida se hizo muy popular. En general Calvino tuvo un impacto más permanente que Lutero en el pensamiento protestante español. En consecuencia, los líderes protestantes españoles eran más calvinistas que luteranos.

Espíritus reformadores

Aunque, como ya se ha dicho, no hubo en España un líder de la talla de Lutero, Calvino, o Zwinglio hubo, sin embargo, lumbreras que brillaron con toda intensidad en el firmamento reformador. Por lo menos dos son dignos de mencionar.

Francisco de Enzinas

Francisco de Enzinas (1520-1552) nació en Burgos, España. Él y su hermano Jaime de Enzinas fueron dos de los más destacados heterodoxos que aceptaron las ideas de Erasmo. Francisco fue enviado a estudiar a Amberes, Bélgica, donde tenía unos parientes; pero sus padres, temerosos de que cayera bajo influencias heréticas, lo hicieron volver a España. Más tarde volvió a los Países Bajos donde continuó sus estudios en Lovaina, y de allí procedió a Wittenberg, donde tradujo el Nuevo Testamento al castellano. Volvió a los Países Bajos con planes de publicar el Nuevo Testamento, pero fue arrestado y puesto en la cárcel, de donde escapó después de un año. Enzinas conoció personalmente a Butzer y a Calvino. Su hermano Jaime también visitó los Países Bajos y redactó una confesión de fe en castellano, pero en 1547 fue arrestado y quemado vivo en Roma; fue el primer mártir protestante que murió en Italia. Francisco de Enzinas murió en 1570.

Juan de Valdés

Juan de Valdés fue, sin duda, el reformador que influyó más que ningún otro tanto de dentro como fuera de España. Él y su hermano mellizo, Alfonso, nacieron hacia fines del siglo XV en Cuenca, España. Su padre era un oficial real de ese pueblo. Ambos crecieron bajo influencia humanista y llegaron a ser discípulos de Erasmo. Cuando las doctrinas luteranas comenzaron a diseminarse en España, Valdés las recibió con entusiasmo y sus ideas cambiaron radicalmente. Comenzó a enseñar que solo la fe en el sacrificio de Cristo podía salvar, y que las cosas externas, tales como la veneración de los santos, el prender velas, los peregrinajes y las indulgencias tenían poco valor. También comenzó a enseñar que La Biblia era la única fuente de autoridad para la fe cristiana.

Las ideas de Valdés tuvieron inspiración no solo en el humanismo de Erasmo y la fe protestante de Lutero. En sus escritos se nota también un sabor místico que proviene, sin duda, de la gran herencia mística que es tan prevaleciente en el pensamiento español del siglo XVI. En cooperación con su hermano Alfonso, quien era estrictamente un humanista, escribió una obra titulada *Diálogo de Mercurio y Charón*, el cual es una imitación de los *Coloquios de Erasmo*. Es una obra maestra de sátira, en la cual los autores critican la conducta de los príncipes, los prelados y los clérigos.

Juan de Valdés también escribió *Diálogo entre Lactancio y un archidiácono*. Esta obra se inspiró en la indignación del escritor por el saqueo de Roma (1527), en el cual nada escapó. En la primera parte de la obra Valdés critica la conducta mundanal del papa, la cual, según Valdés, había sido la causa de tal evento.

En la segunda parte el autor dice que tal desastre había sido simplemente el resultado de la venganza de Dios sobre una ciudad tan malvada. Esta segunda parte critica también el carácter mercenario de la religión organizada en Roma, las finanzas del papa, las maquinaciones políticas, el mal uso de las indulgencias y las reliquias, todo lo cual Valdés rechaza con mucho candor.

Cuando la persecución comenzó a arreciar en España, Juan de Valdés decidió ir al exilio a Roma y luego a Nápoles, donde habría de pasar el resto de su vida. Allí escribió *Ciento una consideraciones*, su obra más importante. La misma es una exposición de su teología. Pone énfasis sobre el entendimiento interior, el cual se obtiene por la experiencia y la reflexión en oración más bien que por la mucha lectura.

Tal fue la influencia de Valdés en el protestantismo italiano, que muchos historiadores consideran que su contribución fue mayor en Italia que en su propio país natal.

Además de las obras mencionadas, Valdés escribió comentarios bíblicos con traducciones directamente del griego de las epístolas de Pablo a los Romanos y 1 Corintios, como asimismo una traducción de los Salmos. Su conocimiento del griego le permitió hacer una contribución significativa en el área de la interpretación bíblica. El estilo de sus comentarios es sencillo y comprensible, con un énfasis filológico e histórico.

Valdés, como humanista que era, no procuraba una reorganización radical del estado y la sociedad, ni tampoco quería organizar una nueva iglesia. Simplemente quería renovar la religión popular, purgar la jerarquía de sus prácticas mundanas y cambiar la humanidad por medio de una sencilla fe mística en Cristo, la cual debería reflejarse en una vida correcta y un carácter noble. Valdés murió en Nápoles en 1541.

La Santa Inquisición

Aunque al principio del siglo XVI el espíritu reformador en España parecía tener grandes posibilidades de éxito, sucedió todo lo contrario, pues para mediados del siglo los vestigios del protestantismo habían desaparecido casi por completo. Aunque varios fueron los factores que contribuyeron al aborto de la Reforma en España, sin duda la Inquisición fue el más importante, pues prácticamente ahogó en sangre el movimiento en España. Los reformadores españoles fueron perseguidos, exiliados, torturados y matados.

Cuando las ideas de Erasmo, Lutero y Calvino comenzaron a invadir la península, la Inquisición, que hasta entonces había dirigido su atención a los judaizantes y a los moros falsamente convertidos al cristianismo, comenzó a dirigirla al protestantismo. La inquisición nunca cesó en

sus esfuerzos por buscar y confiscar tanto los libros de Lutero como los de Calvino en las bibliotecas públicas, en las privadas y en los hogares. Los que no estaban dispuestos a colaborar sufrían la excomunión. Muchos ingleses, alemanes, franceses y otros que procedían de los Países Bajos que venían a España con propósitos comerciales, eran detenidos y enjuiciados, y si eran hallados culpables de herejía, eran quemados vivos.

A pesar de la falta de coherencia en el movimiento reformador en España, para mediados del siglo XVI ya existían las primeras congregaciones o comunidades protestantes. Una de ellas estaba en Valladolid, la cual al parecer nació bajo la inspiración de Juan Valdés. La otra, mucho más numerosa, estaba en Sevilla. Esta era de mucha más importancia, no solo porque representaba una posición protestante más genuina que el grupo de Valladolid, sino también por su proximidad al monasterio de San Isidro, en Santiponce, donde el movimiento reformador se había afianzado firmemente y se estudiaban las doctrinas protestantes.

Cuando por los años 1557 y 1558 la Inquisición se dispuso a dar un golpe certero para acabar con toda la influencia protestante, muchos protestantes decidieron ir al exilio. Entre ellos un grupo de monjes del monasterio de San Isidro en Santiponce, quienes decidieron emigrar a Ginebra, donde Juan Calvino los recibió.

Entre los refugiados de Sevilla se encontraban Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera, ilustres traductores de La Biblia en castellano, por muchos años conocida como la Versión Reina-Valera, que por espacio de más de cuatrocientos años fue prácticamente *La Biblia* del mundo protestante hispano. Tan elegante es su estilo y tan buena su traducción, que se la ha considerado una de las obras producidas por el siglo de oro de la literatura española.

Poco tiempo después de la partida del grupo de frailes para Ginebra, comenzó la persecución. Tan cruel y tan extendida fue, que las cárceles de Sevilla y Valladolid se vieron repletas de protestantes. Pronto la persecución se extendió a otras ciudades. En mayo de 1559 se celebró el primer "auto de fe" contra los protestantes en Valladolid, como resultado del cual catorce personas fueron ejecutadas. Al poco tiempo hubo otro en Sevilla, donde veintiuna personas fueron condenadas a morir, entre ellas cuatro frailes del monasterio de San Isidro. Los que no eran condenados a morir lo eran a cadena perpetua, o sencillamente se les confiscaban sus bienes.

Los autos de fe continuaron cada vez más numerosos y frecuentes, hasta que para mediados del siglo XVI el protestantismo en España había sido prácticamente ahogado en sangre.

Capítulo 12

La contrarreforma

Hacia 1540 parecía como que el catolicismo había alcanzado el punto de desintegración, y que el protestantismo avanzaba triunfante sin obstáculo alguno. Escandinavia había abrazado la fe luterana; el norte y el centro de Alemania habían abandonado la antigua fe católica; la mayoría de los cantones suizos habían abrazado las doctrinas de Zwinglio y Calvino; en Francia el calvinismo ganaba terreno rápidamente; los Países Bajos estaban calados por doctrinas protestantes; en Munster, aunque el anabaptismo radical había sido acallado, nuevos focos anabaptistas surgían por otras partes; Lituania, Polonia, Hungría y Baviera daban la bienvenida a la nueva fe protestante; y aun en España e Italia el protestantismo estaba esporádicamente activo.

Sin embargo, cuarenta o cincuenta años más tarde la situación era completamente diferente. Durante los primeros veinticinco años de la Reforma, la Iglesia Católica Romana, debido a sus muchos problemas, estaba debilitada y, por lo tanto, no pudo hacer mucho en relación con los protestantes y su movimiento. Pero tal su situación no duraría indefinidamente.

En Italia comenzaron a verse algunas manifestaciones algo promisorias. En 1532 La Biblia ya había sido traducida al italiano. Había también mucha gente interesada en la reforma de la iglesia. Hubo quienes abrazaron la fe protestante; pero otros permanecieron en el seno de la Iglesia Católica para iniciar la reforma católica o, como más comúnmente se le llama, la “contrarreforma”.

Hacia mediados del siglo XVI, la contrarreforma había triunfado en el sur de Alemania, en España y en el sur de los Países Bajos. Aun en Francia las doctrinas de Calvino tenían dificultades en convencer a la gente. Parecía como que este movimiento contrarreformista amenazaba con contrarrestar todas las victorias del protestantismo.

¿Cuáles fueron las causas que produjeron esta Contrarreforma católica y los medios de poder que se utilizaron en el proceso?

Aunque fueron varios los factores y los instrumentos de poder que contribuyeron al movimiento contrarreformista, solo mencionaremos seis: (1) el humanismo, (2) el misticismo, (3) los gobernantes españoles, (4) los jesuitas, (5) los papas reformadores y (6) el Concilio de Trento.

El humanismo

El Renacimiento no fue sino un movimiento burgués que no afectó en manera alguna la población rural. Es verdad que el espíritu crítico saturado de sátira y sarcasmo que animaba al movimiento humanista, contribuyó grandemente al reexamen de la fe católica tradicional y a la exposición de los abusos y la corrupción que caracterizaban a la jerarquía eclesiástica, haciendo que muchos miraran a la Iglesia no solo con una actitud despectiva, sino que aún llegaran a aborrecerla. Pero el cultivo del intelectualismo humanista requería tiempo y dinero, los cuales estaban solo a la disposición de los burgueses de la clase alta. La clase baja –y especialmente el proletariado– aunque compartía la crítica de los humanistas, no participaba de su cultura, y generalmente acababa en una posición radical, como fue el caso de los anabaptistas, especialmente los anabaptistas extremistas de Munster.

Es un error común creer que porque Erasmo y Melanchthon simpatizaron con Lutero todos los humanistas abandonaron el catolicismo. Debe recordarse que el humanismo surgió en Italia, en un ambiente extremadamente católico, y sus seguidores en su mayoría permanecieron dentro del seno del catolicismo. Los humanistas creían en la perfección del hombre, y proponían el completo desarrollo del potencial humano. Puesto que creían que la excelencia secular era buena y noble, no podían estar de acuerdo con Lutero y Calvino en la inutilidad del esfuerzo humano para que el hombre mereciera la salvación. Por lo tanto, los humanistas rechazaban generalmente la doctrina de que la salvación es solo por la gracia, mediante la fe, y que la voluntad del hombre no tiene nada que ver con esa salvación. Por consiguiente no veían mucha razón para abandonar su antigua fe católica.

Los humanistas insistían –lo mismo que los reformadores protestantes– en la purificación de la iglesia. Sostenían que la Iglesia tenía una misión muy sublime como vehiculo de salvación, y que debía guardarse sin mancha ni arruga ante los ojos del mundo. Pero había sido difícil, si no imposible, guardar a la Iglesia sin contaminarse durante la Edad Media. El secularismo y la indiferencia habían triunfado durante el Renacimiento, y el papado no podía distinguirse de los gobiernos seculares.

El clamor por reforma en la Iglesia se había escuchado repetidamente durante el siglo XIII, XIV y XV, pero vez tras vez había sido ahogado por la poderosa jerarquía de la Iglesia. Durante la primer mitad del siglo XVI los protestantes criticaron despiadadamente a la Iglesia, y aun católicos prominentes como Eck, Campeggio y Cayetano reconocían la imperiosa necesidad de reforma.

La influencia del pensamiento humanista afectó a muchos clérigos, los cuales concentraron su atención en los abusos y en los casos concretos de corrupción. Trabajaban más directamente con el pueblo y el resto del clero, y ellos mismos daban un buen ejemplo de lo que el clero debía ser, por lo que contaban con el apoyo popular. Cualquiera haya sido el éxito de la reforma católica, se debió en gran parte a este elemento. Muchos humanistas laicos, devotos de la vieja fe pero a la vez deseosos de una reforma significativa, criticaban duramente a la Iglesia.

El misticismo

El misticismo, que tuvo una influencia tan grande en la Reforma protestante, también hizo sentir su influencia en el espíritu reformador católico español. En ningún otro país estuvo el misticismo tan arraigado como en España. Entre los más grandes místicos españoles se encuentran Francisco de Osuna, San Pedro de Alcantara –ambos franciscanos–, Juan de Ávila, San Juan de la Cruz y Fray Luis de León. El misticismo de estos hombres fue intensamente práctico. Aceptaban las enseñanzas de la Iglesia como verdades incuestionables, y procuraban obtener satisfacción religiosa por la vía de la purga espiritual, la iluminación y la unidad con Dios. De esta fuente proceden Ignacio de Loyola –del quien hablaremos más adelante– y Santa Teresa de Jesús.

Los gobernantes españoles

La contrarreforma en España tomó un tono nacionalista. Por siglos los españoles habían luchado contra los moros. *La Canción de Rolando* en el siglo XI da una idea clara del espíritu guerrero de los peregrinos que hicieron la larga jornada desde Francia hasta Galicia para adorar en la famosa capilla de Santiago de Compostela. El Cid Campeador se convirtió en un héroe nacional por la fama que ganó cuando luchaba contra los infieles.

Muchos de los eventos nacionales de España están relacionados con la lucha contra infieles. La lealtad al catolicismo fue uno de los principales elementos del nacionalismo español, pues los españoles estaban determinados a destruir a los moros, y especialmente a contrarrestar la influencia de los judíos.

La Santa Inquisición, fundada en 1480, se convirtió en una agencia clerical en las manos de la corona cuyo propósito era exterminar a los herejes, aborrecidos tanto por la Iglesia como por la corona. Se calcula que bajo la dirección del primer inquisidor general, Tomas Torquemada, unas dos mil personas fueron quemadas vivas. Como ya vimos en el capítulo anterior, la inquisición fue uno de los instrumentos utilizados para ahogar en sangre la reforma en España.

El espíritu nacionalista español recibió un impulso grande con la conquista de Granada en enero de 1492 –la última ciudad controlada por los moros en España– y la expulsión de los judíos en marzo del mismo año. Estas hazañas fueron llevadas a cabo bajo el reinado de Fernando e Isabel, los renombrados "reyes católicos". La devoción incondicional de la reina Isabel se debía en gran parte a la influencia de Jiménez de Cisneros, su confesor personal, quien llegó a ocupar la posición de inquisidor general de España.

Felipe

Este mismo celo nacionalista y devoción incondicional a la fe católica fue heredado más tarde por Felipe II, el cual sucedió a su padre Carlos V en el trono, en 1555. Felipe fue rey no solo de España, sino también de Nápoles, Sicilia y Portugal. Habiendo sido educado por el clero de España, durante toda su vida mantuvo un profundo celo religioso.

Dos propósitos apasionados dominaron los planes ambiciosos de Felipe II. Uno era exterminar el protestantismo y hacer del catolicismo la única religión en todas las tierras que él gobernaba… y aún en las que aspiraba a gobernar. El segundo propósito era hacer que su voluntad fuera suprema en todas esas regiones.

Con el fin de ver a su propósito cumplido, utilizó en forma brutal la inquisición contra los protestantes, los mahometanos y los judíos. Con el fin de conquistar a Inglaterra y llevar a cabo sus planes, en 1554 se casó con María Tudor, la reina católica de Inglaterra, y después de la muerte de esta le propuso casamiento a su media hermana, Isabel, la cual le sucedió en el trono. Pero esta, que era protestante, lo rechazó. Su incapacidad de conquistar a Isabel y de ganarse la buena voluntad del pueblo inglés lo hizo renunciar a Inglaterra para siempre.

Felipe creía haber recibido un llamado especial de Dios para erradicar el protestantismo de las tierras que estaban bajo su dominio. Por lo tanto, después de suceder a su padre Carlos V en el trono en 1555, se convirtió en el enemigo número uno de los protestantes y en el agente principal de la contrarreforma. Promulgó la multiplicación y el progreso de órdenes monásticas, y se interesó en las elecciones papales, pero insistía en el derecho de nominar candidatos para el puesto del papado. Decididamente se opuso a cualquier otra religión aparte de la Iglesia Católica; pero a la vez estaba dispuesto a enfrentarse al papa mismo cuando su poder y autoridad como monarca de España eran amenazados, o sencillamente se ponían en tela de dudas.

Felipe II, en su lucha por ganar para la Iglesia Católica los países que esta había perdido frente al protestantismo, después de más o menos controlar a Francia y a los Países Bajos, intentó invadir a Inglaterra enviando su "armada invencible". La armada de Felipe estaba compuesta de una enorme cantidad de barcos lentos y pobremente armados, y en la primera batalla en el canal frente a los Países Bajos fue rotundamente derrotada por la armada inglesa. Y los barcos que no

fueron hundidos por la armada inglesa fueron destruidos por una gran tormenta en su viaje de regreso a España.

Esta derrota frustró por completo los planes de Felipe II de una conquista católica, porque en Inglaterra, en vez de dividir a los católicos y protestantes, hizo todo lo contrario, pues el espíritu nacionalista inglés los unió, y unos y otros pelearon lado a lado para rechazar a las fuerzas españolas. Esto constituyó una gran victoria para Inglaterra, sino también en Francia, Escocia y los Países Bajos, donde los protestantes habían luchado contra Felipe II y sus ambiciosas pretensiones.

Bajo Felipe II España alcanzó la cumbre de su esplendor y poderío mundial, pero su guerra intolerante contra el protestantismo y otras religiones, su descontento con el papa, el fracaso en conquistar a Inglaterra, la rebelión de los Países Bajos contra su representante, el Duque de Alba, la pérdida de la Armada Invencible a mano de los ingleses, y consecuentemente la pérdida del trono, relegaron a España a una posición secundaria entre las potencias mundiales.

Los jesuitas

Durante la revuelta protestante la Iglesia Católica tuvo su mayor fuente de fortaleza en las instituciones monásticas. Durante la contrarreforma la Iglesia asistió a un sorprendente avivamiento del espíritu ascético, que jugo un papel importantísimo a través de la Edad Media.

Las nuevas órdenes que surgieron durante este periodo, pusieron de manifiesto que el espíritu ascético y religioso que había existido en la Iglesia por siglos estaba lejos de haber desaparecido. Algunos de estos grupos procuraron poner en práctica los principios implícitos en las enseñanzas de la Iglesia. Los hubo que se formaron con el fin de remediar ciertos males sociales específicos; otros, en cambio, fueron creados para combatir la herejía protestante. Entre estos últimos, el más importante fue la orden de los jesuitas, fundada por Ignacio de Loyola.

Ignacio de Loyola

Loyola nació en Navarra en 1491. Su familia pertenecía a la nobleza, por lo cual era de esperarse que Ignacio soñara con una vida de soldado. Después de haber aprendido a leer y a escribir, su padre lo envió como paje a la corte de Fernando e Isabel. Allí recibió su entrenamiento en el arte de la caballería. Aprendió a andar a caballo, a manejar armas y a hacer todo lo que un joven cortesano debe saber. Cuando creció se unió al ejército del Duque de Nájera, donde comenzó su vida de soldado.

Durante el sitio de Pamplona en la primera guerra entre Carlos V y Francisco I, Ignacio fue gravemente herido y, como consecuencia, quedó renco y tuvo que abandonar sus aspiraciones a su vida de caballero. Mientras convalecía por largo tiempo en el hospital pidió que le trajeran algunos libros de romances de caballería, pero como no pudieron conseguirle ninguno, le trajeron en cambio algunas biografías de santos y de vida de Cristo. Estos libros llegaron a cambiar radicalmente su vida.

La conversión de Ignacio de Loyola fue una de las más interesantes en la historia cristiana. Se sintió fascinado por la vida de los santos, a quienes comenzó a admirar. Llevado por su espíritu guerrero, sintió el deseo de defenderlos con todo su poder. Deseaba ardientemente sobrepasar a todos los santos en su servicio a la Virgen. Tan seriamente enfermo estaba, que parecía que iba a morir, de modo que le sirvieron el sacramento de la extremaunción; pero en una visión san Pedro

le prometió que no moriría y que recobraría la salud. Tan pronto como pudo levantarse, aun antes de que su pierna enferma sanara completamente, fue en una peregrinación al monasterio de Monserrat. El día antes de la Anunciación, el 24 de marzo de 1522, Ignacio encontró a un mendigo a quien le dio sus finas ropas. Luego, vestido con una túnica de saco que simbolizaba su armadura de pobreza, colgó su espada y su daga en la estatua de la Virgen y pasó la noche frente al altar haciendo sus votos de obediencia. Nunca otra orden religiosa tuvo un origen tan caballeresco.

Loyola pasó un año en un monasterio en Manresa. Luego fue a Jerusalén para cumplir con el voto que había hecho cuando estaba enfermo. Viajó por diferentes lugares como peregrino, y ayudó a los que estaban en necesidad. En 1524 ingresó a una escuela elemental en Barcelona, Alcalá y Salamanca. Finalmente, pasó siete años estudiando en la Universidad de París, en la misma facultad donde Calvino y Erasmo habían estudiado.

Cuando estudiaba en París fundo, en 1534, con otros seis jóvenes, la Sociedad de Jesús. Después de una larga deliberación, los siete se dirigieron a la pequeña capilla de Saint Denis en las montañas al norte de París y allí hicieron votos de pobreza y celibato, y decidieron trabajar para la conversión de los infieles. Seis años más tarde, en 1540, el papa Pablo III declaró a la sociedad como una orden de la Iglesia Católica, y Loyola fue elegido su primer general. Así surgió a la vida la agencia más grande creada por el catolicismo con el fin de reavivar la fe de la gente común, traer de nuevo al redil a aquellos cuyas mentes estaban manchadas de herejía y, por medio de la persecución y el debate, contener el avance del protestantismo.

Bajo la dirección de Loyola la orden se convirtió en una compañía militar cuya misión, por obediencia a Cristo y a la Iglesia, era la de luchar por la Iglesia Católica y defenderla de infieles y herejes. Loyola introdujo en la orden una rígida disciplina, e hizo de la educación el instrumento más importante de su reforma. Concibió un sistema educativo que produjo algunos de los más grandes teólogos católicos.

La base del funcionamiento de la sociedad fue la obra *Ejercicios espirituales*, escrita por Loyola mismo, un libro para aquellos que realizan su destino mediante la disciplina de la Iglesia y el trabajo intenso por Dios bajo la autoridad de la Iglesia. Los ejercicios están divididos en cuatro partes o semanas. La primera semana contiene ejercicios cuyo propósito es mostrar la inmundicia del pecado; la segunda, la encarnación y la misión de Cristo como Salvador; la tercera, su sacrificio en el Calvario; y la cuarta, su resurrección y ascensión. Esto constituía el proceso típico de los místicos, quienes enseñaban que la persona avanza en cuatro pasos hacia la unión con Cristo.

Loyola usaba su libro para reclutar seguidores, y muchos laicos fueron guiados a rededicar sus vidas. Como una obra maestra de la literatura cristiana, los *Ejercicios*, que se comparan con cualquiera de las obras de Calvino y Lutero, se convirtieron en el libro de texto del catolicismo militante.

Loyola murió en 1556, pero la orden que había fundado continuó muy activa. Los jesuitas representaron la agencia más fuerte de la contrarreforma. Tenían una doble misión: rescatar a Europa de la herejía y lograr la conversión del Nuevo Mundo para el catolicismo. En lo segundo tuvieron mucho éxito, y aunque en lo primero no tuvieron el que esperaban, como confesores de gobernantes, reyes y príncipes ganaron grandes regiones de Europa para la Iglesia Católica.

Los papas reformadores

El movimiento contrarreformista alcanzo también el trono papal, e hizo que se eliminaran muchos de los abusos papales. Contribuyó a producir papas reformadores de alta calidad, hombres de vidas más estrictas y sinceridad religiosa, los cuales se esforzaron por practicar un catolicismo sincero.

El primer papa bajo la corriente contrarreformista que intentó introducir reformas en la Iglesia, fue Alejandro VI, quien nombró una comisión para que hiciera recomendaciones. Esta comisión recomendó que la venta de beneficios y la práctica de las pluralidades debían ser controladas. Pero Alejandro VI estaba tan absorto en los asuntos políticos de los países donde la iglesia era mayoría, que no pudo hacer nada al respecto.

Tampoco su sucesor, Julio II, pudo realizar la tarea de las medidas reformistas, pues una de sus metas principales durante su papado fue expulsar a las fuerzas extranjeras en Italia, especialmente en Francia, y esto ocupó todas sus energías durante el período de su papado. Julio II convocó un concilio en 1512, con el fin de considerar serias medidas reformistas, pero murió durante las sesiones del mismo y León X fue elegido como sucesor.

Aunque el concilio sesionó en Roma entre los años 1512 y 1517, no produjo resultado alguno. Hubo discusiones sobre la necesidad de reforma en la Iglesia y se nombró un comité para tratar de estos asuntos. Pero debido a la superficialidad con que la jerarquía trató la cuestión de la reforma, hasta la muerte de León X nada concreto se había hecho, excepto algunas medidas de menor importancia.

Adrián VI sucedió a León X. Era un hombre espiritual, austero y con un profundo deseo de reformar la Iglesia. Adrián había sido educado bajo la influencia del grupo místico los Hermanos de la Vida Común. Había estudiado teología y filosofía, y había sido tutor de Carlos, el hijo de Fernando e Isabel de España, quien más tarde llego a ser el emperador Carlos V.

Su primera medida de reforma fue eliminar todos los permisos que se habían otorgado a los príncipes desde el tiempo de Inocente III, para nominar candidatos para puestos eclesiásticos, pues él quería llenar todas las vacantes en el futuro con personas buenas, espirituales y consagradas.

Adrián VI estaba muy preocupado por la corrupción que existía en la Iglesia, y por el hecho de que León X no había hecho nada para erradicar esos males. Tampoco había entendido la gravedad de la revuelta luterana hasta que fue demasiado tarde. Cuando la dieta de Nuremberg estaba próxima a reunirse, Adrián envío a su representante personal, Francisco Chieregati, para expresar las ideas del papa acerca de las herejías y las medidas de reforma en la Iglesia, con instrucciones de hacer una declaración franca de la corrupción en la curia y en la jerarquía. Adrián también expresaba su determinación de comenzar enseguida con medidas reformistas en la Santa Sede misma, dando así un ejemplo para la Iglesia en el resto del mundo.

Chieregati comunicó el mensaje del papa a la Dieta en enero de 1523. Fue una declaración extraordinaria, pero no logró que los luteranos mostraran interés en volver al seno de la Iglesia. Al contrario, los fortaleció en sus convicciones, pues ahora podían referirse a las declaraciones oficiales del papa, admitiendo que la Iglesia estaba llena de corrupción, lo cual confirmaba lo que ellos decían.

En sus intentos reformistas Adrián VI tenía el apoyo de Juan Eck, quien visitó el Vaticano en la primavera de 1523. Eck pintó un cuadro muy triste de los flagrantes abusos que enfriaban la

piedad de la gente, entre ellos la venta de indulgencias, las dispensaciones y el sistema de impuestos utilizados por la curia. Eck insistía en que mientras estos abusos continuaban sería inútil decretar bulas contra las enseñanzas heréticas y que, por lo tanto, las medidas de reforma debían introducirse inmediatamente.

Adrián murió en 1523. Aunque su pontificado fue demasiado breve para lograr nada permanente fue, sin embargo, muy importante. A su muerte lo sucedió Clemente VII, un papa que estaba más interesado en la política que en la reforma de la Iglesia. De manera que cualquier reforma de importancia tendría que esperar hasta el año 1534, cuando Clemente VII murió y lo sucedió Pablo III, el papa que convocó el famoso Concilio de Trento.

El Concilio de Trento

El Concilio de Trento fue, sin duda, el acontecimiento más importante en relación con la contrarreforma. El concilio significaba dos cosas: primera, un reconocimiento de parte de la Iglesia Católica de que la Reforma fue algo más que simplemente algunos levantamientos aislados de parte de herejes fanáticos; segunda, que la Iglesia Católica reconocía que estaba en necesidad de alguna suerte de revisión y reforma en sus doctrinas y practicas.

La idea de un concilio general estaba siempre presente en la mente de la Iglesia. Desde los tiempos de la iglesia primitiva, cada vez que se presentaba una necesidad seria con respecto a cuestiones de doctrina y reforma, la Iglesia convocaba un concilio. Sin embargo, durante el tiempo de la Reforma había un profundo grado de preocupación con el solo pensamiento de un concilio. Los papas temían que el mismo se declarara superior a ellos en autoridad, como sucedió en el Concilio de Constanza. Era a un concilio general de la iglesia que Lutero quería apelar, y era un concilio general el que Clemente VII esperaba que hiciera someterse a los protestantes. Pero todos los papas durante el periodo inmediatamente anterior a Pablo III habían rehuido la responsabilidad de convocar un concilio general.

La convocatoria del concilio

Después de la muerte de Clemente VII, Pablo III fue elegido para ocupar su lugar. Uno de sus primeros actos fue publicar una bula, en 1536, para convocar a un concilio. Debido a los problemas ocasionados por la guerra entre Carlos V y Francisco I de Francia, la primera sesión del concilio, no obstante varios intentos, se celebró recién en 1545. En medio de muchas dificultades, el concilio sesionó en Trento en tres sesiones separadas entre los años 1545 y 1563.

Reformas consideradas por el Concilio

Entre los asuntos principales de reforma que fueron tratados por el concilio, uno de los más importantes fue el de la residencia de los obispos. Aunque el concilio acordó que debía requerirse la residencia de los obispos, los reunidos no pudieron ponerse de acuerdo en cómo debía interpretarse esa residencia, y cómo debía imponerse. El asunto desgraciadamente fue pasado al papa, el cual nunca tomó una decisión.

El abuso en la venta de las indulgencias fue reconocido como una de las principales lacras que condujo a la Reforma. Sin embargo, la forma en que el concilio trató este problema tampoco fue muy efectiva. No se puso fin a los abusos. Mas bien, se reafirmó la validez de las indulgencias, y el decreto redactado por el concilio se limitaba a condenar el uso del púlpito para exhortar a los fieles a que compraran indulgencias con el fin de levantar dinero para la iglesia.

En la práctica de beneficios, el concilio reconoció y reafirmó el principio de que el ministerio pastoral debe tener prioridad en las santas órdenes. Nada nuevo se estableció sobre esto, excepto que se puso énfasis en que en el futuro se exigiría que los obispos examinaran cuidadosamente a los solicitantes para cargos eclesiásticos nominados por corporaciones u otras personas autorizadas.

Otra medida de reforma eliminó algunos privilegios de poca importancia de los estados soberanos en relación con asuntos que concernían al clero. El decreto prohibía que el estado interfiriera en las cortes eclesiásticas, especialmente la Inquisición, y señalaba castigo con excomunión de los que apelaran a las cortes seculares. Eximia al clero de pagar impuestos y requería el cumplimiento de las bulas que procedían de Roma.

La predicación de los obispos era un asunto delicado, porque en esos tiempos los obispos nunca predicaban. Por otro lado, tenían autoridad para impedir que los monjes y sacerdotes predicaran sin su permiso. Se llegó a un compromiso que consistió en que los monjes no podrían predicar fuera de los monasterios sin una licencia especial, y aún dentro de sus propios monasterios sin el consentimiento del obispo. En relación con los obispos, el concilio redactó la siguiente declaración: "Puesto que no es menos necesario predicar el evangelio en los púlpitos que enseñarlo en las escuelas, y puesto que es la función principal de los obispos, el santo concilio ordena que todos los obispos, arzobispos, primados y otros que están para supervisar la conducta de las iglesias, deben comprometerse a predicar el santo evangelio de Jesucristo". Esta fue, sin duda, la mejor declaración que salió del concilio.

Los abusos del pluralismo y absentismo fueron discutidos, pero con pocos resultados. Aunque se acordó que un obispo debía pagar la cuarta parte de sus entradas a Roma si estaba ausente de su puesto por más de seis meses sin una excusa razonable. Esta decisión fue una de las más débiles del concilio, pues los obispos podían estar ausentes la mayor parte del año presentando las excusas más frívolas, mientras perdían solo una cuarta parte de sus entradas. Con esta medida era también posible obtener un año de vacaciones cediendo la mitad de las entradas anuales, o recibir una jubilación permanente con la mitad de las entradas. Estas decisiones no contribuyeron en lo más mínimo a resolver estos problemas.

Sin duda que el decreto de reforma más importante que produjo el concilio fue el que tenía que ver con la predicación bíblica. Aunque el concilio no intentó introducir un nuevo sistema en la preparación del clero, reforzó el que ya existía. Un nuevo e importante aspecto que se introdujo fue el de requerir el establecimiento de seminarios para la preparación de sacerdotes en todas las diócesis, procurando así la formación de un clero más educado y competente.

Análisis doctrinal

Una de las doctrinas principales que se analizaron fue la misa. El concilio declaró que la misa era un sacrificio propiciatorio y que debía conducirse en latín. Es decir, el concilio sancionó el concepto tradicional de la transubstanciación. El punto principal de discusión, sin embargo, fue si Cristo se había ofrecido en sacrificio solo en la cruz, o en la última cena y en la cruz, pero como propiciación solo se ofreció en la cruz.

En cuanto a los sacramentos, el concilio reafirmó la posición tradicional de que eran siete, aunque no todos del mismo valor. El concilio declaró que los sacramentos eran necesarios para la salvación, aunque no para todos los hombres. Declaró también que el bautismo, la confirmación y las santas órdenes tienen un carácter indeleble, y por lo tanto no deben repetirse. El bautismo debe ser por agua en el nombre del Dios trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

El sacramento del matrimonio se discutió en el contexto de dos preguntas: ¿Es el matrimonio entre dos cristianos automáticamente un sacramento, o solo si es bendecido por el sacerdote? ¿Deben declararse nulos los matrimonios clandestinos? Para la primera no se halló una respuesta satisfactoria; para la segunda, la respuesta fue afirmativa.

En cuanto a la eucaristía se decidió que después de la consagración de los elementos el cuerpo y la sangre de Cristo están realmente presentes en sustancia en la apariencia del pan y del vino. Se decidió que ambos elementos contienen a Cristo por completo y, por lo tanto, no era necesario que una persona que participaba de la eucaristía tomara ambos elementos.

El concilio declaró que el sacramento de la penitencia había sido instituido por el Señor Jesucristo mismo, y que consistía en tres partes: contrición, confesión y satisfacción. El sacerdote tiene autoridad para actuar como juez, y la señal externa de ello son las palabras que pronuncia en su declaración de absolución. Se discutió la pregunta de si esta absolución era condicional o absoluta. Si debía estar condicionada a que Dios viera en la persona un arrepentimiento sincero, ¿qué pasaría con la autoridad del sacerdote si después de pronunciar las palabras de absolución Dios no veía en la persona ese arrepentimiento sincero? Por consiguiente, se decidió que la absolución debía ser absoluta.

En cuanto a las fuentes de autoridad de la verdad en asuntos de religión, el concilio declaró que Las Escrituras y la tradición eran, en igualdad de nivel, las dos fuentes principales. La tradición se definió como el cuerpo de instituciones apostólicas no contenidas en Las Escrituras, transmitidas por medio de la iglesia. Pero el papa es el único que puede interpretar la tradición correctamente.

Esta decisión de considerar Las Escrituras y la tradición en el mismo nivel de autoridad, contribuyó más que cualquier otra cosa a que la división entre protestantes y católicos se hiciera permanente. Por supuesto, sin la tradición, todo el sistema de creencias y adoración de la Iglesia Católica carecería de fundamento, de manera que tenían que sostener la tradición.

Concerniente a Las Escrituras, los teólogos estaban de acuerdo en que los libros llamados apócrifos por los protestantes, eran inferiores. El problema consistía en cómo presentar estos libros oficialmente en el canon. Hubo cuatro opiniones: (1) debía hacerse una declaración del hecho de que eran inferiores, pero sin definir el grado de inferioridad; (2) el canon debía presentarse en dos secciones; (3) debía incluirse una lista de los libros sin ninguna explicación; (4) los libros debían declararse canónicos y así solucionar el problema.

Aunque la cuarta sugerencia fue presentada por una minoría, al fin prevaleció y los libros apócrifos fueron declarados canónicos. El concilio también declaró que la Vulgata era la única Palabra de Dios autoritativa.

Se nombró un comité para estudiar los problemas del texto bíblico. El comité mencionó los siguientes abusos y remedios: (1) las conferencias, debates y sermones estaban basados en versiones diferentes de La Biblia. El problema debía resolverse declarando a la Vulgata la única Biblia autoritativa. (2) La Vulgata tenía algunos errores de traducción, por lo tanto debía revisarse comparándola con los textos originales hebreo y griego. (3) La interpretación de Las Escrituras debía estar de acuerdo con la interpretación de la iglesia. (4) El papa o la persona que él designara debía revisar todas las ediciones de La Biblia y los comentarios publicados.

La base para la autoridad de la Vulgata no era su fidelidad a los idiomas originales, sino más bien la antigüedad que tenía en la iglesia. Algo interesante fue la contradicción del decreto. La primera parte del mismo declaraba a la Vulgata como la única versión autoritativa; la segunda declaraba la necesidad de que la Vulgata se revisara, ya que se admitía que tenía errores de traducción. Cuando se advirtió la contradicción, se eliminó el punto que recomendaba la revisión de la Vulgata.

Cuando se discutió el asunto del pecado original, la discusión centró sobre la pregunta de si María debía declararse libre del pecado original.
Los franciscanos decían que sí, los dominicos, que no. Los líderes del concilio persuadieron a los miembros del mismo de que el concilio realmente no debía preocuparse por María.
La doctrina de la justificación fue discutida en términos de la posición de Lutero. Las posiciones de Zwinglio y Calvino apenas se mencionaron. Se acordó que el pecador no puede salvarse a sí mismo. El bautismo es necesario para recibir la "primera justificación". El hombre debe prepararse haciendo que su libre albedrío coopere con Dios. La fe es solo el principio de la salvación, y nadie puede estar seguro de que goza de la gracia de Dios.
La segunda parte del decreto afirma que la justificación es un aumento de la primera mediante el cumplimiento de los mandamientos. El hombre no puede estar seguro de su salvación, de manera que debe trabajar para su salvación con temor y temblor. La tercera parte del decreto afirma que la gracia justificadora puede perderse por causa de pecados graves, y que solo puede recobrarse por medio de la penitencia.
En conclusión, los resultados del concilio fueron más negativos que positivos. No solo no restauró sino que destruyó totalmente cualquier esperanza que existiera para la unidad en la fe de los protestantes.
El concilio no fue realmente representativo de la iglesia, y no gozó de la libertad necesaria para introducir los principios de la reforma. El Concilio de Trento no fue el concilio al cual Lutero se hubiera sometido y al cual hubiera apelado.

Conclusión

Principios del protestantismo
De esa convulsión que se llama la Reforma Religiosa del siglo XVI, nació lo que hoy llamamos la Iglesia Protestante. El protestantismo se caracteriza por ciertos principios fundamentales que lo distinguen del catolicismo romano. Entre los principales tenemos:

1. *El sacerdocio universal de todos los creyentes*. Esta doctrina fundamental de la Reforma, formulada por Martín Lutero, significa que todos los seres humanos pueden ir directamente a Dios en busca de la salvación. Este principio representa una revolución de primera magnitud, pues hace a un lado la función mediadora de la Iglesia. Cada creyente se constituye en su propio sacerdote y, por lo tanto, la confesión auricular, los sacramentos y en general la intercesión de la Iglesia, son innecesarios para la salvación.
2. *La justificación por la fe*. Esta es otra de las doctrinas fundamentales de la Reforma. Después de una lucha interna de varios años concerniente a su propia salvación, Martín Lutero llegó a la conclusión de que la salvación era no por obras –es decir, los sacrificios, las penitencias, las peregrinaciones, la confesión del sacerdote, los rezos, etc.– sino por la fe en los méritos de Cristo ganados por su muerte en la cruz del Calvario.
   Esto significaba que la naturaleza de la persona tiene que ser cambiada por la fe en los méritos de Cristo, y esto constituye un acto de gracia divina.
3. *La experiencia personal*. Este es el principio que enseña que la condición del corazón de la persona es más importante que todos los ritos y ceremonias, como los sacramentos, el servicio de adoración, etc. Si el corazón del individuo no ha sido cambiado por la fe en los méritos de Cristo, de nada sirven todas las demás cosas.
4. *La autoridad de La Palabra de Dios*. El principio de *sola scriptura* (solo Las Escrituras) desarrollado por Lutero, Calvino, Zwinglio y los demás reformadores, significa que la única fuente de autoridad de Las Escrituras es superior a la autoridad de la tradición, el papa y los concilios.
5. *El libre examen de Las Escrituras*. Este principio sostiene que la Iglesia no tiene derecho de interpretar Las Escrituras para el creyente. Mas bien, todo creyente, bajo la dirección del Espíritu Santo tiene la capacidad de interpretar La Biblia por sí mismo, sin tener que depender en la interpretación de la Iglesia.
6. *La centralidad del púlpito*. Este principio sostiene que la predicación de La Palabra de Dios, es decir, el sermón, es la parte más importante del servicio de adoración, no la misa, los sacramentos o cualquier otra parte del culto público.
7. *La participación laica en el culto de adoración.* En la Reforma la congregación abandonó el papel de espectadora y se convirtió en participante. Los creyentes laicos participan en el canto congregacional, la oración publica, la lectura de Las Escrituras y la predicación.
   Sin duda que hay muchos otros principios que podían enumerarse, pero estos son los que realmente han caracterizado a la Iglesia Protestante desde su comienzo con la Reforma religiosa del siglo XVI.